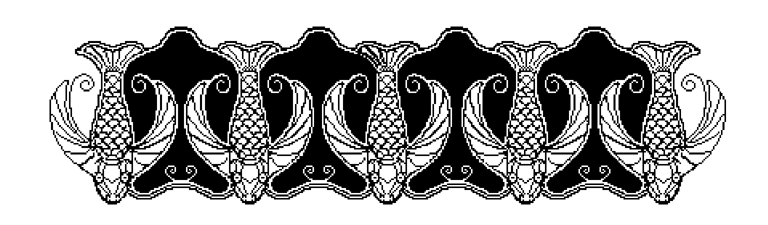
A. de A.

# Un Individuo, un Universo

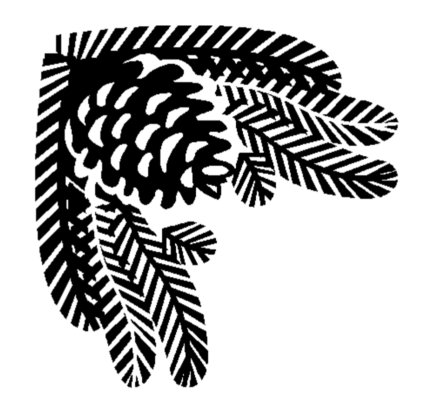


# El Abismo entre los Mundos

*— Dos historias de sobrevivientes —*



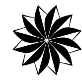
Jardines de Esperanza
Año 5765
del nacimiento de Adam





A. de A.

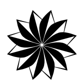




# Un Individuo, un Universo

*La destrucción de la Segunda Sorianir,*
*vivida y sufrida por uno de sus protagonistas*

Redactada en base a datos
recabados de testigos presenciales,
o sus descendientes inmediatos





Jardines de Esperanza
Año 5765
del nacimiento de Adam

## Introducción

# Ante las Naciones del Área Central

Vuraïs Deh'eth Neiroth descendió del podio y volvió a sentarse junto a su monarca, mientras un pesado silencio caía sobre la sala de convenciones. Satisfecho y orgulloso, el rey secó una lágrima furtiva con una mano y con la otra palmeó la abatida espalda del embajador, que lucía no menos compungido que los demás concurrentes. Pese a su conocimiento previo del discurso que Vuraïs pronunciaría, hasta su soberano acabó emocionado. Los minutos siguientes imperó un silencio terrible, opresor, que nadie supo cómo interrumpir con tino, sin atraerse el escarnio general: sin provocar la censura pública aparentando insensibilidad o falta de empatía. A la postre, la sesión se levantó espontáneamente: los diplomáticos de rostro serio se fueron incorporando con pesadez sumidos en su mutismo reflexivo y así, las cabezas gachas y los ojos bañados en lágrimas, abandonaron la reunión sin dirigirse la palabra, o siquiera mirarse entre sí. Ya la reiniciarían al día siguiente, tras la necesaria jornada que cada cual dedicaría a extraer conclusiones y consultar a sus autoridades. *Entonces,* habría de qué hablar.

Habiendo abandonado el palaciego edificio de faraónicas dimensiones (una de esas estructuras sobrecogedoras que hacen al individuo, presa del vértigo y enceguecido por el fulgor de cristales y ornamentos, sentirse más insignificante que una hormiga), el soberano de Draïr y su embajador se retiraban callados cuando alguien se les acercó a la carrera:

–¡Neiroth! –llamó.

El invocado se detuvo, aguardando junto con su señor a que el agitado emisario se allegara. Ya frente ellos, con una ampulosa reverencia se disculpó ante el rey del que acto seguido se desentendió, para encarar al Sorian (que no lo parecía, vestido como venía a la usanza de los nobles occidentales).

–Neiroth –repitió–, ¿desde cuándo eres "Enlace *de Draïr*"? Históricamente, una única Academia de Enlaces habéis tenido, y ha sido la de Neir. Luego, ¡tú deberías ser Enlace *nuestro!*

El Sorian clavó dos ojos candentes como brasas en el representante de Axeirra Elde. A continuación, alzando su cautivadora voz de Trovador, recitó el fragmento de alguna copla antigua, tradicional de su Disciplina:

– *"Un Enlace es un Camino... / Un Camino es un Enlace..."* –concluyendo– ¿Para qué querrías tú Enlaces, si no les permitirás salir a los caminos?

Tomado por sorpresa, el diplomático habría deseado que la tierra lo tragara allí mismo y en ese instante. Desvió su vista hacia el suelo, al tiempo que proponía en voz baja:

—Podríamos concederos un permiso excepcional...

—Podríamos rechazarlo —replicó el Sorian.

El Éldaan tuvo que hacer un monumental esfuerzo para sobreponerse a su bochorno y clamar:

—¿Por qué?

—Piensa tú —respondió el Enlace con suavidad—: ¿cómo nos sentiríamos nosotros y cómo se sentirían ellos, si gozáramos de un privilegio que para nuestros hermanos permanecería inalcanzable? De súbito, nosotros seríamos tratados como "ciudadanos". En cambio, ellos se quedarían como están: *"Propiedades del Estado"*. Colócate en mi lugar, y dime: ¿aceptarías?

—¿Yo?, ¿por qué no? —se empecinó el delegado.

—Señal —lo amonestó el Sorian— de que no conoces ni comprendes el sufrimiento y la humillación de que mi gente está siendo objeto —hizo una pausa antes de invitarlo—. Ven. No es correcto dejar a mi señor esperando. Pero si me acompañas a mi albergue, entonces podré contarte una historia.

El diplomático ensayó otra ampulosa reverencia ante el rey de Draïr, ofreciendo sus disculpas por segunda vez. Obtenida la real dispensa se plegó a los Draïrothien, siguiéndolos hasta su lujoso alojamiento.



Capítulo I

# Los Maëdern de Dúar

Se asentaron en las Tierras Bajas frente al lago: la región en mayor sintonía con su espíritu. Nadie bendijo la mudanza a esa pujanza forestal con mayor entusiasmo, que los oriundos de Aleyént (siete octavos del total). El resto (Copistas llegados de la soriánica dispersión oriental), acostumbrados a una existencia más desarraigada, aceptaron los cambios climáticos, topográficos y de cualquier otra índole con su estoicismo habitual. Para el caso, no había quien no se alegrara ante esta súbita reunión de tantos "parientes perdidos", con la consecuente posibilidad de oficializar el Layedi en su provincia. En principio los Maëdern nunca renunciaron a él; sin importar cuántas generaciones llevaran "exiliados", ni cuán minoritarios fuesen entre sus comunidades anfitrionas. Y una vez fortalecidos como grupo en Dúar, mantuvieron con naturalidad su milenaria costumbre de utilizar la Lengua Saïri para el estudio solamente; lo que a su vez significó que (con la obvia salvedad de los Traductores) tampoco descollaban en su dominio. Detalle que los traía sin cuidado: solo ocasionalmente se veían Sorien en las Tierras Bajas. Y si el diálogo entre unos y otros era imprescindible, se recurría a una curiosa solución de compromiso: el Maëdi hablaba su lengua y el Sorian respondía en la suya. Así nadie renunciaba a nada, ni se exponía a errores bochornosos, y los negocios entre una y otra rama de la Orden marchaban a pedir de boca.

Súbitamente reunidos de tres puntos cardinales, los Copistas alcanzaban el tercio de la población del valle. Entre ellos, poco menos de la mitad lo componían los procedentes de comunidades Sorien evacuadas. El resto, una cantidad en absoluto desdeñable, llegaron de Aleyént, donde habían funcionado tres Academias de Copistas (Traductores, Ilustradores, y "sencillos"), que satisfacían las necesidades de una amplia región. Conservaban otras Academias en las Islas, a miles de kilómetros al Este; y en Draïr, distante a su vez, miles de kilómetros al Oeste.

El País de Dúar es selvático. Lo cual equivale a decir, de clima húmedo. Con precipitaciones de nieve en invierno y lluvias copiosas en verano, solamente en primavera no cae una gota. En opinión de los Sorien, porque "tampoco es necesario": salvajes torrentes desbocados descienden las cúspides circundantes, conduciendo hacia el enorme lago de Gah'a, el dulcísimo agua de los deshielos. Además, está situado muy al Sur. Y si bien las cumbres de Qwalui lo protegen, aislándolo del viento

polar que sopla desde Shéluien, no por eso las temperaturas (especialmente las invernales) dejan de ser bajas. Solo el verano de Dúar es una auténtica delicia: entonces los rayos amables de Ista temperan el país, sin llegar a sofocar a sus moradores como en otras latitudes.

Asentados en las Tierras Medias y Altas del Sur y pese a habitar las zonas de clima más riguroso, poco afectaban a los Sorien las fluctuaciones climáticas. En cambio, a los ecuatorianos Maëdern (y con más razón, a sus Copistas) la adaptación resultó dificultosa. Frío, nieve y lluvia helada les eran hostiles; agresión a la que respondían atrincherándose durante el invierno y el otoño, en casas y Academias convenientemente temperadas.

En dicho entorno idílico, nació y creció Layeniú. Consciente como sus compatriotas de la existencia de un mundo más grande, que se extendía y continuaba allende las altas serranías que protegen la selva, ocultando a sus pobladores de miradas insidiosas. Layeniú tampoco era diferente en cuanto a los sentimientos que en él despertaba cualquier cosa que pudiese existir allá afuera: muchísimo más recelo y temor, que curiosidad. En consecuencia, también rehuía (como la mayoría de sus vecinos) *a los Sorien*. Más específicamente, *a sus Enlaces*, únicos en mantener comunicado el país con ese temible mundo exterior. Solo que, incapaz de distinguir a simple vista quién era o no Enlace (y demasiado tímido para preguntar), terminaba recelando de los Sorien en general. Con aquellos, jamás había cruzado palabra. Cosa que tampoco necesitaba, inmerso como estaba en un medio acogedor: su familia y parentela eran, sin excepción, Maëdern. Lo mismo que vecinos, conocidos, amigos, maestros y compañeros. Entre ellos se desenvolvía con naturalidad, confianza y seguridad.

Podríamos considerarlo un adolescente arquetípico: siempre alegre, pródigo en jocosas ocurrencias, la sonrisa nunca se borraba de sus labios. Y amaba su oficio, el de Traductor, al que se dedicaba con placer al recibir cada encargo. Y de no haberlos, hacía lo que cualquier colega del gremio: transcribía. En realidad, en este aspecto los Copistas especializados (los Traductores en particular) corren con clara desventaja respecto de sus pares sin especializar: un "simple" escribiente puede memorizar en vida hasta unos quinientos volúmenes (mítica cifra que se esfuerzan por alcanzar). Mientras que el especializado ronda la mitad. Por su parte, un *buen* Traductor (que procura dominar muchos idiomas) dedica menos tiempo a memorizar libros; por lo que el récord alcanzado por el más célebre (éste es, Maëdi Udei Laëmi) se ha limitado a la "irrisoria" cantidad de ciento noventa volúmenes... y once idiomas. Plusmarca que, hasta dónde se tienen noticias, ningún Traductor ha superado.

De carácter ameno y sociable, Layeniú se relacionaba con cordial soltura con vecinos y compañeros de Academia. Pero su mejor amigo no era ni una ni otra cosa. Se trataba de Ineiri Meinu, un Ebanista tres años mayor que él, cuyo consejo solicitaba y seguía cada vez que la vida lo colocaba ante un dilema. Aunque de un tiempo a esta parte, las visitas del primero al segundo se habían hecho más frecuentes y la relación entre ambos, estrechado. Layeniú ascendía y descendía cantando o silbando las cinco lomas que separaban entre su casa y la de aquel, para enseguida desviarse hacia su taller colindante. Allí dejaba transcurrir gran parte de sus horas de ocio, contemplando la minuciosa labor del joven artesano con silenciosa admiración. Sin embargo, siempre hallaba un resquicio para desviarse hacia las inmediaciones, buscando a Elediént, la hermana menor de su amigo. De hallarla se escondía entre la tupida maleza y la contemplaba a hurtadillas, sin importunarla ni dejarse ver. Sin darse cuenta y a sus imberbes dieciséis años, se estaba enamorando...



## Capítulo II

# ¡Invasión!

Una mañana rutinaria tocaba a su fin. Los seductores aromas de caldos y guisados se difundían bajo la arboleda, desde las casas hacia la atmósfera, anunciando la proximidad del mediodía. Layeniú interrumpió su trabajo por un instante, alzando la cabeza invariablemente encapuchada para husmear, aspirando hacia izquierda y derecha ese olor prometedor. En actitud reflexiva, cruzó sus brazos sobre el volumen a medio transcribir y su mente se abstrajo, viajando lejos y a ningún lugar. Suspiró: la imagen fresca de Elediént se le había vuelto a presentar. La delgada muchacha era jovial y bondadosa. Entre nosotros: ¡nada excepcional! La única diferencia la hacía… que sólo en ella se había fijado. Quizás, porque existiese una afinidad espiritual entre ambos.

Un ruido como de trueno, acompañado de un ligero temblor de tierra, paredes y mobiliario lo sacudieron, devolviéndolo a la realidad. Paseó su mirada sorprendida por el aula, topando rostros tan aturdidos como el suyo. Lejano todavía, el ruido amenazador volvió a producirse. Aguzando sus sentidos, creyó oír que gritos diversos lo acompañaban. Presa de un terror súbito e inexplicable se incorporó, precipitándose al exterior. A su alrededor, compañeros y compañeras hacían otro tanto. Una vez fuera, otearon en dirección a la procedencia de aquella algarabía en paulatino aumento, pero no vieron nada. ¡No porque no hubiera! Sino porque la salvaje espesura circundante, no posibilitaba la visibilidad más allá de los dos o tres metros inmediatos. Incluso sin ver, el ruido era tan espantable que bastó para apremiarlos a desbandarse en sentido opuesto, gritando:

–*¡Peligro!* –y añadiendo cada cual, los nombres de sus seres queridos.

Layeniú corrió a casa de su amigo, subiendo y bajando las lomas en alocada carrera.

–¡Meinu! –gritaba–, ¡Meinu!

Alcanzó a verlo salir de su taller, con la sorpresa reflejada en el rostro habitualmente sereno, enmarcado por una rala barba incipiente. Traía algo en su mano, que tanto podía ser una herramienta de trabajo, como el objeto que viniera labrando.

–¡Meinu! –llamó otra vez, desde la base de la última loma que le quedaba por ascender.

–¿Qué…? –empezó a preguntar aquel. Pero una ráfaga de metralla hendió el aire de súbito, acribillando su garganta. Exánime, Meinu cayó hacia atrás.

Al pie de la loma, Layeniú quiso invocar ese nombre una vez más. En lugar de ello liberó un horrible alarido: algo acababa de atravesar sus piernas lacerando la carne, incrustando en ellas llamaradas de un desconocido fuego abrasador, que pronto se extendió al resto del cuerpo. No era un fuego común y corriente, que se pueda ver y apagar. Sino algo que lo consumía por dentro, atenazando las heridas y propagándose a través de los huesos. Layeniú cayó hacia adelante, quejándose y lloriqueando su dolor. Temblando tendido de bruces permaneció muchas horas, dejándose envolver por oleadas de bruma y oscuridad que lo vencían paulatinamente, pujando por arrastrarlo a la Dimensión de las Almas. Su último pensamiento fue para Eledién: la invocó sin voz en el instante en que, extenuado, se desvanecía por completo mientras en el valle, la Muerte seguía segando vidas y festejando su victoria a carcajadas.



–Respira –dictaminó un soldado reclinado sobre él, tras haberlo volteado y auscultado–. ¡Médico aquí! –llamó, dejando la señal convenida sobre el cuerpo antes de pasar al siguiente.

A la postre, se acercó a atenderlo un paramédico especializado en heridas de guerra, no un genuino facultativo. Se aplicó primero a desinfectar, desenterrar esquirlas y detener hemorragias. Después reanimó al caído, al que ofreció de beber. Solo al verlo moverse débilmente, como buscando despabilarse, se reincorporó ordenando:

–¡Transporte aquí! –y pasó al siguiente cuerpo señalado.

A esa orden se aproximó un soldado fornido, lo alzó cual si de una pluma se tratase, se lo echó a un hombro y con la cabeza y los brazos del herido colgando a sus espaldas, lo trasladó hasta uno de tantos campamentos improvisados. Allí esperaban los transportes, que se iban llenando a ritmo lento pero constante, con los flácidos cuerpos de los sobrevivientes que los milicianos encontraban a su paso, durante esa agotadora revista obligada. Sin ceremonias, Layeniú fue arrojado a una de esas montañas humanas en proceso de formación. Liberó un apagado gemido al caer, golpeando contra la cara ensangrentada de vaya a saber quién; y un segundo quejido similar, cuando otro cuerpo le cayó encima. Volvió a desvanecerse.

Sobre él, el macabro montículo seguía creciendo…



El impacto recibido al ser arrojado sin ninguna delicadeza al duro y frío suelo de una celda, lo devolvió a la consciencia. Tan debilitado estaba, que ni siquiera sentía el dolor de unas extremidades laceradas que, de haber invertido sobrehumanos esfuerzos en alzar y girar su cabeza, habría

podido ver; pero de ahí a percibir su contacto con la superficie en que yacía, la distancia era enorme. Sus compañeros de encierro no lucían tan debilitados como él. Desde su posición al ras del suelo alcanzó a ver a algunos sentados de piernas cruzadas, con las encapuchadas cabezas gachas. Mudos y más inmóviles que estatuas, parecían enlutados. Como no vio Maëdern, cosa que lo colmó de inhibiciones, se mantuvo echado en su sitio, sin moverse ni hacer ruido; actos en apariencia rutinarios, para los cuales tampoco tenía fuerzas.

Así quedó hasta que la puerta de reja se abrió y entró un médico, que se le acercó en primer término: obvia señal de que en efecto, su estado era particularmente grave. Lo revisó, le prodigó cuidados diversos y se retiró. Minutos después ingresaba más gente, dedicándole sus principales atenciones. Se le dio de comer y beber, sus ropas fueron mudadas, su cuerpo aseado, una y otra vez con tediosa rutina a lo largo de los días siguientes. Huelga aclarar que los demás también recibieron bebida, alimento y terapia, cada cual según sus necesidades escrupulosamente determinadas por un galeno.

Merced a tan intensos cuidados, su salud fue mejorando… si bien con suma lentitud, dado que ánimo y voluntad no lo acompañaban, ni aportaban su cooperación a esa mejoría. A las dos semanas, estaba en condiciones de rondar por su celda con los demás, para ejercitarse en la medida de sus posibilidades. Pero viéndose rodeado de Sorien taciturnos y desconocidos, Layeniú invertía su mayor empeño en pasar desapercibido: se ubicó en un rincón donde transcurría las jornadas, ora recostado acurrucado, ora sentado encorvado con la vista fija en el regazo. Solamente se incorporaba en caso de fuerza mayor: para dirigirse al retrete, en el rincón opuesto. Sumido en esa inactividad autoimpuesta, una sola cosa no podía evitar: pensar. Su memoria trabajaba a destajo, recreando las rápidas, breves y caóticas imágenes de ese rudo ataque sufrido. Ajeno hasta ayer a la violencia, aquella agresión tan gratuita como súbita escapaba a su comprensión.

Dicha ausencia de explicación y motivos volvía al ataque más descabellado, menos digerible, más difícil de concebir y por ende, de asumir. Pensaba en sus hermanos y hermanas. En sus padres, vecinos, parientes, compañeros... Se preguntaba quién viviría aún, cómo, dónde. Quién habría caído, cómo, dónde... Su amigo del alma volvía a desplomarse una y otra vez en su recuerdo. Habría deseado llorar a viva voz, pero la presencia de Sorien lo cohibía. En lugar de ello, las lágrimas contenidas se derramaban *hacia adentro*, asfixiándolo. En menos palabras: Layeniú comenzaba a caer en una profunda depresión...



Dos uniformados recién entrados se apostaron ante él, y uno le tocó el hombro. Cuando alzó su mirada, le hicieron señas de incorporase. Obedeció, dejándose conducir sin objetar ni oponer resistencia. Llevado a través de pasillos y escaleras, recorrió indiferente gran parte de ese enorme presidio de clásico diseño panóptico, ahora íntegramente habitado por Alumnos de Milie y de Leveri. Layeniú podría haber aprovechado ese paseo para intentar avistar caras conocidas entre los reclusos, varones sin excepción (mujeres y lactantes habían sido derivados a otro correccional, no muy distinto ni distante). Idea que, merced a su melancólico abatimiento, ni siquiera se le ocurrió. Su periplo penitenciario terminó en una habitación pequeña de los sótanos, en cuyo ambiente flotaba un acre olor a carne chamuscada.

Sus rudos custodios no le concedieron ni un instante para captar la naturaleza del sitio al que acababan de traerlo. Con experta celeridad lo inmovilizaron, sujetándolo a una pared de piedra, de la cual sobresalían grilletes de hierro fijados a diferentes alturas y distancias, evidentemente destinados a prisioneros de diversa estatura y volumen. También inmovilizaron su cabeza, que acababan de descubrir echando su capucha hacia atrás, y temblaba por el comprensible pánico de su dueño. Entonces, su frente fue marcada con un hierro al rojo.

Layeniú gritó ese dolor atroz. Lanzó al aire un alarido potente y prolongado. Agotado el aire de sus pulmones, tomó una breve bocanada y volvió a aullar. Aspiró y aulló una vez más. Exasperados, sus opresores interrumpieron su cuarto alarido a base de soberbias bofetadas. Ya acallado, lo liberaron y condujeron a un cuarto contiguo, donde el fotógrafo que aguardaba lo retrató en daguerrotipo. De allí pasaron a la habitación siguiente en la cual, sentados ante un escritorio con expresión de hastío, esperaban dos burócratas. Uno lo interpeló en la Lengua Saïri:

–Nombre –ordenó.

Todavía sacudiéndose de pies a cabeza por efecto de la conmoción, el agredido abrió la boca e hizo visibles esfuerzos por articular su respuesta. Pero era como si hubiese perdido la facultad del habla. Sus custodios amagaron abofetearlo, pero el intérprete se les adelantó: deteniéndolos con gesto imperativo, al punto le ofreció agua que, fiel a la costumbre de Sorien y Maëdern, el joven bebió lentamente. Cuando terminó y devolvió el vaso, le fue requerido su nombre por segunda vez.

–Maëdi Vanei Layeniú –balbuceó, tartamudeando.

–Edad –inquirió el intérprete, apenas su compañero apuntó el dato.

–Dieciséis años –respondió con un tenue hilo de voz.

El intérprete tradujo y el oficinista apuntó.

–Oficio –requirió.

Layeniú apretó los párpados, sopesando en su fuero interno cómo convenía responder. ¡Cuánto habría deseado consultar a alguien más sabio o experimentado! Reducido a la apremiante necesidad de escoger por sí mismo, decidió que lo menos comprometedor sería contestar de forma genérica, sin mencionar su especialización.

–Copista –susurró.

Así culminó ese interrogatorio, tras el cual fue devuelto a su celda, de la que los uniformados se apresuraron a extraer a otro desgraciado. Por su parte, el joven se desentendió de su entorno: con desesperada premura se echó de bruces, cruzó sus brazos sobre su cabeza y liberó por fin, el llanto contenido durante un mes. Lloró a grandes voces gritando su dolor, su angustia y su miedo, profiriendo aullidos ferinos. Apenas sí se concedía una pausa para respirar entre un alarido y el siguiente.

A la postre, la potencia de su clamor inagotable terminó por enervar a los demás. En el colmo de la crispación, un Sorian se le acercó con paso nervioso, lo volteó de un envión y, tras rugirle un colérico "*¡Calla, Maëdi!*" a un centímetro de su nariz, se aplicó a silenciarlo a golpes. Por fuerza, Layeniú hubo de obedecer: volvió a encerrarse en sí mismo, tragando unas lágrimas que al verterse hacia adentro, lo asfixiaban. De habérsele permitido desahogarse aquel día o si, mejor aún, alguien se le hubiese aproximado ofreciéndole la comprensión, el cariño y el consuelo que tanto necesitaba, quizás a la larga sus heridas se habrían cerrado y cicatrizado. Y aunque tampoco se puede reclamar a sus compañeros por ese error que el joven pagaría tan caro, una oportunidad única de acceder a su alma y aliviarla, se había perdido para siempre. Ya nunca recuperó la confianza en la humanidad. Y si de niño había rehuido a los Sorien sin motivo, a partir de ahora creyó tenerlos más que sobrados para temerles y evitarlos, incluso más que antes.



## Capítulo III

# Libros cautivos

El robusto agente que entró en la celda portaba una lista de la cual leyó, pronunciando su nombre completo en voz alta. Al alzar su mirada turbada, Layeniú recibió una seña indicándole su deber de incorporarse y salir, que obedeció con apatía. Ya en el pasillo, otro agente no menos corpulento lo tomó del brazo, conduciéndolo a través de vacíos corredores hasta las escaleras. Descendieron. La amplia planta siguiente era el comedor del presidio, que hasta el momento no se había utilizado, pues las comidas se servían en las celdas; régimen inusual cuyos posibles motivos, Layeniú todavía no se había planteado: previo a su captura, ni siquiera había tenido noción de lo que es una cárcel, o de cuáles son sus normas. Pero de haberse planteado la cuestión, habría recibido su respuesta al ver las largas mesas de la sala, íntegramente ocupadas por enormes y caóticas montañas de libros. Recién aquí halló rostros familiares: otros Copistas habían sido reunidos y más seguían llegando. *"He aquí a los supervivientes"*, dedujo cuando el flujo se interrumpió: ¡Una cifra deprimente! El joven calculó a ojo que, de juntar a los presentes en su Academia, permanecería casi vacía.

De la que fuera su propia prolífica familia, solo parecía haber sobrevivido una de sus hermanas mayores: Neyéinin, a la que procuró acercarse. Un severo vigilante se interpuso, ordenándole con gesto elocuente que se estuviese quieto. Intimidado, Layeniú retrocedió hasta la pared, contra la cual habían obligado a formar a los asustados escribientes. Una vez completo el cupo, hizo su aparición el ya conocido intérprete, que impartió la primera parte de sus instrucciones: clasificarían la ingente cantidad de manuscritos, según las ciudades señaladas en las rúbricas.

Aprovechando la labor de selección, Layeniú hizo un segundo intento por allegarse a su hermana y cruzar unas palabras. Enseguida se estrechaban en un emotivo abrazo, llorando uno sobre el cuello del otro. ¡Reacción comprensible, pero imprudente! Fueron separados con grosera rudeza y él recibió por añadidura, un violento coscorrón que lo arrojó de cara contra una de las mesas.

–¡A trabajar! –rugió el uniformado. Mandato que Layeniú, como Traductor que era, comprendió a la perfección si bien el agente, que no habría esperado ni pretendido tal cosa, se conformaba con que sus evidentes intenciones lo fueran.

El adolescente se incorporó con dificultosa lentitud, tragando saliva y lágrimas, para abocarse a la tarea con resignado mutismo. De hecho, nadie se movía con demasiada presteza. ¡No sólo él lucía aplastado! Los Copistas tomaban los libros con compungido cariño, buscaban la rúbrica y derivaban cada ejemplar, depositándolos en orden uno sobre otro, de acuerdo a su origen. El conjunto más numeroso era el conformado por los oriundos de Dúar, en cuyas rúbricas se leía el no tan preciso nombre de "Sorianir". Únicamente el allí citado nombre de Arudilé, Guardián de la Selva Oscura, nos serviría para confirmar la genuina procedencia de aquellos. De tales ejemplares, de transcripción más reciente, se ocuparía el mandato siguiente que entretanto todavía no habían recibido: clasificarlos por temática y a su vez, por título.

Los encargados del procedimiento esperaban repartirlos, junto con Sorien y Maëdern, a sus ciudades de destino, para reintegrárselos a continuación. Significa que, pese a las apariencias, los libros no estaban siendo incautados. ¡Pero nadie se molestó en informar del particular a los maltratados miembros de ambas Órdenes! Y esa falta de información, acabó sumiendo a Layeniú en graves dificultades: llevaban horas trabajando sin descanso, cuando la fatalidad lo topó con un libro rubricado por él mismo. A aquel se abrazó tembloroso, como si de un hijo perdido y recuperado se tratara.

–¡Oh! –gimió en voz alta–, ¡mis libros cautivos! –Y se echó a llorar.

Los escribientes interrumpieron su labor, para posar sus miradas azoradas sobre él. No hubo quien dejara de derramar lágrimas de angustia y desazón. Esa súbita alteración de la rutina exasperó a los vigilantes.

–¿Tú otra vez? –rugió uno, embistiendo al menudo y delgado muchacho, que se dejó zarandear sin interrumpir su luto, ni soltar el libro al que se había aferrado.

Los uniformados se preocuparon. Temían que de prolongarse, la escena desembocase en rebelión. ¡Solo eso les faltaba!: el estallido de una revuelta entre los Copistas, gremio mundialmente famoso por su díscola tozudez. Alarmados, lo redujeron entre tres arrancándole el libro de las manos, y golpeándolo hasta que perdió el conocimiento. Entonces se lo llevaron a rastras. Sin embargo, aún temerosos de que organizara un motín, no lo reintegraron a su celda. Prefirieron incomunicarlo por prudencia...

Oscuro, húmedo, sucio y estrecho era el calabozo en que Layeniú se descubrió al despertar. Presa del pánico, volvió a desahogarse en un llanto potente y desesperado que, aislado como estaba ahora, ya no importunó a nadie. Y así, por lo menos pudo descargar su angustia cuanto quiso, hasta quedar agotado y ronco.

Le fue servida la misma comida y bebida que a los demás. Luego, si dejó su ración intacta, no fue debido al gusto bueno o malo que los alimentos ofrecidos pudiesen tener, sino a que su depresiva melancolía le había cerrado el apetito. Pero cuando horas más tarde, su carcelero se apersonó dispuesto a cambiar recipientes vacíos por llenos, se indignó al comprobar que su contenido no había sido consumido. Sin pronunciar palabra, se dio la media vuelta y salió, a denunciar el nuevo acto de contumacia ante sus superiores. ¡Fue la gota que colmó el vaso! Cierto: la presunta falta era tan irrisoria que en otro momento y circunstancia, o de haber provenido de un preso común, a nadie habría malquistado. Pero tratándose de él, encendió las iras del alcaide y sus matones, que resolvieron responder con contundencia: su escarmiento sería definitivo, ejemplar y disuasorio.

Por orden de las autoridades, los residentes fueron reunidos en el salón de conferencias: una enorme sala circular escalonada. Cada grada, era una sucesión concéntrica de celdas pequeñas con un ventanuco a la altura de los ojos, que cada interno individual ocupaba permaneciendo de pie, y a las que se accedía mediante una red de corredores subterráneos. Destinada originalmente a impartir clases optativas a los reclusos, en esta ocasión exhibiría una "lección" bien distinta.

Una vez estuvo presente el conjunto de la población, Layeniú fue conducido al centro del salón. Pronto era desvestido e izado por las muñecas. Acto seguido, fue flagelado sin piedad por dos verdugos que golpeaban en forma simultánea, uno en su espalda y el otro en su pecho y abdomen. En total, recibió veinte latigazos implacables por cada lado. Cada uno lo sacudió, arrancándole aullidos desgarradores. Cuando la cuenta estuvo completa, las ligas que lo sujetaban al techo fueron cortadas y cayó exhausto al suelo, donde permaneció quejándose y temblando hasta que los presos fueron devueltos a sus celdas. Solo entonces tornaron a vestirlo, para conducirlo de regreso al calabozo...



Hasta el final de su estadía en Ul, Layeniú vivió encerrado en su mazmorra. Ni olvidado ni abandonado, aunque así le pareciera en ocasiones. Recibía sus tres raciones diarias… y punto. Fuera de eso, no era objeto de atenciones ni molestias adicionales.

Pero entonces comenzaron las remesas, que se fueron sucediendo con la pedante puntualidad dictada por los burócratas a cargo de cálculos y trámites. A Aleinir, por ejemplo (y en consonancia con el bien fundamentado pedido de aquella), se despachó un transporte compuesto pura y exclusivamente por Maëdern. A las demás ciudades enviaban grandes grupos de Sorien, acompañados por puñados de Copistas en

cantidades que oscilaban entre uno y diez individuos, atendiendo a diversas variables exigidas por la política local. Baste mencionar el caso de Neir que, habiendo reclamado un número exorbitante de mineros y plateros, se había tenido que contentar con recibir a cambio, un único representante masculino de cada una de las restantes Disciplinas [el oficio que pudiesen tener las mujeres a nadie importó, y en principio no fue indagado. Solo *a las Maëdern* se preguntó, si eran o no Copistas]. A Layeniú correspondió pues, en calidad de escribiente, formar parte de ese envío, integrado por unas cuatro mil cuatrocientas almas. Cantidad que, aunque nos parezca importante, era por demás irrisoria… como se vería una vez que los Sorien repoblaran su antiguo vecindario: el Durrexu Elde Lenn podía acoger a una población hasta doscientas veces superior; la que albergara en remotos días de esplendor.

Los destinados a Neir fueron cómodamente instalados en cinco trenes de diez vagones cada uno. Cuando uno de estos transportes estaba satisfactoriamente ocupado, se despachaba en el acto y se procedía a preparar el siguiente. Layeniú fue enviado con el último. Pero dado que sus captores aún temían los posibles efectos nocivos de su influencia, no se le concedió sentarse entre los pasajeros. Fue encerrado en una jaula de ínfimas dimensiones, y cargado en el furgón con los bultos. Y aunque él no lo sabía, tampoco viajaría en *tan* mala compañía: en torno y por encima de él se apilaban cajas y más cajas repletas de libros. Aunque dudo que saberlo le habría aportado ningún consuelo…

El ya suficientemente vapuleado muchacho vivió esos tres días de viaje, como una horrible pesadilla interminable. Sentirse en constante movimiento, pero sin ser capaz de ver… no hablemos ya del paisaje, sino ni tan siquiera sus propios miembros, lo aterrorizó. A eso se sumaba la permanente sensación de asfixia. No solo a causa del encierro sino peor, debido al olor de sus propios orín y heces, que se iban acumulando en la base de chapa de su jaula. El tren hacía dos largas paradas cada día a fin de conceder a sus ocupantes, la ocasión de bajar a estirar sus miembros y aligerar tensiones. Únicamente a Layeniú no se permitió salir en esas pausas, que sólo le sirvieron para recibir sus magras raciones de agua y alimento. Entonces y para efímero alivio suyo, la puerta del furgón se descorría, posibilitando el ingreso del aire fresco.

A medida que se sumaban las horas de marcha, el ánimo que hacía mucho Layeniú arrastraba por los suelos, caía en picado hundiéndolo en la desesperación. Si no dormía lloraba, clamaba, e incluso deliraba. Hacia el final de esa travesía, la fiebre lo estaba consumiendo. Que a nadie extrañe pues, que en una de las últimas paradas se negara a beber o probar bocado: cuando el gendarme le ofreció su ración, el prisionero permaneció inmóvil, ausente y apático, con sus ojos vidriosos clavados en el frente pero sin mirar… Por enésima vez desde su captura fue sometido

a una infructuosa lluvia de golpes, de la que solo se liberó una vez que su cuerpo cedió a dolor, vértigo y agotamiento, desvaneciéndose.

Merced a tan azaroso viaje, se comprende que arribara a Neir más muerto que vivo. La Sorianic Médica de la recién constituida comunidad, en cuya casa el muchacho fue albergado, tuvo que prodigarle más que intensivos e insistentes cuidados a fin de devolverle la lozanía. La ansiada mejoría empezó a notarse recién tras la segunda semana de tratamiento. A partir de entonces, la recuperación de Layeniú continuó avanzando con lenta constancia.

Cuando por fin se sintió fuerte y sano, se le asignó su propia vivienda. Junto con ella le fueron provistas sus demás necesidades: desde alimento, vestido y abrigo, hasta los elementos necesarios para el ejercicio de su labor: el juego de silla y mesa altas de uso tradicional entre Copistas, plumas, tinta, y volúmenes encuadernados con sus páginas en blanco. Qué copiar exactamente, lo consultaba en cada oportunidad con el Decano de Mineros, bajo cuya autoridad directa se encontraba.

En tal calma vivió su año inicial en la ciudad. Pero dicha tranquilidad tan vital para cualquiera, no tardaría en ser quebrada. Esta vez, por culpa de un proyecto emprendido por la Universidad Nacional, con sede en Axeirra Elde.



## Capítulo IV

# En la Biblioteca Nacional

La Universidad Nacional del Elde funciona en el enorme complejo edilicio que esperaríamos hallar en su magna capital. En su predio y para mayor comodidad del alumnado, funciona también la Biblioteca Nacional: otro edificio imponente y lujoso, que atesora prácticamente cuanto se ha escrito, sobre lo que se haya escrito alguna vez. Lo que viene a incluir literatura Maëdi (escasa) y Sorian (en relativa abundancia). Los libros de la Orden en posesión de esa casa se dividen a su vez en dos categorías: hay traducciones académicas editadas desde la invención de la imprenta; y antiguos manuscritos incautados que con la caída del Imperio, en lugar de restituirse a sus legítimos dueños fueron trasladados del castillo señorial, a la universidad. Sin embargo y a pesar de los cuidados de que son objeto y la calidad superior de su factura, son reliquias en gran medida ilegibles. No solo debido al nivel de deterioro (mínimo, considerando edad y vicisitudes sufridas) sino en especial a la grafía, que ha evolucionado en el curso de las generaciones.

Nunca faltaron profesores dispuestos a encarar la tarea de descifrar y traducir su contenido, para imprimir el trabajo resultante. Tal actividad les deparaba enormes cuotas de distinción, celebridad y... dividendos. Especialmente durante la soriánica ausencia del ámbito cotidiano oriental, cuando la natural curiosidad del público (y ese típico afán por indagar materias "misteriosas"), creó una extraordinaria demanda de literatura dedicada a los Sorien, sus artes o filosofía. En respuesta, la oferta abundó en títulos de dudosa seriedad, redactados y editados por charlatanes [como el popular superventas: *"Los ocultos designios de los Maestros del Saber",* de bizarro corte conspirativo, que luego sirvió para justificar la invasión ante la dúctil opinión pública]; mientras en escuelas y Universidades proliferaron las "*Fraternidades Soriánicas*", asociaciones estudiantiles clandestinas que poca o ninguna relación real guardaban con los ignotos Sorien históricos, cuya "ciencia secreta" pretendían cultivar a su universitaria y juvenil manera.

Tales factores despertaron la sed de esa casa por obtener transcripciones fidedignas, definitivas, en base a las cuales imprimir futuras traducciones autorizadas, dignas de ostentar su prestigioso sello editorial. Un proyecto largamente acariciado por bibliotecarios y catedráticos, impracticable hasta la fecha debido a la angustiosa carencia de profesionales capacitados. En menos palabras: habrían necesitado de genuinos Copistas, imposibles de conseguir antes de la invasión. Pese a las repetidas solicitudes de Neir, ningún escribiente isleño o de Draïr se

avino a aceptar el bien pagado encargo, que ahora se resolvió imponer (¡sin remuneración!) a Layeniú. Y tomada la decisión, se procedió a su aplicación inmediata: la siguiente revista semanal, los censistas acudieron acompañados por un emisario de la universidad al cual presentaron al muchacho, que fue trasladado a ella sin ceremonias.

El joven se dejó conducir. En su honor, admitamos que no era un sujeto díscolo, sino lo opuesto. En especial tras su captura: lo que sobrevivió de su desperdigada personalidad carecía de cualquier robustez, y ya no albergaba fuerza ni deseos de oponerse a nada. Es más, si de él hubiese dependido, ni siquiera se habría resistido ante la muerte: ¡habría claudicado sin lucha! Cerrado como una ostra, tampoco se relacionaba con nadie ni salía de sus cuatro paredes; dedicando su absoluta atención obsesiva a su labor, pues solo sumergiéndose en ella encontraba consuelo y solaz. No obstante y como Copista, percibía sus obligaciones y limitaciones con claridad meridiana.

Layeniú fue conducido pues, a la biblioteca, donde lo esperaba un variopinto equipo de trabajo, ubicado en torno a una mesa atiborrada de ejemplares antiguos. Ante esa visión inesperada, el joven se alegró sinceramente: hojeó los volúmenes y leyó sus rúbricas con espontáneo cariño. Los había firmados por Copistas célebres, y por perfectos desconocidos. Incluso encontró uno copiado por el legendario y siempre venerado Maëdi Nareidi: ¡una Obra Perdida! Con emoción reverente abrió el ejemplar por su página inicial, se sentó de piernas cruzadas en el suelo y olvidándose del mundo, se aplicó a memorizar ante la atónita mirada del equipo de especialistas. A una señal de sus colegas, un profesor de Lengua Saïri se le acercó en representación del grupo:

—¡Un momento! —lo llamó, sacudiéndole un hombro—, ¿vas a decirme que *realmente* puedes leer lo que está escrito?

—¿Por qué no? —replicó irritado, y se sumergió en su tarea por segunda vez.

—¿Por qué sí? —retrucó aquel. Layeniú lo miró sin entender. El profesor enumeró sus razones—. Mira: la tienta está saltada en varios puntos. Peor aún: las zonas que no fueron atacadas por el moho lo han sido por polillas. Y para colmo, algunos caracteres no coinciden con los conocidos...

—Ya estoy habituado a esas contingencias —contestó con sencillez—. Ni siquiera me distraen. Además, que *tú* no conozcas la caligrafía antigua, no significa que *también yo* la deba desconocer.

Traducidas las respuestas de Layeniú, los especialistas reunidos habrían querido festejar, bailando sobre mesas y pupitres. ¡Por fin tenían lo que necesitaban! El profesor fue enviado a decirle:

—¿Podrías leer en voz alta?

Sin comprender todavía el objeto de este pedido, el joven lo satisfizo a su manera: con un recitativo presto que incluso para el profesor, resultaba tan incomprensible como ilegible el texto. Lo detuvo.

–Así, no –pidió–. Sino con claridad, para que podamos registrarlo.

–¿Registrarlo?

Curiosa palabra... ¿Quizás significara que alguien iría apuntando a medida que él leyera? En tal caso, ¿por qué no le pedían transcribir en persona? Como fuera y si de eso se trataba, tampoco le sería lícito obedecer. Por lo pronto y en lugar de exteriorizar sus dudas, aguardó con paciencia la respuesta a la ya formulada; que tardaba en llegar porque entretanto, los miembros del equipo estaban ocupados en intercambiar chanzas a costa del rústico recién llegado de la selva. Agotada la hilaridad general, el profesor se le acercó para explicarle el funcionamiento del último avance de la técnica: ¡el fonógrafo!

Layeniú era un alumno diligente. De pie junto al novedoso aparato, escuchó con atención. Pidió una demostración que recibió en el acto, asintió en señal de haber entendido... y volvió a sentarse en el suelo como antes, retomando su interrumpida labor de memorización.

–¿Y bien? –insistió el catedrático con creciente irritación–, ¿leerás en voz alta?: ¿sí, o no? –el muchacho negó sin inmutarse. El profesor rugió, abalanzándose sobre él para alzarlo en vilo y zarandearlo– ¿Y para qué crees tú, que te hemos traído?

Layeniú palideció, temblando amedrentado mientras se encogía como para atajar previsibles golpes. Exasperado, el profesor lo soltó para dirigirse a sus colegas:

–¡Lo de siempre! –clamó gesticulando–: vaya sujetos imposibles. ¡Incorregibles!

–¿Tal vez –sugirió una licenciada–, presionado mediante amenazas se digne a colaborar?

Ante la propuesta, la señorita taquígrafa puso cara de espanto. Enseguida se desató un acalorado debate, del cual emergió victorioso el profesor de Lengua Saïri. Invocados por aquel, un grupo de matones uniformados acabó abalanzándose sobre el aterrado muchacho, dispuesto a reducirlo a golpes. Layeniú lloró y suplicó, pero se mantuvo incólume. Tras una golpiza infructuosa, decidieron encarcelarlo. Tembloroso y angustiado, el joven clamaba con auténtico pavor mientras lo llevaban a rastras. ¡Ahora sí tenía noción de lo que significa residir en un presidio! Y la sola idea de revivir la experiencia, lo paralizaba de terror. Y sin embargo, tal y como hicieran generaciones de Copistas en idénticas o peores circunstancias, no se doblegó.



Siguieron días de horrible pesadilla. Con deliberada malicia, sus verdugos lo encerraron en una celda colectiva, llena de criminales de la peor ralea. Así, cuando los mismos carceleros no lo castigaban, se encargaban de él sus groseros compañeros de reclusión. Para ellos, mortificarlo era una auténtica fiesta. ¡El enclenque adolescente les parecía tan poco a tono con el lugar!, que reaccionaron a su presencia con abierta mofa. Y la festejaron según sus costumbres: ni corteses, ni amables, ni delicadas...

Entretanto en el Durrexu Elde Lenn, el Decano Mayor esperaba su regreso con impaciente preocupación. Contó los días de su ausencia, sintiéndose cada vez más abatido. Al cabo de tres días, decidió afrontar los riesgos de presentarse a protestar ante instancias oficiales. Como descendiente de antiguos Neirothien que era, había recibido junto con las soriánicas tradiciones de su Disciplina (era Minero Fundidor), nociones básicas del Éldaan, idioma que los exiliados de Neir conservaron como factor cohesivo. Pudo dirigirse con soltura a donde consideró menester sin necesidad de intérprete, ayudante ni escolta. En el peor de los casos, se dijo, si su "insolencia" despertaba las iras de alguien, sería el único en sufrir las consecuencias. Cuando (tras ser derivado de una oficina a la siguiente a lo largo de la mañana) llegó al sitio correcto, rechazó de plano cualquier pretensión de que el joven hubiese sido apresado con justicia, en castigo a una "*insubordinación reincidente*". Sin dejarse confundir por ningún argumento, porfió en su exigencia de ser conducido hasta él, para corroborar su estado y escuchar su descargo en persona.

Merced a su esforzada pero diplomática insistencia, el sabio alcanzó su objetivo de ser conducido a la celda de Layeniú. Y entrando se espantó, no solo del calamitoso estado del joven tras apenas tres días de encierro sino en especial, al constatar la calidad de la compañía que se le impusiera. Se sentó a modo Sorian junto a él y lo meció con suavidad, llamándolo en susurros; sus labios próximos a la oreja del joven que yacía agotado, tendido de bruces en el suelo.

–Layeniú –indagó sin alzar su voz, quebrada por la conmiseración–, ¿qué pasó?, ¿qué te han hecho y por qué...?

–Maestro... –lloriqueó aquel, extenuado– Yo no podía... No habría sido... correcto...

–¿Qué es lo que no podías? –preguntó el anciano con suavidad.

Muy poquito a poco le fue sonsacando la historia. A Layeniú, quebrantado, asustado y dolorido, le costaba hilvanar la sucesión lógica de los acontecimientos. Fue explicándose en forma desordenada, confusa, entrecortada por suspiros, lágrimas y quejidos. Pero indagando con ternura, solicitando un detalle aquí y una aclaración allá, el Decano fue formándose una idea cabal de lo sucedido. Entonces se aplicó a consolar

al muchacho, dejándole clara su más completa aprobación: Layeniú tenía razón, y había cumplido su deber.

Consciente de que su situación no toleraba demoras, el Sorian se abocó con desesperada urgencia a la tarea de sacarlo de su inmerecido encierro. Hasta a las mismas oficinas ministeriales se atrevió a acudir, reclamando con ira apenas contenida, la liberación del único escribiente de la comunidad. Quizás precisamente porque se parecía más a un rudo Minero que a un diplomático Enlace, el anciano supo hacerse oír, obteniendo lo que quería.

Layeniú fue devuelto en estado deplorable. Durante una angustiosa semana se debatió entre la vida y la muerte hasta que, merced a esmerados cuidados, consiguió sobreponerse y su salud se restableció. Una vez recuperado, sus primeras palabras fueron para el Decano de Mineros, en cuya Academia se apersonó. Embargado por el bochorno, al principio se abstuvo de ingresar. De pie en el vano de la puerta, aguardó a que su presencia fuese notada, aviniéndose a entrar solo tras serle solicitado. Entonces se aproximó al sabio con lentitud, deteniéndose ante él con docilidad. Y pese a las reiteradas invitaciones recibidas en ese sentido, no se sentó. En cambio, dijo con timidez:

—Maestro... ¡Gracias! —calló avergonzado. Tomó una enorme bocanada de aire que apuntaló su ánimo, y agregó— Maestro, cuando estuve allá... —nueva detención. Silencioso y atento, el Decano aguardó que el joven continuara—. Vi Obras Perdidas. Quisiera recuperarlas... Si me fuera permitido...

—¿Obras Perdidas? —se entusiasmó el anciano—, ¿en la Biblioteca Nacional? —el joven escribiente asintió y el sabio prometió— Veré qué puede hacerse.

¿Y qué pudo hacerse? Pues mucho. Días después, Layeniú contaba con plenas garantías para entrar y salir del recinto universitario sin ser importunado. Debía, eso sí, portar su Libreta de Identificación consigo. Era parte del requisito de acceso al Archivo de Incunables, en el interior de la Biblioteca Nacional. Conocedor del trayecto, se encaminó tranquilo y sin apresurarse. Ingresó en el edificio de la biblioteca. Atravesó una enorme sala poblada de estanterías, subió una escalera que parecía oculta tras un recodo discreto, cruzó otra estancia rebosante de libros en sentido opuesto... En suma, recorrió un genuino laberinto, ideado con el propósito de marear a visitantes no deseados. Hacia el final, debió trasponer la puerta que comunicaba una sala de lectura grande, con otra más pequeña. Apenas entrando, estaba el despacho de la señorita recepcionista: una simpática burócrata que sonreía de oreja a oreja, mientras pedía recitando con un cantito invariable y muy peculiar:

—Su documentación personal, por favor.

Obedeció en silencio, y pasó. De inmediato se dirigió a las estanterías paseándose entre ellas lentamente, en busca de la Sección de Literatura Maëdi y Sorian. Ante ella se detuvo, a leer los nombres no siempre legibles en los gastados lomos; viéndose obligado a retirar cada volumen y abrirlo por su primera página, para conocer su título. Finalmente escogió un ejemplar y se sentó en el suelo. Memorizando permaneció las horas siguientes. A mediodía, su estómago vacío le sugirió que quizás fuese hora de volver... Reintegró el libro a su sitio y se encaminó a la salida. La señorita recepcionista lo detuvo, exhibiendo su sonrisa de oreja a oreja al cantar su monótono estribillo:

–Recoja su documentación, por favor.

Layeniú extendió su mano. Pero antes de recibir su libreta, tuvo que escuchar otra burocrática letanía:

–Firme aquí, por favor.

Firmó donde le indicaban: la última casilla en blanco de la fila de una planilla, a lo largo de la cual la señorita recepcionista había apuntado sus datos personales, junto con la exacta hora de ingreso y de salida. Acto seguido recibió sus documentos, y se fue.

Y a partir de ese día, tal fue su rutina: por la mañana memorizaba en la biblioteca. A la tarde después de comer, transcribía lo aprendido. En total, había identificado cinco Obras Perdidas que, según calculó considerando los respectivos grosores, terminaría de memorizar en un mes. A partir de entonces, podría permanecer en casa para dedicar jornadas completas a la labor de transcripción.



Se levantó con pesadez, cerró el libro en el que viniera trabajando y lo reintegró a su sitio. Recogió sus apuntes, guardándolos en su maletín. Bostezó sin cubrirse la boca, se sacudió el cansancio y se encaminó a la salida. El día declinaba. La señorita recepcionista lo llamó de regreso a la realidad, con su sonriente letanía recitada:

–Reciba su documentación, por favor.

El profesor tomó la pluma-fuente, se inclinó para firmar... y dio un respingo:

–¡Hey, Meixa! –exclamó–, veo que tienes un cliente nuevo...

Sorprendida fuera de sus argumentos habituales, la simpática burócrata se quedó mirándolo pasmada.

–Mira aquí –insistió el profesor, señalando una línea concreta.

–¡Ah, ése! –dijo la recepcionista–: viene todas las mañanas.

–¿Cómo es? –preguntó él, picado en su curiosidad científica. La burócrata se encogió de hombros.

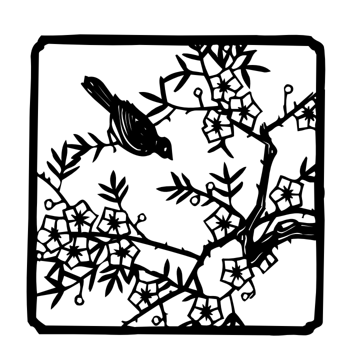
—No lo sabría describir —dijo con sencillez—. Tampoco es que lo haya observado con detenimiento —y como el profesor le clavara un par de ojos cargados de reproches, se excusó—. Comprenda Usted: pasa mucha gente por aquí. No sería práctico ni cortés, dedicarme a estudiar fisonomías. Me alcanza con verificar que nadie sustraiga nada. Y que las entradas y salidas queden debidamente registradas, para mayor seguridad.

—¿Piensas que vendrá mañana?

La oficinista volvió a encogerse de hombros.

—Vino hoy. Vino ayer. Vino antes de ayer... *Eso*, sé decir. ¿Si vendrá mañana? No indagué, ni lo puedo saber.

El Profesor firmó, recibió sus documentos y salió.



## Capítulo V

# Entre escribiente y togado

Entrando al día siguiente, se dirigió a la recepcionista.

–¿Vino? –preguntó.

En respuesta, la joven mujer le mostró un renglón de su planilla donde registrara puntualmente, los datos del muchacho y su hora de ingreso.

–¿Puedo ver sus papeles? –pidió el catedrático. Ella vacilaba.

–Dudo que el reglamento interno lo permita...

–¡Oh, Meixa! –rogó él–, aparta tus rígidos escrúpulos por esta vez...

La mujer no respondió. Pero señaló el compartimiento del casillero numerado donde colocara la libreta. El profesor la retiró por sí mismo, abrió y se quedó mirando el daguerrotipo. La imagen a página completa, mostraba a un adolescente de rostro lívido, aterrado y dolorido, con un número marcado en la frente descubierta. A fin de retratarlo, los carceleros de Ul habían corrido su capucha hacia atrás. El catedrático hizo un gesto entre compungido y resignado, liberó un suspiro que venía a expresar similares sentimientos, y reintegró la libreta a su sitio. Por lo menos, ahora estaba prevenido respecto a lo que toparía. Se disponía a entrar, pero la señorita recepcionista le recordó:

–Su documentación personal, por favor.

–¡Oh, disculpa! –murmuró, obedeciendo.

Entró barriendo la sala con la mirada. Obviamente, no lo vio. Se encaminó pues a la correspondiente sección de estanterías y lo encontró como esperaba, sentado en el suelo. Fiel a las milenarias costumbres de su gente, el muchacho había colocado sobre sus rodillas plegadas, el ejemplar que memorizaba con la plenitud de sus sentidos absortos. El profesor interrumpió esa serena concentración, sacudiéndole un hombro. Cuando Layeniú alzó el rostro turbado, aquel le prodigó una cálida sonrisa tranquilizadora al tiempo que, buscando impresionarlo, le lanzaba en la lengua de Héilenar:

–*Heraini, Maëdi.*

Si realmente Layeniú se sorprendió de verse saludado en su idioma, no lo dejó traslucir. Sí pareció exteriorizar cierta zozobra. Inclinó la frente, tragó saliva, la volvió a alzar y devolvió el saludo en la lengua de su interlocutor:

–*Irru-mih, n-erruaixé hámil.* ["Mis saludos y respetos, Profesor"]

Oyéndolo hablar Éldaan, el catedrático se ruborizó. Pretendía impresionar al joven, ¡y él mismo era sorprendido! Habituado a despertar

la admiración de la gente, y él mismo escatimarla a sus congéneres, esa inesperada situación lo incomodó. Cambió de táctica. Abriendo su maletín, extrajo un libro impreso: la transcripción sin traducir de una conocida obra de la Orden, destinada al estudio de asignaturas relacionadas con los Sorien, sus costumbres y lengua. Se lo extendió. El joven leyó el título, asintió en señal de conocerlo, y abrió el libro por una página al azar, verificando su contenido. Luego cerró el volumen, que reintegró a su dueño sin pronunciar palabra.

—¿Y? —reclamó el profesor, impacientándose.

—¿Transcribiste tú? —preguntó Layeniú. El profesor confirmó, y el joven soltó un lacónico "*Ah*", para retomar al punto su interrumpida actividad.

—¿Eso es todo lo que tienes para decir? —le gritó el catedrático, exasperado. Desganado, Layeniú suspendió lo suyo nuevamente, para preguntar con cautelosa calma:

—¿Y qué querías que dijera?

—Tu opinión —replicó, progresivamente impaciente a causa del nulo respeto que su persona parecía inspirar. En lugar de tratarlo de "usted", ¡el imberbe escribiente lo tuteaba! Entretanto, Layeniú se devanaba los sesos, buscando una manera delicada de expresar sus reservas. Optó por afirmar lo obvio:

—No eres Copista.

—¡Por supuesto que no! —estalló el profesor. Y se detuvo en seco, oyendo el eco de su propio vozarrón irritado. Se obligó a serenarse, para preguntar en un susurro más acorde con el lugar— ¿Qué quieres decir con eso?

—Demasiados errores —declaró un Layeniú apático—. Ni en cien libros, el escribiente promedio comete los que tú en una línea.

El hombre sintió que su enrojecida cabeza entraba en ebullición.

—Transcribí de un texto antiguo —masculló—; copiando con exactitud, palabra por palabra y letra por letra.

—Entonces, no has leído bien —refutó con suavidad.

¡Vaya desparpajo! De haber podido, lo habría tragado vivo. Contuvo sus impulsos agresivos a último momento, para decir con énfasis mordaz:

—Tú transcribes de memoria, y yo con un ejemplar abierto ante mí. ¿Quién está más expuesto al error?

—Tú.

—Necio insolente, ¡te equivocas! —bramó— Te diré por qué: tú memorizaste de un libro, que otro memorizó de un libro, que otro memorizó de un libro... y así sucesivamente, hasta llegar al original redactado, digamos, hace mil trescientos años. Alcanza con que cada escribiente cometiera *un único error* cada vez. Al cabo de mil trescientos

años y ve tú a saber cuántas copias sucesivas, llegas tú pretendiendo que lo registrado en tu memoria, es más fidedigno que una transcripción directa de un ejemplar muchísimo más antiguo. ¿No ves que pecas de arrogancia?

—Hagamos la prueba —sugirió Layeniú, con impertérrita calma y sin alzar su voz—. Trae tu transcripción antigua, y lee. Yo señalaré los errores, y a continuación verificamos.

Algo en el enunciado de esa propuesta perturbaba al catedrático. Sin embargo, resuelto a aleccionar de una vez a ese escribiente tozudo, aceptó. Tomando de las estanterías el ejemplar de la discordia, ocupó una silla e inició la lectura. Pero no había alcanzado a leer cinco palabras, cuando una corrección de Layeniú lo interrumpió. ¿¡Sería posible!? Conteniendo a duras penas su irritación, releyó con mayor lentitud y pedante dicción. ¿¡Para qué!? La misma corrección tornó a hendir el aire. En el colmo de la ira, el profesor se incorporó y metió el libro ante las narices del muchacho sentado en el suelo, repitiendo a voces la palabra enmendada. Impávido, Layeniú echó un fugaz vistazo a la página... ¡e insistió en lo suyo!

—¡Vaya descaro! —clamó el hombre— ¿Discutirás, *también al libro?*

—Al libro no. A ti sí —se incorporó acercándose a las mesas, corrió una silla y se sentó. Su interlocutor hizo lo propio, ubicando el libro ante ambos. Entonces, el muchacho comenzó a explicar:

—Lereidi, el segundo hijo de Lidki, poseía una caligrafía singular, única. De hecho, cada Copista procura desarrollar un estilo personal. Entre nosotros, cada trazo nos identifica más y mejor que la rúbrica. Aquella puede desgajarse. La peculiaridad de la grafía, no. Merced a eso, conozco la identidad del Copista sin necesidad de acudir a su rúbrica. Esa verificación te la reservo.

Ni corto ni perezoso, el profesor buscó en la última página y atónito, corroboró el dato. Poniéndose de pie y exteriorizando su amargura, Layeniú continuó:

—Tú desconoces, tanto la caligrafía antigua como las diferencias estilísticas que nos distinguen. Esas y otras contingencias te confunden. Pero tú eres un togado: no puedes admitir un error. Mucho menos, tu ignorancia. ¡Hasta mi Tradición puede estar equivocada, con tal de que tú estés en lo cierto!

"Ésa es la diferencia entre tú y yo: tú puedes editar un libro plagado de errores y todavía exigir respeto, consideración, y que la gente te llame "Profesor". En cambio yo... ¿A quién importa cuán perfecta sea mi labor? Conmigo, cualquiera hace lo que quiere. Ni siquiera recuerdan que soy humano. Ni que tengo sentimientos, factibles de ser heridos. Si a fin de cuentas, ¿qué soy yo?: ¡solo un Copista!"

En extremo alterado, Layeniú abandonó la sala; olvidando en el suelo el libro que viniera memorizando (y que el consternado catedrático hubo de recoger). Solo la señorita recepcionista consiguió detenerlo unos instantes. El muchacho firmó, tomó su libreta y huyó a la carrera, derramando lágrimas de amargura.

En el transcurso de ese día no cesó de llorar. Y a continuación se atrincheró en su casa, sin dirigirse a la biblioteca, ni a la Academia de Mineros, ni a ningún otro lugar.



Acuciado por remordimientos, el profesor permaneció insomne; asediado por la imagen del joven con su frente marcada a fuego, que afligía su mente con insistencia. Ahora sabía, que el hierro candente había marcado cuerpo y alma simultáneamente. Y él... ¡Él había arrojado sal sobre esas heridas recientes, todavía frescas y abiertas! Una y mil veces se recriminó su estúpida rudeza. Ni siquiera su firme resolución de disculparse al día siguiente, le concedió ningún sosiego. Tras esa larga noche de atormentada vigilia amaneció dolorido, con fuertes contracturas cervicales. Pero como ni esa mañana, ni la siguiente, ni la posterior lo pudo hallar en la biblioteca, su preocupación se redobló hasta que decidió acudir en su busca.

Conocía el Durrexu Elde Lenn como la palma de su mano. De niño, solía visitar el desértico barrio con frecuencia. Su abandonada desolación le despertaba inexplicables nostalgias, y lo inspiraba. Tales sentimientos acabaron por orientar su vocación hacia el estudio de los Sorien, su lengua, filosofía y demás; llevándolo a convertirse en un reconocido experto a nivel internacional. ¡Sólo en Fandir existía otra autoridad de talla comparable!

Recorrió las calles del vecindario, desérticas y silenciosas lo mismo que antaño. El Durrexu Elde Lenn conservaba su aspecto de "ciudad fantasma". Se sorprendió de no percibir diferencias entre el "antes" y el "después". En su interior, algo se comprimió con angustia. Layeniú, comprendió, no era un sujeto aislado, sino un fiel exponente de su grupo injustamente violentado. ¿Cómo se había atrevido a zaherir de esa manera –se recriminó por enésima vez–, a un espíritu que también sin eso, cargaba una enorme cuota de agobiante sufrimiento? Las amargas palabras del escribiente retumbaron en su cráneo: "*Conmigo, cualquiera hace lo que quiere*". ¿Cuántas experiencias aterradoras –se preguntó– habría condensado en tan críptica frase?

Entró en el edificio de la Academia Principal: la de Místicos en el pasado, ahora ocupada por los Mineros mientras los "dueños" históricos del lugar, se conformaban con un edificio menor. Así de sensatos son los

Sorien: doblando los mineros de Neir a los representantes de otras Disciplinas, lógico era que recibieran el recinto de mayor tamaño. No se trataba de una cuestión de honor genuino o fingido, sino de mentalidad práctica.

Barrió su interior con la mirada; procurando identificar a quienquiera fuese el Decano. Como había más de un rostro encanecido en el lugar, y temía dirigir sus respetos a la persona equivocada (faltando a la honra del auténtico dirigente de esa comunidad), se detuvo indeciso bajo el dintel, hasta que su presencia fue notada.

—¿Qué buscas, caminante? —le preguntó un encapuchado, en la lengua de Neir.

—El Decano... —farfulló.

—Ven —lo llamó el solicitado—. Siéntate mientras te preparo un té.

Incómodo en extremo, obedeció. Viendo al anciano incorporarse para atenderlo, no pudo evitar comparar esa humilde y espontánea actitud hospitalaria, con la que habría adoptado él mismo: ¡cualquier día él, emérito Profesor de la Universidad Nacional del Elde, se rebajaría a servir personalmente, a un fulano recién llegado de la calle! Además y de haber querido, el Decano habría podido solicitar té para ambos, y cualquier discípulo se habría prestado a obedecer con alegría. De súbito descubrió también, cuán poco conocía a esta gente (¡pretendiéndose experto!). Ante el espejo de sus reflexiones críticas, se sintió más avergonzado que si lo estuvieran exponiendo desnudo. Habría querido correr a esconderse; impulso instintivo que contuvo muy a duras penas. Entretanto, el Decano regresaba con los adminículos del té, que acomodó en la mesita baja. Sirvió y esperó a que el eventual visitante se presentara o por lo menos, expusiera el motivo de su visita. Como ambas cosas tardaban en suceder, el Sorian rompió el silencio:

—Luces abatido, peregrino —susurró, posándole su tierna mirada de abuelo nonagenario.

—¿Peregrino? —repitió aquel, despabilándose— Ancianidad: ¡vivo en la misma ciudad en que nací!

—¿Cuánto vivirás? —susurró con soriánica parsimonia—: ¿cien años? ¿Qué son cien años, en la Eternidad? Somos demasiado efímeros, humano; estamos de paso. En menos palabras: somos... peregrinos.

El profesor inclinó la cabeza abochornada. Sorbió su té en silencio. Al cabo reunió coraje para preguntar:

—¿Cómo es que siendo recién llegados, domináis la lengua del país?

—Tu ciudad exigió mineros —explicó el anfitrión—. La mayoría de los cuales somos, por definición, Neirothien. Eldaané. Hemos conservado nuestra lengua en el exilio. Por eso al volver, comprendemos y nos hacemos entender.

—Pero Layeniú... —comenzó a objetar, y se detuvo en seco. Las mejillas le escocían.

—Él es Traductor —explicó el Decano—. Podría componérselas tan bien en otras capitales importantes, como lo hace aquí.

"*¡Traductor!*", se dijo el catedrático. Significaba que, de haber vestido de otra manera y ostentado un nombre diferente, el muchacho habría sido considerado tanto o más "profesor" que él mismo. La arbitrariedad del trato despectivo que le dispensara, le dolió con mayor intensidad. Lágrimas de contrición rodaban por sus mejillas.

—¿Vienes de la universidad? —inquirió el Decano con suavidad.

El interpelado respondió relatando su encuentro con el joven en la biblioteca; anécdota que el anciano desconocía, pues el introvertido muchacho no la había compartido.

—Luego, ¿no perteneces al equipo que quiso obligarle a transcribir? —el togado negó— ¿Y no ha regresado a la biblioteca desde el incidente contigo? —el hombre volvió a negar— ¿Quizás ha terminado de memorizar? —negó por tercera vez— Entonces —concluyó el sabio—, se sientió agraviado. Debes disculparte.

—Ancianidad —pidió compungido—, ¿no podríais tramitarme su perdón? —el Decano negó con gesto suave. El catedrático insistió— ¡Por favor! Siento que desmayaría de bochorno en su presencia.

—¡Tanto mejor! —porfió el anciano—. Así verá que tu arrepentimiento es sincero. Mi consejo te conviene: te facilitará el éxito.

A pedido del Decano, un aprendiz de minero lo condujo hasta la puerta del escribiente; le dijo "*Aquí es*", y se volvió por donde viniera. El profesor tuvo que enfrentar el desafío en solitario.

No entró enseguida. Se quedó contemplando al muchacho que, sentado en su silla alta de espaldas a la puerta junto a la luz de la ventana, escribía absorto. Sintió que interrumpir esa serena abstracción sería un sacrilegio. Se fue acercando con pasos lentos, tímidos, discretos, inaudibles, hasta detenerse junto a él. Entonces pudo ir leyendo a medida que escribía: la grafía de Layeniú era clara y sencilla, elegante pero sin adornos, de fácil lectura. Dejando de leer para centrar su atención en la mano del escribiente, el profesor se estremeció: su mente evocó la imagen de un escultor. Cierto: Layeniú esgrimía su pluma como si fuese un martillo, y su escritura era cincelada. ¿Cómo se las ingeniaría para que, pese a la brusca impulsividad de sus movimientos, la grafía resultante fuera relativamente delicada y hasta agradable? Luego, concluyó, ni siquiera como Copista era "*simple*". ¡Era un artista! ¿Y si no existía tal cosa: un Copista "simple"? ¿Quizás cada uno de esos sacrificados y poco reconocidos escribientes, era un genio y un artista? ¿Acaso por el hecho de dominar la propia disciplina y no otras, una persona merece desprecio?

¿Y quién establece cuál rama de la ciencia o la actividad, es más digna de respeto que otra?

—Layeniú... —llamó, susurrando con voz ronca.

El joven interrumpió la labor. Devolvió su pluma al lapicero y se apoyó en la mesa con pesadez, posando una mirada larga, profunda y muda en el recién llegado.

—Layeniú... —repitió. La voz le tembló— Yo... lo siento... ¡Créeme! —un nudo doloroso se atravesó en su garganta, impidiéndole continuar. El adolescente seguía inmóvil, contemplándolo en silencio. El profesor hizo un supremo esfuerzo para sobreponerse e insistir:

—Layeniú, por favor: ¡perdóname!

—Vale —susurró aquel con mansedumbre—. Para el caso, tampoco fue tan grave... Otros han sido más agresivos, y ni siquiera se disculparon. Puedes ir tranquilo.

—No, Layeniú —murmuró el hombre—. Precisamente porque ya has sido suficientemente maltratado, y lo sabía, yo debí comportarme mejor. Mi actitud grosera podría pasarse por alto de haberse dirigido a otro. Pero, *¿contra ti?*: es inexcusable.

—Oh... Ah... Mm... ¡Bueno! —balbució el muchacho—, yo no sería tan severo...

Tan compungido venía el hombre, que el joven hubo de esmerarse en consolarlo. Hacia el final de esa entrevista, no solo se habían reconciliado sino que comenzaban a sentar los cimientos para una futura relación cordial. Antes de irse y más distendido, el profesor propuso realizar un trabajo conjunto.

—Será una edición bilingüe —explicó, yendo y viniendo a grandes trancos por la habitación y gesticulando entusiasmado—, en páginas confrontadas. Yo la preparo y tú corriges. Podríamos tomar adrede, un título ya existente en el mercado. Entonces el público tendrá la oportunidad de comparar por primera vez, y sacar conclusiones por extensión, respecto a las demás traslaciones en circulación.

Sin dejarse contagiar la euforia, Layeniú objetó con seriedad:

—La idea en sí no parece mala. Pero yo... debería consultar con el Decano.

Fueron juntos. El profesor, para exponer su proyecto. Y el escribiente, a fin de escuchar por sí mismo lo que el sabio dispusiera. El anciano recibió esa propuesta con una frialdad similar a la del joven.

—Verás —explicó—: Layeniú es nuestro único Copista, y está saturado de trabajo. ¿Cuánto más se le puede exigir?

—¡Pero yo asumiré la tarea principal! —insistió con acento suplicante—. Él únicamente corregirá; mi transcripción primero y mi traducción después. Así garantizaremos que una y otra sean fidedignas.

—Podría concederte —cedió el Decano a medias—, con ciertas condiciones. La primera: que se trate como dijiste, de una obra ya publicada... por ti mismo. Solo así el lector captará el mensaje implícito: que comprender nuestra literatura, incluso en su sentido llano, no es tan fácil como parece. ¿La prueba?: hasta el más renombrado experto ha tropezado, mientras trabajó en solitario y sin consultar. La segunda: no volverás a editar nuevos trabajos después de ése...

—¿Por qué? —clamó el catedrático, dolido.

—Porque no podemos exigir más a Layeniú. Y porque sin su ayuda, no sabrás evitar nuevos errores. Y una obra repleta de ellos no merece imprimirse: sólo contribuye a propagar confusión.

—De acuerdo —aceptó cabizbajo.

Así fue como Layeniú se permitió regresar a la biblioteca por las mañanas, hasta que terminó de memorizar sus reencontradas Obras Perdidas. Por su parte, el profesor volvió a visitarla por las tardes, como antes de conocer al joven. Entonces se abocó nuevamente al famoso ejemplar de la discordia, que ya transcribiera y tradujera años ha.

Ensayó una transcripción completamente nueva, como si la anterior no existiese, dedicando la máxima atención a su labor. Una vez a la semana, en lugar de a la biblioteca se dirigía al Durrexu Elde Lenn y presentaba el borrador a Layeniú, que lo corregía. Superada esta fase, comenzó a traducir. Basado en una transcripción abiertamente discrepante, se descubrió alumbrando un texto tan divergente, que a medida que avanzaba tomaba consciencia de la abismal distancia existente entre esta versión y la precedente. Costaba asumir que ambas simultáneamente, pretendiesen ser traducciones fieles de una misma obra. Significaba, concluyó espantado, que la anterior era un fiasco. ¿Y qué más daba si había cometido el daño adrede, o no?

Trató de colocarse en lugar de los Sorien, en cuyo nombre se difundían patrañas que jamás sostuvieran. Ahora comprendió también la exasperación con que aquel día, Layeniú reaccionara a sus errores. Una única cosa no acababa de entender: ¿por qué los mismos Sorien no se ocupaban de publicar su literatura en ediciones cuidadas y confiables? Planteó esa cuestión a Layeniú, pero él se encogió de hombros.

—Yo —dijo con espontánea sencillez—, solo trabajo para Sorien y Maëdern. Para otros, no.

Aquello podía considerarse más una declaración de principios, que una respuesta. Insatisfecho, el profesor expuso su inquietud al Decano.

—Quien quiera entendernos —respondió aquel—, que se acerque a recibir *de nosotros*. No, de la Universidad.

—Con vuestra dispensa, Maestro —objetó—; pero hay mucha gente interesada en conocer vuestro acervo, sin tener que ingresar para ello en vuestra sec... Orden.

—¡Ese es el problema! —reconoció el anciano—: nuestra ciencia no es como otras. Leerla no alcanza. *Hay que vivirla.* También nuestros textos se entienden de otra manera cuando se vive, actúa y razona diferente. Dime: ¿alguna vez leíste el "Libro de las Llaves", de Maëdi Milie?

—¡Ah! Hace mucho procuré descodificarlo. No hay experto que no lo haya intentado. Existen teorías y doctorados, a cual más descabellados. Llegado mi turno, vi que la tarea me excedía. Que los códigos o lo que sean, no se descifran respondiendo a ningún patrón lógico... y desistí.

—¿Sabes por qué fracasaste? Te diré: ese libro no se escribió para enseñar. Sino para refrescar las memorias de los iniciados: los que ya aprendieron, pero pueden olvidar... Esa es su ventaja: quien no lo comprende, *sabe* que no entiende.

"Por desgracia, nuestras obras restantes ofrecen una ilusoria apariencia de comprensibilidad. Alguien como tú, puede engañarse creyendo que alcanza y sobra con entender el idioma. ¡Y no es así! Nunca olvides que tanto el autor como su público proceden de un entorno específico, y para él escribe recurriendo a fórmulas internamente consensuadas, cuya interpretación puede diferir del significado aparente. Un Sorian que escribe para Sorien parte de bases, premisas y supuestos que da por sentados. Mensajes tácitos que para los ajenos, resultan tan imperceptibles como indescifrables.

"Lo que para nosotros es el Libro de las Llaves, lo es para el lego cualquiera de nuestros libros: un acertijo imposible de desentrañar sin la ayuda de un Maestro. ¿Qué digo "Maestro"? Ya has comprobado que ni siquiera careciendo del asesoramiento de un Copista, serías capaz de alumbrar un trabajo decente..."



# Capítulo VI
# Meinu

Sentado en su cómodo sitial de madera oscura labrada con arte minucioso, el ministro del interior revisaba las estadísticas y meneaba la cabeza en señal de disgusto.

–No es posible –repetía una y otra vez–. No es posible. Esos astutos embusteros deben estar engañándonos. Traedme al administrador quinquenal de inmediato. ¡Le exigiré explicaciones!

–El... *¿qué?* –exclamó un secretario.

–No tienen –señaló otro asistente–. Parece que desde su arribo, no han sentido la necesidad de nombrar uno.

Terminaron convocando al Decano de Mineros, que hubo de escuchar con paciencia los ministeriales reclamos:

–En los diez años que lleváis aquí, ¿todavía no se ha producido ningún nacimiento entre vosotros? Sólo *defunciones* registráis. ¡No es posible! –clamó por enésima vez en ese día–. Exijo una explicación razonable. O ya veré de averiguar la verdad por otros medios...

–Será una explicación larga... –murmuró el anciano.

–Que lo sea –aceptó el Ministro–, mientras suene coherente.

–Veréis –comenzó el Decano–: antes de nuestra captura, ya estábamos casados. Pero los carceleros la Comunidad Internacional del Área Central no nos repartieron respetando las *células familiares*, sino que nos disgregaron *como individuos*. ¿Buscarían abortar cualquier potencial resistencia organizada, mediante la sistemática disolución de los lazos familiares? Vosotros sabréis… El caso es que en consecuencia, tenemos aquí mujeres cuyos maridos fueron enviados lejos. Y otro tanto vale para los hombres, brutalmente privados de sus esposas. Esto, sin contar una enorme proporción de viudos y viudas. Quienes se vieron separados de sus parejas por la fuerza, no desean ser desleales. Y los que enviudaron durante el ataque, están demasiado aplastados por el luto como para embarcarse en segundas nupcias. Y si la gente no se une en matrimonio... ¿cómo esperas que se produzcan nacimientos?

–Esa situación es intolerable –dijo el ministro–. No la consentiré. Volveréis a formar parejas, os guste o no. O vuestro grupo no tendrá continuidad.

–¿Y quién dijo que *deseamos* tal continuidad? –refutó el anciano con suave serenidad. El ministro tuvo que contenerse para no morderlo.

–Me importa un pimiento lo que deseéis o dejéis de desear –declaró tajante–. *Axeirra Elde* no renunciará a sus Sorien. Y si vosotros mismos

no veláis por vuestra continuidad, lo haremos nosotros. En breve enviaré a los censistas con las nuevas disposiciones... *¡OBLIGATORIAS!* –rugió– ¿Habéis entendido?

El Decano asintió con gesto mudo.

Y en efecto, los estadísticos del ministerio hicieron una labor puntillosa: catalogaron la población del vecindario en tablas, según sexo y edad. Con burocrática meticulosidad los ordenaron en edad decreciente, hombres junto a mujeres, desde los más ancianos a los más jóvenes. La tabla fijaba pues (y en forma harto artificial), los vínculos que el Gobierno impondría. Sólo se eximió a los mayores de cincuenta y cinco años y a los menores de quince. Los demás sin excepción, se desposarían en el acto con la pareja oficialmente asignada.

Estas disposiciones llegaron con el siguiente censo, y un auténtico batallón de burócratas ministeriales se encargó de verificar su cumplimiento. En el curso de una larga jornada, todos fueron casados con todas. Nadie recibió de buen grado esa intromisión gubernamental, en la vida íntima y privada de cada individuo en particular y de la comunidad en general. Pero por otra parte, nadie tenía tampoco suficiente ánimo o fuerza de voluntad para oponerse. Así fue como, de la noche a la mañana y con veintiséis años (edad harto tardía entre Sorien y Maëdern), Layeniú se encontró unido en matrimonio con una perfecta desconocida. Y bien se entiende que si él no estaba conforme, ¡ella menos! Percibiéndolo como muy por debajo de su categoría y apenas concluido el trámite, su flamante esposa lo expulsó de su presencia. ¿Y Layeniú? ¡Ni siquiera se ofendió! Simplemente se dio la media vuelta, regresando a su casa y a su labor. Así vivió los años siguientes: casado (por lo menos, según los papeles), pero sin cruzar con su presunta esposa, ni tan siquiera una mirada casual.

Por desgracia, no fue el único en mantener dicha política. Consecuentemente, cuatro años más tarde el ministro volvió a citar al Decano para exigirle explicaciones. Aquel clavó su abochornada mirada en el suelo sin saber qué decir. ¿Qué pretendía ese ministro?: ¿que fisgoneara en las alcobas? Sin embargo, el empecinado ministro no compartía sus reservas.

–Se castigará con severidad a cada pareja en edad fértil que, a más tardar para fines del año próximo, no haya alumbrado un vástago –declaró, dando por cerrada la entrevista.

El Decano volvió a su comunidad, para transmitir las malas noticias.



Un año más tarde y merced a esa nueva disposición ministerial, la esposa de Layeniú alumbró un hijo, al que ella llamó Genaïs Edreith, en

recuerdo a un hermano abatido durante la invasión. Por su parte, Layeniú lo llamó Ineiri Meinu en memoria de su amigo Ebanista. No obstante, el niño pasó sus primeros años en casa de su madre y sin ver a su padre: mal que le pesara al lazo oficial, sus progenitores mantenían su reticencia a compartir un mismo techo. Significa también que a lo largo de esos tiernos años infantiles, Edreith creció educándose como cualquier otro niño Sorian. Pero pasado su cuarto cumpleaños, cuando su madre quiso enviarlo al parvulario, su Maestra lo mandó de regreso a casa por orden del Decano Mayor. Ninguna protesta materna ayudó, porque la Maestra insistió una y otra vez en el mismo estribillo: *Que el niño ya tenía instructor, pues debía aprender de su padre.*

A él terminó enviándolo por falta de opción.

Al niño costó adaptarse a tal imposición. En primer lugar, se sentía incómodo cada vez que ese hombre introvertido lo nombraba, en lugar de Edreith, Meinu. En segundo término porque aquel le hablaba en una lengua desconocida que, paulatinamente, tuvo que aprender. Y en tercero porque enseguida comenzó a sentirse menoscabado entre sus amigos. Aquellos no cesaban de preguntarle por qué no asistía a la escuela con ellos. Edreith planteó la cuestión a su madre, que replicó con súbita acritud:

—Pregúntale a tu padre —cosa que el niño hizo en su siguiente clase.

—Se debe —explicó él—, a que allí no te enseñarían lo que a ti te conviene.

—No entiendo —objetó el niño—. *Todos* mis amigos estudian allí. ¿Por qué no puedo ir con ellos? ¿Por qué a mí no me conviene, lo que a los demás sí?

—Porque tú debes recibir una Tradición diferente —repuso su padre y maestro—, que nadie fuera de yo mismo te sabrá transmitir.

—Justamente, eso dicen —concluyó el niño, trasluciendo su amargura—: que yo seré un mediocre Copista...

Su padre le clavó una mirada larga, cargada de dolor. Su rostro, hasta entonces sereno, demudó palideciendo. Sus labios temblaban. Sus manos se aferraron cual garras a los bordes de la mesa alta, y su cuerpo delgado y menudo se sacudió.

—Meinu —pidió con un tembloroso hilo de voz, mientras las lágrimas se deslizaban por sus barbadas mejillas—: nunca vuelvas a decir semejante cosa. Grábalo en tu memoria y no lo olvides: los Copistas *no somos* mediocres. No, mientras nos dediquemos a nuestro arte con seriedad y esmero.



Cierta tarde, llegó a casa echando chispas de ira por los ojos. A la maternal requisitoria, respondió exasperado arrojando su cuaderno a la mesa baja:

—¡Caligrafía! Me he hastiado de ella. ¡No la soporto más!

Se dejó caer junto a la mesita, para descargar sus frustraciones llorando con lágrimas torrenciales.

—Cuéntame qué pasó —pidió ella, sentándose junto al niño cuyos hombros rodeó en un cálido abrazo.

—Pasó lo de siempre —dijo él con desgano, mientras secaba lágrimas y mocos con la manga derecha de su túnica—: padre nunca está conforme, no importa cuánto me esmere. "*No escribas las letras*, me dice, *dibújalas*". ¿Quién entiende eso? ¿Cómo se satisface un mandato semejante?

—Veamos tu cuaderno —pidió ella. Abrió, miró y cerró.

—Creo —dijo— que entiendo lo que quiere tu padre: te estás saturando de frustraciones, y tu enojo se refleja en la escritura. Es desastrosa, incluso para un Minero Demoledor. Y si tú has de ser Copista... normal que tu instructor te amoneste.

—¡Es que *no quiero* ser Copista! —clamó el niño.

—¿Tienes opción? —preguntó ella con calma resignada.

Tan falto de ánimo como de respuestas, el niño enmudeció. Pero como seguía derramando sus lágrimas de amargura en silencio, tocada en su fibra íntima, la mujer se apiadó de su sino:

—De hecho —murmuró solidaria—, tendría que haber una solución para ti. Déjame pensarlo. Entretanto, acepta un consejo sensato: ya que no puedes eludir ese trabajo, tómatelo con calma y paciencia. Así, quizás coseches menos reprimendas…

Ella dedicó el recogimiento nocturno a analizar la situación, y con el desayuno del día siguiente le sirvió un consejo a su medida:

—Deberías mudarte. Entre Sorien desconocidos, podrás acceder a lo que aquí se te niega: instruirte en la ciencia de tu elección, y no en la que *otros* determinen para ti.

—Pero, mamá... ¿Huir? —objetó el asustado niño de cinco años—, ¿cómo?, ¿a dónde?

—No muy lejos. Podrías trasladarte a Íreth, o a Laïr —el niño puso cara de espanto. Su madre lo tranquilizó diciendo—. No necesitas salir a los caminos. Puedes solicitar la ayuda de nuestro tradicional amigo: Arinaïlé Saïri. Él te conduciría con rapidez y seguridad. Y una vez en tu destino, te sumarás a la Comunidad local y asistirás a la escuela de tu agrado. ¿Qué te parece?

Edreith no se apresuró a responder. Meditó la propuesta con gravedad, hasta que asintió con el rostro serio. Continuó sopesando pros y contras en el transcurso de esa jornada. Para la noche, estaba resuelto.

Volvió a asesorarse con su madre. Siguiendo sus recomendaciones, escogió fecha y preparó la partida. Durante sus últimos días en Neir, puso especial esmero en satisfacer la voluntad paterna: debía aparentar estar enmendando sus caminos, para no atraerse reprimendas. Cambios para bien que su maestro-padre recibió con callado alivio.

Se fugó la noche tras el censo. Eso le daría una semana de ventaja: hasta que las autoridades notaran su ausencia, estaría convenientemente lejos. A media noche, con el vecindario adormecido, se encaminó al encuentro de las sierras portando su morral a la espalda, e invocó al Saïri. Aquel aceptó complacerlo sin hacer preguntas indiscretas. Impotente testigo de la opresión de la Orden, a Arinaïlé tampoco extrañaba que uno de ellos deseara probar mejor suerte en una u otra localidad.

Arribó a Laïr más rápido que de haber viajado a pie o cabalgando, aunque menos que de haberlo hecho en tren expreso. Lo importante, fue que llegó prácticamente en secreto, sin dejar rastros. No había manera humana de seguirle la pista…. Por lo menos, para la gente común. Otra cosa habrían sido los Sorien. Pero Edreith confiaba en que ellos comprenderían su espíritu y no lo importunarían. En Laïr pasó la semana siguiente: encontró gente buena dispuesta a cobijarlo y, todavía mejor, una escuela de su gusto donde instruirse en los rudimentos básicos de la ciencia Sorian...



*"Si el mundo estuviera habitado íntegramente por médicos, ¿quién construiría casas para refugiarnos? Y si solo por albañiles, ¿quién aliviaría nuestras dolencias?"*, reza un célebre adagio de la Orden. Por eso, en el Durrexu Elde Lenn hacían denodados esfuerzos por restablecer las demás Disciplinas. Amén de la superpoblada Academia de Mineros, habían habilitado también las otras, aunque algunas no contaran más que con cuatro o seis aspirantes varones, junto a su desproporcionada cantidad de alumnas. ¡Esto se traducía en una urgente necesidad de libros! Pues habiendo exigido y obtenido un contingente compuesto en su mayoría por mineros y plateros, Neir había recibido junto con los en ella rubricados, superabundancia de tratados de minería y compendios sobre las artes, técnicas y estilos de la platería. En cambio, el material referido a otras materias escaseaba. Por eso Layeniú estaba tan atareado, y trabajaba a ritmo febril. Con ansiedad comprensible esperaba el día dichoso en que, capacitado para secundarlo, su hijo aliviara su yugo. Pero he aquí, ¡el contumaz mozuelo llevaba una semana entera ausentándose!

–Tendría que ir a buscarlo –se dijo en un susurro resignado–, y traerlo de una oreja... *¿Por la fuerza???* –se objetó con expresión de espanto. Cesó de escribir, reposó cruzando sus brazos sobre el libro y siguió pensando.

—Quizás debería denunciar el caso al Decano: cuesta creer que Meinu esté dilapidando su tiempo. Lo más probable, es que *ella* lo esté instruyendo. ¡Ah! —suspiró afligido—, ¡si yo no fuera tan tímido! —volvió a suspirar y reanudó la labor interrumpida. Mas no alcanzó a transcribir gran cosa, porque de súbito irrumpieron tres matones uniformados que se abalanzaron sobre él, cual fieras salvajes dispuestas a descuartizarlo.

—¿Dónde está?: ¡confiesa! —lo conminaron, castigándolo.

Layeniú les clavó su mirada aterrada pero, atenazado por el miedo y la sorpresa, no pronunció palabra. La ira de sus agresores fue en vertiginoso aumento. En el colmo de la ira, lo arrancaron de su silla y se lo llevaron.



## Capítulo VII

# Reencuentro

Días más tarde, la ausencia de Layeniú era notada por los Sorien, que ni siquiera habían sido informados de su captura, como si tal acción ni les concerniera. Una vez enterado allá fue el Decano Mayor, a exigir su liberación. Sin embargo, volvió con las manos vacías. Con apática frialdad, los burócratas de las oficinas policiales le comunicaron la recién descubierta fuga de Meinu y la firme resolución de que, mientras el infante no reapareciera, su padre continuaría cautivo. Inútil fue protestar respecto a la arbitrariedad de esa política.

–De un rebelde sale un rebelde –sentenciaron los agentes del orden–. *Alguien* debe aprender la lección, de una vez y para siempre.

De regreso en su Academia, el Mayor invocó a sus colegas de ambos sexos, a los que expuso la situación y solicitó consejo. Lamentaron no poder interrogar al ausente Layeniú, pero no se desanimaron: en su lugar, exigieron la comparecencia de su esposa que se presentó con nula disposición a cooperar, poniéndose en evidencia.

–Índarith –argumentó el Decano con dulzura–, quizás no lo percibes, pero la situación es grave. Si el niño no regresa, matarán a su padre. ¿Eso quieres?: ¿ser causante indirecta de un crimen?

Silencio. El anciano insistió:

–Índarith, si sabes dónde está dilo, y lo traeremos de regreso...

La mujer inclinó la cabeza, buscando ocultar su rostro lacrimoso tras la capucha. Por un lado, estaba la felicidad de su hijo. Por el otro, la vida de un inocente. Atrapada en tan difícil dilema, prefería callar.

–Escucha, Índarith –dijo el Mayor con tono perentorio–: no pretendo que ames a un esposo que te fue impuesto por la fuerza. Sí exigiré que, como persona, te apiades de su desgracia. ¿De qué te sirve tu ciencia, si tu corazón es impermeable a la compasión?

El anciano enmudeció, en actitud de espera. Entretanto, ella meditaba deshilvanando la continuación lógica del discurso. Él no lo había dicho todavía, ni era menester: de empecinarse en su silencio, coligió con acierto, acabaría expulsada. Cierto: tal y como estaban las cosas, oficialmente seguiría perteneciendo a su Orden. No obstante y en la práctica, la comunidad en pleno la segregaría desentendiéndose de su existencia, imponiéndole una cotidiana y dolorosa muerte social... La implacable presión surtió efecto: Índarith cedió, y reveló la ciudad en la cual le aconsejara refugiarse.

Como un trueno en un día despejado, sonó el súbito mensaje en la mente del Decano Mayor de Laïr. Aquel no demoró un instante en actuar. Captando sin necesidad de explicaciones la urgencia apremiante del entuerto, al punto indagaba por el paradero del huésped que, una vez localizado, fue entregado al Señor de Qwaïda con el ruego:

–Por favor, Arinaïlé: si quieres evitarnos males mayores, no le permitas huir. Entrégalo sin demora a los ancianos de Neir.

Imposibilitado de defenderse, Edreith se dejó conducir, mascullando su furia y reclamos contra los "rudos e insensibles" Sorien de una y otra ciudad. El Saïri se apresuró más a la vuelta que a la ida. Probablemente, porque los Sorien lo acribillaban a mensajes. Y en el transcurso de ese atolondrado viaje, el niño odió desde las profundidades de su alma, a esa Orden en cuyo seno naciera y que, por foránea imposición, no podía abandonar. "*¿Por qué diablos no me permiten vivir mi vida, a mi modo?*", se preguntaba de continuo. "*¿Por qué sólo a mí niegan lo que al resto conceden: instruirme en mi Disciplina favorita?*" Y es que, de habérsele concedido el derecho a la elección, Meinu habría preferido ser... ¡Ebanista!



Informado del inminente retorno, el Decano Mayor se apresuró a comunicarlo a las autoridades, recibiendo por lacónica respuesta:

–Cuando lo hayáis recuperado os presentaréis en la plaza del mercado, él y usted al frente de la comunidad. Entonces, recibiréis al Copista.

Así se hizo. El niño fue entregado a los Maestros que a su vez, se apresuraron a comunicar: por una parte, a las autoridades; y por la otra, a la comunidad en pleno a fin de reunirla en el sitio convenido, donde aguardaron de pie. Enseguida divisaron el carro policial que se acercaba, escoltado de gruesa e intimidante comitiva. Malinterpretando la situación, Edreith se echó a temblar, aferrado a la túnica del Decano Mayor que no lo soltaba. Los oscuros coches policiales se detuvieron en el extremo libre del predio, a escasos metros del anciano y el niño. Al último se aproximaron los censistas, a fin de verificar su identidad. El niño ahogó un grito de espanto. Los burócratas lo miraron a la frente numerada [las ciudades del Área Central siguieron marcando a los nacidos dentro de la Orden, durante años. Barbárica medida que Neir interrumpió después de la intervención de Vuraïs, seguida paulatinamente por las demás], y se volvieron con gestos de asentimiento. A esa señal, los guardias se dirigieron a la parte posterior del vehículo, cuyas puertas abrieron. Dos uniformados surgieron de su interior, sujetando por sus brazos el cuerpo inerte de un tercer individuo al que bajaron en dirección al público reunido. Ante el anciano y el niño se detuvieron, lo soltaron y se fueron.

Layeniú, que parecía una inanimada masa de carne y huesos, se desmoronó apenas cesaron de sostenerlo. Arrojado de bruces sin producir

ruido o movimiento permaneció, hasta que la Médica de la Comunidad se despabiló, acercándose a verificar su estado. Lo volteó con lenta delicadeza. Edreith, que asomaba su cabeza por detrás de la Decana [no la única, en esta peculiar etapa de la historia de Neir. Acuciado por la necesidad, el Decano Mayor tuvo que imponerles varios decanatos, que ellas aceptaron a regañadientes mientras no hubo alternativa], ahogó un segundo grito de espanto: su padre lucía consumido y apaleado. Sus desgarradas ropas tintas en sangre colgaban en sucios jirones, dejando traslucir un cuerpo cubierto de heridas y moretones. Fácil era presumir que sus captores habían procurado interrogarlo y, como aquel fuera incapaz de confesar unos hechos que desconocía, acabaron sometiéndolo a tormento.

–Vive... todavía –dictaminó la experta en voz baja–. Pero está muy débil. Si sobrevive... será un milagro.

Extremando precauciones, lo alzaron entre dos jóvenes y robustas alumnas de la Academia de Médicos. Allí pasaría los días siguientes, debatiéndose entre la vida y la muerte.

Aquella visión tan terrible como inesperada, conmocionó a Edreith. El niño descubrió con prematura rudeza, lo que significa vivir con la conciencia atormentada. Perdió su candor infantil transformándose, de la noche a la mañana, en un niño taciturno. Dejó de frecuentar a la gente porque, dondequiera que fuese, sentía sus miradas cargadas de reproches quemándole la nuca. Con obsesiva insistencia, rondaba hora tras hora frente a la Academia de Médicos, indagando sobre su padre a quienquiera saliera de ella. Una vez al día se plantaba en la entrada y suplicaba que le permitieran ingresar. Pero la Médica y sus aprendices le negaban el acceso. Finalmente, optó por quejarse al Decano Mayor.

–Comprende, Meinu –le dijo aquel–: la salud de tu padre se sigue tambaleando, y aún no sabemos cómo lo afectará tu presencia. Ármate de paciencia, y espera su recuperación. ¡Y no te exasperes! Él también te tuvo que esperar, ¿no es cierto?



Lo que la veterana sanadora y sus asistentes terminaron dando de alta, poco se parecía al Layeniú de antaño. Era una sombra de él. El maltratado escribiente se volvió a su casa, a reencontrarse con su labor que retomó con cariño. Del resto del universo se desentendió, aislándose por completo. Él, su silla, su mesa, el libro, la pluma y el tintero: eran las únicas cosas que a su juicio, existían y tenían consistencia. ¡Lo demás no existía! A ese microcosmos apartado pugnaba por entrar Meinu. Y llamando a sus puertas por primera vez, las halló cerradas.

–Fuera de aquí –le dijo su padre en un susurro de enojo contenido, clavándole su mirada profunda, cargada de un sufrimiento insondable–. Vete y déjame... Asesino...

Meinu corrió a refugiarse en el Decano, a cuyo regazo se arrojó sollozando:

—Maestro, ¡no quiere verme...! Me ha rechazado...

—Ven —le dijo aquel, incorporándose.

Anciano y niño entraron con tan silenciosa discreción, que Layeniú ni los percibió. El pequeño venía sujetando la túnica del sabio, que se detuvo junto al escribiente.

—Layeniú... —llamó con suavidad.

El invocado alzó el rostro adusto, devolvió la pluma al lapicero y posó sus ojos vidriosos en el Decano.

—Maestro —susurró con esa calma sofocante que presagia tempestades—, con el debido respeto: *no puede* usted obligarme a aceptar a un... *alguien* que ha renegado de mí.

Todavía aferrado a la vestimenta del anciano, Meinu se estremeció dolorido: ¡su padre acababa de evitar la palabra "hijo"! Punto delicado que por algún motivo, el sabio se abstuvo de cuestionar.

—Vale —dijo—: no procuraré imponerte nada que te exceda. Entiendo y respeto tus sentimientos. Sin embargo y en interés de la comunidad, algo sí te exigiré: admítelo como aprendiz. ¡No eludas tu responsabilidad de instruirlo! Pues nadie aquí podrá hacerlo en tu lugar.

El Copista se tomó su tiempo para sopesar ese discurso. Con aparente serenidad cruzó sus brazos sobre el libro, como siempre que necesitaba reflexionar. En eso ocupó los siguientes minutos, que a Meinu parecieron eternos.

—De acuerdo —aceptó al final—. Pero deberéis advertirle que no le consentiré llamarme, sino "Maestro". Y también, que seré un instructor difícil. En lo sucesivo, deberá esforzarse mucho a cambio de muy poco. Verá usted, Maestro: ¡ya no soy el que fui! Mi paciencia se ha esfumado, y mis nervios se crispan con facilidad. No es que *quiera* ser severo. Sino que tampoco me sobra energía que invertir en ser mejor...

El anciano asintió con un gesto y dirigió su mirada al niño, que asintió a su vez. Acto seguido se retiró, dejándolos solos. Entonces el escribiente quebró el silencio, declarando con acento resignado:

—Te has ausentado y me he ausentado. Un día sucede al otro, y tú te vas rezagando. A tu edad yo ya sabía... —Layeniú se interrumpió de súbito, para concluir de improviso— Hay que entrenar tu memoria. Ve a la Academia, y trae un libro de Vaneidi.

Meinu estaba por salir, pero se volvió confundido.

—¿A qué Academia iré, padre?

—¡Te prohíbo llamarme así! —clamó Layeniú, liberando parte de su ira contenida. Con ciclópeo esfuerzo se obligó a serenarse, para responder en

voz baja– Vaneidi era Juglar. Los suyos son libros de cantos y poemas, fáciles de memorizar. Busca pues, en la Academia de Trovadores.

Meinu habría querido objetar que, hasta donde sabía, eso no existía. Pero temeroso de provocar un nuevo acceso de enojo paterno, salió en su dirección habitual: a consultar al Decano Mayor.

–Por supuesto que hay una Academia de Trovadores –le dijo aquel. Y lo envió guiado por un aspirante a Fundidor.



Se sucedieron meses terribles para ambos. Con frecuencia Meinu volvía a casa hecho un mar de lágrimas, destrozado emocionalmente por el frío y distante trato recibido. Por su parte, Layeniú tampoco lo pasaba mejor. Cierto que, habituado a reprimir sus sentimientos, no lloraba. Precisamente por eso, su salud decaía a diario, deteriorándose a ojos vista. Hasta que cierta vez entrando, el niño notó el cambio: sentado rígido en su silla alta, la diestra posada en la mesa, su padre parecía ausente y lo miraba de reojo pero sin verlo.

–Ineiri Meinu... –susurraba–, amigo del alma...

El niño se quedó tieso. ¡Era su nombre! Pese a lo cual, comprendió que de alguna manera, el discurso no se dirigía a él. Permaneció atento en su sitio, escuchando.

–Por entonces yo *vivía*, y formaba parte de una comunidad que me reconocía y estimaba... ¡Tuve tanto! –suspiró nostálgico– Y la silla con la mesa que labraste para mí eran un juego especial, único. Con sus motivos de hojas, flores, bellotas y zarcillos entrelazados... Cada vez que la ocupaba, recordaba que existían personas que me amaban... En cambio ahora, ¿qué me queda? –nuevo suspiro.

–Meinu, amigo, te vi caer... También yo caí después. Tú no volviste a levantarte. Yo... –se detuvo y sacudió la cabeza buscando despabilarse. Sus ojos brillaron de súbito y Layeniú volvió a la realidad.

–Vete. ¡Ya has oído demasiado! –gruñó.

Meinu escapó rumbo a la Academia Principal, para arrojarse como siempre al regazo del Decano, que asustado le preguntó:

–¿Y ahora, qué?

–No lo sé –balbució el niño, lloriqueando–. Creo que padre está mal. Pero no entendí lo que dijo...

–Ven –dijo el anciano, incorporándose con lentitud.

Lo condujo a un sitio tranquilo, apartado y discreto. Se internaron en las sierras, entre dos altas quebradas, remontando uno de los tantos manantiales que alimentan el cauce naciente del río Qwaïdeh'. Allí se sentaron en sendas rocas, cerca de la delgada cascada de aguas límpidas que caía brincando desde las cimas.

—Ahora —pidió el anciano—, cuéntame qué pasó.

El niño así lo hizo, describiendo el estado como de ensueño en que encontró a su padre, y repitiendo las palabras que le oyera decir. Acto seguido, quiso una explicación. Nunca ni de nadie había escuchado comentarios semejantes hasta el momento, y no tenía noción de a qué se podían referir. El sabio suavizó una espontánea mueca de dolor, pero le negó esa respuesta. Tampoco él estaba de ánimo para conversar sobre tan luctuoso tema. Menos aún con un público inexperto que, careciendo de información previa, requeriría de más aclaraciones por cada respuesta recibida. En lugar de ello, le ofreció una respuesta ambigua:

—La generación que te precede ha sido agredida; y es cierto que tu padre está mal. Pero a su modo acaba de pedirte ayuda, abriéndote de paso, una ventana a su mundo. Y esa es buena señal. Ahora veré lo que se pueda hacer… ¡Ah! —agregó incorporándose— Hasta que yo te indique, procura seguir practicando tus ejercicios en casa, sin volver a clase. Temo que lo que presenciaste, no sea sino el anuncio de una seria recaída..."

El sabio, que no se equivocó en su diagnóstico, hizo dos cosas más: pidió a la Médica de la comunidad que se acercara a atender a Layeniú, tras lo cual se encaminó a la universidad, en busca del profesor amigo del escribiente. Tal como él temiera, aquella encontró a Layeniú tendido de espaldas en el suelo, desvanecido. Invocó la presencia de sus discípulas, que lo transportaron entre dos. El convaleciente pasaría las siguientes semanas envuelto en el delirio, la fiebre y la debilidad; bien a despecho de los cuidados de que sería objeto. Consumido por la tristeza y la depresión, parecía carecer de la menor voluntad de vivir, tan crucial para el éxito de los esfuerzos médicos...

Eso mismo explicó el Decano al profesor. Aquel, que había alcanzado a encariñarse entrañablemente con el Copista, se apenó sobremanera. Entonces el Sabio le mencionó la anécdota de la silla y la mesa labradas, preguntándole con abierta ansiedad:

—¿Quizás pretendiendo una exploración científica, podrías recuperarlas? Pienso que tan agradable sorpresa, inclinaría su balanza a favor de la vida. Demostraríamos a Layeniú que *también hoy*, hay gente que lo ama y se preocupa por él...

El profesor dio su acuerdo, y el Decano lo conminó a apresurarse.



Ninguna excursión jamás emprendida le resultó tan agobiante como esta; cuando, de no haber conocido previamente a Layeniú, ¡seguro la habría disfrutado! Recorriendo el desolado país, su mente no pudo evitar rememorar de continuo a su amigo, preguntándose cómo habría sufrido la repentina invasión que puso fin a la serena existencia de sus habitantes.

Para peor, se había traído un abigarrado grupo de colegas y estudiantes, a fin de imprimir al viaje su pretendido carácter académico. Es decir, que tampoco podía permitirse el *lujo* de exteriorizar sus sentimientos...

Los miembros del equipo (antropólogos, historiadores, arqueólogos y demás) hicieron su trabajo a conciencia: husmearon, recogieron muestras, catalogaron, ficharon, fotografiaron, apuntaron... Incluso alzaron cartas topográficas. Por su parte, él se abocó de lleno a un único objetivo: buscar la silla de Layeniú que, a fuerza de insistir, ubicó. Y al instante de verlas, se supo ante el juego de muebles solicitado. Porque silla y mesa, además de labradas, venían *dedicadas*. En el flanco izquierdo de una y otra podía leerse, enmarcado en motivos silvestres y tallado con letras elegantes:



# Capítulo VIII
# Reconciliación

Una asistente médica lo meció con insistencia, hasta despertarlo. Con suma dificultad se volteó, para sentarse en su sitio y mirar soñoliento hacia uno y otro lado.

—Layeniú —le dijo ella con dulzura—, ven. Hay gente esperándote en tu casa. Desean verte...

Se incorporó con visible desgano, apoyándose en la robusta asistente que lo sostenía. Traspuesto el umbral de la Academia de Médicos, la Decana se plegó a su marcha, escoltándolo por el otro flanco. Pese a la brevedad de la distancia, demoró en recorrerla mucho más de lo que habría, de haber gozado de perfecta salud y excelente ánimo. Recién tras un cuarto de hora de lenta caminata, llegó a su casa.

Un grupo bastante nutrido lo aguardaba frente a la entrada: vio al Decano Mayor con el pequeño Meinu aferrado a su túnica, y también a su viejo amigo el profesor, acompañado por gente desconocida que a juzgar por su indumentaria, serían colegas suyos. Los presentes se apartaron para abrirle paso, saludándolo al unísono con gestos elocuentes de sus rostros cordiales. Layeniú, tímido, les devolvió el saludo y entró. Reconoció el tan querido mobiliario al instante. Se detuvo en seco, acariciando silla y mesa con mirada nostálgica. Después se aproximó con lentitud ceremoniosa. Sus femeninas escoltas pudieron escuchar que susurraba para sí, con voz queda:

—Ineiri Meinu... amigo del alma...

Con tembloroso esfuerzo se encaramó a la silla, apoyó la cabeza en el plano inclinado ocultándola bajo sus brazos cruzados, y se echó a llorar.

Minutos más tarde, alzando el rostro bañado en las lágrimas de un sinfín de emociones encontradas, sus ojos se toparon nuevamente con el público que asistía a la escena, sumido en reverente mutismo. Les obsequió una sonrisa amplia: la primera que ascendiera a sus labios desde la invasión, hacía veintiún años.

—Gracias —les dijo, abrazando los bordes de la mesa y mirándolos uno por uno sin dejar de sonreír—. Gracias.

Pero a una señal del Decano, los presentes se retiraron, dejando a Layeniú a solas con Meinu. Un silencio pesado se aposentó en la habitación. Layeniú reflexionaba, analizando la insólita actitud del anciano, tratando de desentrañar su posible significado. Cabizbajo, Meinu aguardaba contrito a que su padre le concediese la oportunidad de

disculparse y congraciarse. Por fin, el escribiente quebró ese silencio, preguntando con calma queda:

–Lo de la silla... lo revelaste tú, ¿verdad? –el niño asintió. El hombre le sonrió– Gracias, Meinu. No te das idea de lo que has hecho por mí: me has devuelto una fracción de mi vida. Un retazo... de mí mismo.

–Entonces –se atrevió a decir el niño en un tímido murmullo–, ¿puedo volver a llamarlo "Padre"?

–Puedes.

Padre e hijo se confundieron en un prolongado abrazo.



La salud de Layeniú, que se repusiera merced a la recuperación de la silla (y a la subsiguiente reconciliación con su hijo), se mantuvo en delicado equilibrio durante la primavera que empezaba y el verano que siguió. Pero cuando el riguroso otoño austral se apoderó de la región, volvió a resentirse. Nuevamente las clases de Meinu se vieron interrumpidas por causas de fuerza mayor, y su padre fue trasladado a la Academia de Médicos. Pero esta vez, el niño (que entretanto había hecho considerables progresos) no dilapidó su tiempo. Decidido a dar una grata sorpresa a su padre-maestro apenas se recuperase, dedicaba las horas matinales a ejercitar su memoria, y las vespertinas a entrenar su diestra en el arte caligráfico.

Una de esas mañanas, aquel lo mandó llamar.

–Meinu –le dijo en un débil susurro, cuando el niño se sentó a su lado–, hijo, quiero que sepas... que nunca fui un hombre rudo ni cruel. ¡No disfruto ensañándome con nadie! Por eso, no quisiera irme sin antes sincerarme contigo...

El niño compungido se sobresaltó. Ahogó un suspiro dolorido mientras se preguntaba por lo bajo, "*¿por qué su padre pronunciaba un discurso tan poco auspicioso?*"

–Padre –suplicó entre lágrimas–, no hable usted así...

–Meinu –insistió aquel–, perdona el sufrimiento que te provoqué... Y yo te perdonaré a ti. Y despidámonos en paz el uno con el otro –hizo una pausa, aspiró con esfuerzo, y agregó–. Y nunca vuelvas a renegar de mí, ni de tu Tradición... ¡Prométetelo! Porque eres lo único que tengo…

–Padre –respondió lloriqueando–: yo perdono. Yo prometo. Pero cese usted de hablar así. Con ayuda de la Unidad, se pondrá usted bien...

–No, Meinu –negó el hombre con calma resignada–. Mi vela se ha consumido. Y créeme: mejor así. La vida no ha querido ser demasiado amable conmigo.

–Pero yo... –gimió en tono de súplica– me estaba preparando para su regreso. Yo memoricé...

—Recita para mí —pidió Layeniú.

Obediente, Meinu recitó; cantando las páginas aprendidas con la alegre complacencia de ver que al escuchar su melodiosa vocecita infantil, su padre agonizante sonreía.



## Epílogo

# Más allá de lo anecdótico

—Y aquí termina mi relato —concluyó el Sorian.

—Pero... pero... —murmuró el diplomático, con evidente consternación—. No has dicho qué fue de él.

—¿No entendiste? —replicó el Enlace, con abierto fastidio—: falleció esa misma mañana, mientras su hijo recitaba.

—Pero —volvió a objetar—, ¿y del niño?

—Ya no es niño, sino adolescente. Y actualmente se instruye en Anaïr. Según los términos que tu gobierno impuso a su comunidad, regresará en breve, una vez complete su aprendizaje.

"Sin embargo —aclaró—, mi intención al narrar iba más allá de lo anecdótico. Quise sacarte de tus números y conducirte fuera de tu fría estadística; obligándote a tomar consciencia de que no estamos hablando de mil, ni de cien mil, ni de la cantidad que quieras; sino de *personas*. De individuos que viven, respiran, sienten. Y que constituyen, cada cual por derecho propio, un universo.

"Piensa en esto. Y piensa en el acto de imperdonable injusticia que tu país (y el resto de la Comunidad Internacional del Área Central) está perpetrando. Reflexiona y dime: ¿no viene llegando la hora de reparar? Fíjate que ni siquiera hablo de indemnizarnos sino, simplemente, de que interrumpáis esa política insensible, y comencéis a conceder a mi gente un trato humano. Porque humanos somos, ni más ni menos que otros."



Un cuarto de siglo ha transcurrido desde que tuviera lugar ese histórico encuentro que, por cierto, dio sus frutos. La prueba está en que hoy existe, lo mismo que antaño, una Academia de Enlaces en Neir. Y aquellos, tal como conviene a su oficio, salen a los caminos como antaño; sin necesidad de mudar sus ropas ni camuflar sus identidades al efecto.

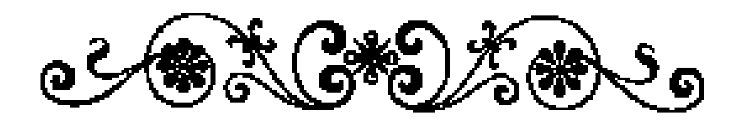
De hecho (y con la obvia salvedad de Héilenar) la situación de los Sorien en el País del Elde es en la actualidad, la más holgada de entre los Estados que conforman la Comunidad Internacional del Área Central. Sin embargo, a poco más de cincuenta años de la invasión, los Sorien Orientales continúan sintiéndose "supervivientes"; y sus heridas colectivas se cierran con desesperante lentitud. Claro que, esperemos, se repondrán con el transcurso

de las generaciones; y más a medida que también sus vecinos aprendan a estimarlos y respetarlos.

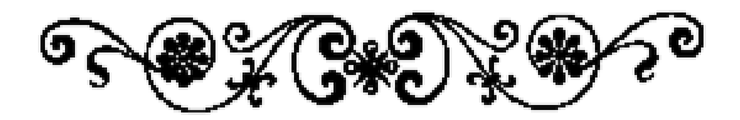
Por lo pronto, mis pies prefieren conducirme a Draïr, donde los Sorien constituyen un grupo fuerte y venerado. O a las Islas, cuna de esa Orden que tan valiosos aportes ha hecho a su mundo. Pero a Neir, cuya comunidad se reconstruye y recupera a pasos acelerados, la visito muy de vez en cuando. En especial, si voy en busca de documentación. No solo por la que se conserva y puede consultarse en la Biblioteca Nacional. Sino además porque al regresar, los Enlaces trajeron consigo una ingente cantidad de manuscritos. Sólo ellos sabrán dónde y cómo los habían ocultado durante su ausencia, evitando que cayeran en poder de los invasores.



A. de A.



# El Abismo entre los Mundos



Jardines de Esperanza
Año 5765
del nacimiento de Adam



*Maëdi Ineiri Meinu durmiendo en el tren*
Ilustración de Leandro E. Maggiotti

# I
# Paso del Rey

Despertó sobresaltado y alzó su cabeza de súbito, mirando en derredor como buscando orientación. Sentadas ante él, dos muchachas delgadas venían conversando con parsimonia. Le pareció que lo miraban con abierta simpatía, amén de la comprensible curiosidad habitual. Eso le alentó a sobreponerse a su timidez natural, a fin de averiguar su ubicación pese a su desastrosa pronunciación del idioma.

—¿Paso-di-Ray? —preguntó, clavando una mirada suplicante en las jóvenes universitarias. Aquellas captaron al instante que en su caso, las señas serían de mayor utilidad que las palabras. Así que informaron acompañando la explicación de gestos elocuentes:

—Ya lo pasamos. Hace tres estaciones.

—¿Pasado?, ¿trïs? —repitió tras ellas, buscando confirmar que había entendido. Las jóvenes asintieron.

Se levantó de su asiento con la torpe pesadez de quien está aturdido de cansancio. Aún sin el dato certero facilitado por las estudiantes, sabía por sí mismo que, como de costumbre, acababa de pasarse. ¡No era la primera vez que se adormecía durante el viaje! Era tarde, y su jornada había sido larga, exigida y agotadora. Luego, el hecho de que se durmiera en el camino no dejaba de resultar comprensible. Cansancio que, por otra parte, siempre terminaba pagando caro. Si seguía de largo, al descubrir el descuido debía bajar donde fuera y deshacer ese tramo adicional. Es decir, demorarse todavía más. Para su fortuna, bajo la enorme bóveda de las estaciones subterráneas había un único andén central, a cuyos lados pasaban los trenes en una y otra dirección. No había más que descender, y esperar en la margen opuesta. Así lo hizo.

Ya estaba por dormirse parado, cuando alguien rozó su hombro con el expreso objeto de llamar su atención. Alzó la vista turbada de quien, además de venir agotado, a duras penas farfulla el idioma del país. Quien así lo llamara, una muchacha radiante, le extendió un impreso compuesto por cuatro folios abrochados de tamaño regular, que contenía algún texto que él no leería con corrección ni, mucho menos, entendería. De esa situación embarazosa vino a rescatarlo el tren, llegando en el momento preciso para que él corriera a refugiarse en su interior. Esta vez y pese a que había asientos disponibles, prefirió no sentarse. Solo eso le faltaba: ¡volverse a dormir! Para mayor seguridad, tras buscar un rostro de apariencia cordial, se acercó a un hombre calvo al que pidió, imprimiendo a su voz su habitual tono suplicante:

—¡Pasó-di-Reï!

Pero tras descender, ahora sí, en la estación correcta y completar el resto de su trayecto a pie, tal como había previsto, llegó a casa de su tutor muy a deshora. Aquel tampoco falló a sus propias costumbres: lo recibió de pésimo talante y lo envió a dormir sin cenar. El joven procuró excusarse; tímido intento que, en lugar de aliviar su situación, solo contribuyó a embarrarla más. Fuera de sí, el Sorian le estampó una sonora bofetada que lo sacudió de pies a cabeza, tras lo cual se desató en un colérico discurso.

A la ya conocida agresión, respondió de forma refleja: encogiéndose como buscando desaparecer. En ocasiones, la invisibilidad puede ser la mejor garantía de protección. ¡Cuántas veces, ante dificultades similares, habría deseado disolverse en el éter! De alguna manera consiguió escabullirse hasta su rincón, para recostarse envuelto en sus mantas. La luz del ambiente fue apagada mas, pese a su agotamiento, no consiguió conciliar el sueño. No era la primera ni la segunda noche que se veía compelido a dormir sin haber cenado. Sentía hambre, dolor y miedo. No lloró, porque el menor gemido podría haberle atraído nuevos castigos. Eso lo sabía por experiencia. Dejó pues que sus lágrimas se escurrieran de entre sus párpados entornados, para ir sorbiéndolas a medida que alcanzaban la comisura de sus labios. A la postre y en algún momento indeterminado, el sueño lo envolvió en sus brazos, liberándolo en las horas siguientes de sus amargos pensamientos.



Despertó a otro día que, sabía, no sería mejor que el anterior. Procuró resarcirse a lo largo del desayuno, austero por demás. Así cosechó su primera reprimenda del día. Después recibió como siempre, una fruta para el mediodía, tras lo cual se levantó y salió al frío del amanecer. No era tan malo, el viento de la mañana. Contribuía a despabilarlo. Le arrancaba simultáneamente, lágrimas heladas y sonrisas agrias. Subterráneo viaje en tren de por medio, llegó a su Academia. Solo entonces recordó que hoy era su día de prueba. El Rector acostumbraba dedicar un día a examinar a cada alumno. Como había ocho alumnos en cada turno (mañana y tarde), y ocho días tiene la semana, a cada cual llegaba el momento de rendir cuentas de sus progresos semanales, en su propio día y turno fijos.

—Mal negocio —se dijo, suspirando con resignación—. No me he preparado…

No. No se había preparado. Tampoco para la evaluación anterior lo había hecho. Ni para la que le precediera. De una época a esta parte, su rendimiento no hacía más que caer en picado y su Rector estaba preocupado. En especial, porque desconocía el motivo de tal regresión. El muchacho era retraído, cerrado como una ostra. No compartía opiniones, sentimientos, ni experiencias con nadie. Síntoma

que por entonces, no dejaba de ser frecuente *entre los adultos.* Pero, por lo menos en teoría, los jóvenes pertenecían a una generación posterior, ajena a las traumáticas vicisitudes que a sus mayores tocara vivir tres décadas atrás. Por eso, que su alumno acusara un malestar similar al de los adultos, no dejaba de alarmarlo.

La prueba semanal, en que el muchacho hizo gala de su desalentador retroceso, constaba de dos partes: oral y escrita. La oral, era un examen de memorización. La segunda, de fijación [técnica utilizada por los Ilustradores, para retener y reproducir imágenes gráficas] y caligrafía. El material que consiguiera memorizar durante su última semana, estaba muy por debajo de la norma (además de, para peor, mal memorizado). Recibió correcciones a diestra y siniestra, hasta que se detuvo frustrado. Desanimado, se negó a someterse a las pruebas de fijación y caligrafía.

—No puedo —explicó con ademán de abatimiento. Y calló enseguida, para que su voz a punto de quebrarse no lo traicionara.

El Rector clavó en él un par de ojos preocupados.

—Mírame —pidió. Lo notó pálido, consumido y ojeroso—, ¿te sientes bien? —preguntó, colocando la diestra en su frente.

El muchacho no respondió. Pero su Maestro, que aún no había retirado la mano de sobre su frente, percibió la ligera sacudida que recorrió ese cuerpo adelgazado hasta el límite. Dispuesto a no cejar sin haber obtenido una respuesta satisfactoria, insistió:

—Nerayu, ¿te sientes bien? —aquel se aferró a los bordes de su mesa de escribiente, se sacudió por segunda vez... y prorrumpió en llanto.

Sin embargo, fiel a su carácter huraño, el joven no se avino a desahogar la totalidad de sus cuitas. Aunque sí acabo confesando la fracción que le pareció más apremiante: que estaba hambriento y exhausto. Comprensivo y deseoso de ganase la confianza de su pupilo, el Rector lo invitó a consumir su propio almuerzo. Tras lo cual, le permitió echarse una siestecilla hasta el mediodía. Y aunque uno y otro permiso abochornaron al muchacho sobremanera, obedeció los tan beneficiosos mandatos con estoica sumisión.

Al mediodía, su Maestro lo despertó sacudiéndolo con suavidad.

—Nerayu —le susurró al oído con dulzura—, levántate. Debes viajar.

Se incorporó, dirigió al Rector una tímida sonrisa de agradecimiento y se apresuró a salir, dirigiendo sus pasos una vez más, a la estación del tren subterráneo. Tenía un viaje largo por delante: atravesaría la enorme ciudad, prácticamente de un extremo al otro. La agotadora tarde la pasaría en otras dos Academias, transcribiendo volúmenes cuyas ilustraciones, en caso de tenerlas, sabía copiar también. Pero tampoco en estos trabajos vespertinos, estaba rindiendo como antes. En ocasiones, sentía que brazos o piernas se le acalambraban. En otras, simplemente la cabeza cedía de súbito al peso del cráneo,

cayendo sobre el volumen a medio transcribir. Extenuado por el esfuerzo, la falta de sueño y de alimento, Nerayu se adormecía con una frecuencia que siempre terminaba por exasperar a los Decanos, a cuyo servicio trabajaba.

Por fortuna, en esta ocasión su desempeño fue relativamente mejor. Era evidente que los vitales favores recibidos de su Rector, habían bastado para reactivar parte de sus fuerzas, que vinieran desgastándose en los últimos meses. ¡No por esto dejó de dormirse en su viaje de regreso! Despertó sobresaltado y confundido, a causa de un rítmico tamborileo recibido en su hombro izquierdo. Alzó la vista perpleja, para hallar el rostro sonriente de una delgada estudiante universitaria de rasgos vagamente familiares, que le dijo con cálida simpatía:

—Hola, "Paso del Rey". Te has pasado.

—Pasado... ¿musho? —preguntó, esbozando su sonrisa abochornada.

—No tanto —respondió ella—. Una estación solamente.

—¿Uno? —quiso confirmar. La joven asintió, y Nerayu se apresuró a incorporarse, disponiéndose a descender apenas se abrieran las puertas.

Merced a esa providencial ayuda no solicitada, el muchacho no se retrasó tanto esta vez. Y esa noche tampoco fue privado de su cena; en consecuencia, durmió bien. Significa que, contra lo previsto, aquel día acabó siendo bastante más soportable que los precedentes... y los que siguieron. En realidad, ese día fue como una isla de sereno reposo en medio de un océano turbulento. Como un oasis vivificante en medio de un desierto letal. En menos palabras: una excepción a la regla. Un tímido y efímero rayo de esperanza, que se había apagado antes de alcanzar a iluminar su vida. O, por lo menos, así lo percibió él.

En cambio, a su Rector le bastó para corroborar que en efecto, algo estaba minando la salud de su pupilo. Y como aquel seguía reacio a confiarle sus problemas, el veterano Ilustrador tuvo que buscar el auxilio de un Decano, cuyo consejo solía solicitar con regularidad.



El Decano lo recibió con la consabida parsimonia. Trato amable característico, al que agregaba un sincero respeto por su colega que, por otra parte, presentaba una inevitable tendencia a sentirse en posición de inferioridad. Al Sorian disgustaba la excesiva deferencia con que su par Maëdi se dirigía a él. Pero sabiendo de antemano que cualquier intento suyo por disminuir esa intensidad se vería condenado al fracaso, buscaba contrarrestarlo reintegrando al Rector, otro tanto. A resueltas de los mutuos escrúpulos, las reuniones entre ambos solían ser aparatosamente pomposas. Hecho que, aunque no lo habrían reconocido a viva voz, en el fondo divertía a ambos ancianos por igual.

El anfitrión ofreció y sirvió té. Tras lo cual, inquirió con suave amabilidad:

—Y bien, Hiereyú, ¿a qué debo el honor de tu visita?

—Verás, Aïnuth —dijo suspirando—: tengo problemas con un alumno…

El Decano clavó en su huésped una mirada sorprendida. Juzgó extraño y hasta inadmisible, que su colega acudiera a él incluso por asuntos que, en definitiva, concernían a su rectorado y debía ser capaz de solucionar por sí mismo. Por supuesto, no se atrevería a ofenderlo expresando dichas objeciones en voz alta. Optó pues por aguardar en silencio a que el Ilustrador continuara. Cosa que aquel hizo en estos términos:

—Se trata de Nerayu, el hijo de Layeniú. Se está desmoronando. No sé que pueda estar sucediéndole, pues no confía sus cuitas a nadie. De lo cual deduzco, que debe tratarse de algo grave.

Oyendo el nombre de Layeniú, un escalofrío recorrió la espalda del Decano. El trágico caso le era conocido…

Una fatal concatenación de sucesos adversos habían hecho del mentado, el cautivo más vapuleado de Sorianir. Ya desde sus primeros días en Ul, había ameritado recibir un trato especialmente severo debido a que sus insensibles captores, le habían creado inmerecida fama de rebelde recalcitrante. Lo que en la práctica significó, que tampoco con su arribado a Neir (donde lo destinaron) se interrumpió su suplicio. Contaba con dieciséis años al momento de su captura. Pero había fallecido a los treinta y ocho, tras apenas veintidós de cautiverio. No solo a causa de la acumulación de castigos y sufrimientos, que fueron minando su resistencia física y anímica. La gota que colmó ese vaso fue… no otro que Nerayu. O mejor dicho, los disgustos que le causó de niño.

Por algún motivo no tan incomprensible, Nerayu había nacido con un marcado sentimiento de insignificancia. Y no había necesitado crecer demasiado para saber con certeza que *Copista,* no quería ser. Sin embargo, vanos habían sido sus intentos por conseguir la admisión en una escuela Sorian. Sin contemplaciones, la Comunidad le impuso la obligación de instruirse en las tradiciones paternas. Desesperado, el niño había procurado huir, haciéndose transportar por Arinaïlé hasta Laïr. Pero llegado a ésta e identificado, había sido repatriado por la misma vía. Su ira contra la pretendida rudeza de los Sorien de una y otra ciudad, solo se esfumó al reencontrarse con su padre: viéndolo herido y demacrado, comprendió que *aquél* había soportado el castigo por su súbita ausencia. Tras el incidente, Layeniú ya no se restableció por completo. Un mal atrajo al otro y una complicación a la siguiente, hasta que el tantas veces zarandeado escribiente falleció, dejando tras de sí a su hijo de apenas siete años de edad.

Para el huérfano, siguieron años de tediosa inactividad. Por una parte, la comunidad insistía en seguir negándole el ingreso a cualquier escuela Sorian. Por la otra, ya no quedaba en su ciudad nadie capacitado para iniciarlo en la ciencia de los Copistas. Solo tras un par de años de debates y trámites burocráticos (y previo compromiso de que retornaría apenas completara su instrucción), se

consiguió que al niño fuera permitido trasladarse a Anaïr; donde funcionaba la Academia de Copistas más próxima. A ella asistían, junto a los seis aprendices locales, otros diez procedentes de localidades cercanas. A dichos extranjeros, los escribientes locales aludían por sus ciudades de origen. Tal era el caso de Nerayu [Neiroth, en Layedi]; cuyo nombre completo era en realidad, Maëdi Ineiri Meinu.

—Detállame su rutina —pidió el Decano en primer término.

—Se levanta por la madrugada, media hora antes del amanecer. Desayuna y viene a mi Academia. Conmigo permanece hasta el mediodía. Come alguna fruta y se marcha a trabajar para la Academia de Médicos. Con ellos permanece casi cuatro horas. Entonces se dirige a la Academia de Botánicos, para la cual trabaja otras tantas. Estará llegando a casa alrededor de las diez de la noche, según calculé [es decir, a medianoche]. No siempre cena antes de dormir.

—¡Un momento! —exclamó el Decano— No entiendo por qué madruga tanto. ¡Difícilmente esté durmiendo más de cuatro horas diarias! Es insuficiente a todas luces. Dime: ¿a qué hora abres tu Academia? Tampoco entiendo por qué se retira a dormir sin cenar. Deberías reprenderle en ese sentido: por imperioso que sea el cansancio, tampoco es escusa para privarse de la única comida sustanciosa de la jornada...

—Abro mi Academia como cualquiera, una hora después del amanecer. Pero él no vive cerca —suspiró con resignación y agregó, mascullando su contrariedad—. Es esa dichosa Dispersión, que en ninguna otra parte se impone ya. Solo aquí, en Anariánt, insisten en mantenerla...

El Decano asintió con un gesto. También a él disgustaba la empecinada persistencia local en esa odiosa "Ley de Distribución Proporcionada" [ver el Primer Libro de la Historia Post-imperial], que antaño provocase la desbandada general de su Orden. Pero en las presentes circunstancias y carentes de la menor posibilidad de modificarla, detenerse a despotricar contra ella sería un ejercicio por demás ocioso. Resuelto a pasar la cuestión por alto sin herir la sensibilidad de su colega, permaneció mudo unos instantes acariciándose la poblada barba gris, antes de decir:

—Temo que su régimen horario sea excesivo. Urge aliviarlo. Podríamos aplicar dos soluciones simultáneas: mudarlo más cerca de tu Academia, así no madruga tanto. Y reducir sus horas de trabajo vespertinas, creando un importante intervalo al mediodía: una pausa para descansar o airearse, según prefiera. Por lo tanto —concluyó— debes hablar con su tutor, con los Decanos de Médicos y de Botánicos, y conseguirle un nuevo tutor en reemplazo del anterior...

—Es que no me atrevo... —murmuró el Rector, inclinando el rostro ruborizado.

El Decano se sonrió. ¡He aquí pues, el auténtico motivo de la consulta! Significaba, coligió, que su colega ***sí*** sabía lo que convenía hacer. Solo que le faltaba el valor de dirigirse a las personas indicadas. La actitud apocada de aquel, era por demás típica del período anormal que atravesaban ambas órdenes, esparcidas por

la fuerza entre las distintas ciudades del Área Central: con la liquidación de su asentamiento secreto, los pocos Copistas que, procedentes de aquella y acostumbrados a una holgada situación de aceptación social dentro de una comunidad homogénea, habían sido repartidos entre los Sorien, se habían vuelto inseguros al toparse de súbito, en posición de minoría "injertada" y de valía poco reconocida; sintiéndose más aislados, desamparados y vulnerables que cualquier otro exiliado de Dúar.



# II
# Aprendiendo Anariano

Una vez que las diligencias del Decano dieron sus frutos, la situación de Nerayu mejoró de la noche a la mañana. Por supuesto, a su tutor contrarió sobremanera que el muchacho se mudara, siendo confiado al cuidado de otro. Bien se entiende que su contrariedad se debía más al temor de que viéndose libre de su autoridad, aquel lo acusara por los anteriores maltratos, que al nulo cariño que le hubiera tomado. Como fuera, al joven convino mucho el cambio. Porque a partir de ahora, vivió en casa de su Rector. Este último era precisamente lo opuesto a un sujeto riguroso o severo. A la inversa de lo sucedido al Tutor anterior, las amargas vicisitudes vividas con la liquidación de Sorianir, lo habían conmocionado a tal punto, que su carácter (o lo que quedaba de él) se había vuelto apagado, resignado y manso hasta el extremo. El Rector era, como la inmensa mayoría de los sobrevivientes, un hombre derrotado. Y si bien es cierto que su ausencia de personalidad habría provocado desastrosos resultados educativos en cualquier hijo potencial, para el espíritu vapuleado de Nerayu constituyó un bálsamo.

El joven no supo decidir qué cambio le agradó más: si el de domicilio, o el de horarios. Ya no había necesidad de correr cada mediodía de una a otra Academia. Podía tomarse dos horas de descanso antes de partir. Y una vez a la semana, en el día anterior al de su prueba, tenía la tarde libre. ¡Libre! ¡Esa era una novedad tan bendita!

Pronto el color regresó a sus mejillas, acompañado de una sonrisa fresca (aunque tímida). Simultáneamente, parte de su antes perdida seguridad en sí mismo y confianza en el entorno inmediato, empezó a caracterizar nuevamente su conducta. Sin perder por completo su retraimiento habitual, se volvió considerablemente más desenvuelto. Una única desventaja conllevaba el cambio: regresando por la noche, debía realizar un trayecto el doble de largo del anterior. La Academia de Copistas, con cuyo Rector vivía ahora, estaba en un extremo de la ciudad. Mientras que las Academias para las cuales trabajaba, se hallaban en su opuesto. Luego, quisiera o no, no pudo renunciar a su inveterada costumbre de dormirse en el tren.

Esto último hacía, cuando una mano amable lo sacudió con suavidad.

—Hola, "Paso del Rey". No querrás seguir de largo, ¿verdad?

Nerayu se sonrojó. En el transcurso de las últimas semanas y sin que nadie le solicitara el favor, la muchacha se había habituado a despertarlo en el momento oportuno. El joven escribiente bajó su vista abochornada y la volvió a alzar, sonriendo su gratitud con timidez.

—No-ya... Pasó-di-Reï —explicó.

La joven rió con callada discreción, antes de preguntar:

—¿No? ¿Y dónde debes bajar ahora?

—Esta-ción-de... último —respondió.

Minutos más tarde descendía en la Terminal arrastrando sus pies con lentitud, caminando con la torpe pesadez de un sonámbulo. Pese a su insistente puja por mantenerlos abiertos, los ojos se le entornaban solos. A su alrededor, el paisaje parecía diluirse y desaparecer, envuelto en la brumosa oscuridad del cansancio que embotaba sus sentidos. Alguien lo obligó a detenerse, para colocar un pliego entre sus manos. Se despabiló momentáneamente, para mirar primero los papeles impresos, y luego a la joven solícita que se los extendiera.

—No-yo... inten-dïr —explicó, devolviéndolos.

Aquella lo miró con condescendencia. Aceptó recibirlos de regreso, pero no le permitió seguir su ruta tan pronto.

—Espera —le dijo—. Quizás quieras escuchar palabras de amor y sabiduría. Solo te diré cosas que puedas entender...

—No... No... —negó él, sonrojándose— No-nunca-bien... intendïr.

Se encogió como si esquivara un golpe, dio un nervioso paso al costado y escapó con la mayor presteza que pudo imprimir a sus pies cansados.



Tras comprar sendos refrescos, salieron a los jardines arbolados que rodean el campus. Se sentaron distendidas sobre la hierba lozana. Nari suspiró. Helin posó en su amiga, sus pícaros ojos risueños.

—No entiendo qué te ha dado por él —dijo Helin, con tono de reproche—. ¡Si no es más que un niño!, ¿cuánto le calculas?: ¿doce años? Trece, a lo sumo [el aludido tenía casi 16 en realidad, pero su complexión física le confería una engañosa apariencia infantil]. Eso, sin contar lo rústico que es: ¡ni siquiera sabe hablar!

—Precisamente, ese es su atractivo: no es como los demás. ¡Parece tan ingenuo!, ¡tan inocente!, ¡tan puro!

—Luego, ¿deseas *mancillarlo?* —preguntó Helin, maliciosa.

—No —replicó Nari con firmeza. Se detuvo a pensarlo, y agregó con acento maternal—. Pero me conmueve verlo así. Quisiera despertarlo.

Helin meditó esas palabras de su amiga, tras lo cual asintió. Cierta afinidad entre ambas, favorecía la fluidez de entendimiento, sin necesidad de abundar en discursos ociosos.

—Nari —susurró al final—: no lo perturbes. ¿Quién te dijo que despertándolo, le harás un favor? Piensa: los ingenuos, los simples y los niños *son más felices.* ¿Cómo decían los Antiguos?: *"El conocimiento apareja dolor"*.

—¡Oh, bueno! —Nari quitó importancia a la cuestión con un elocuente gesto de su mano— No dije que fuera mi intención, transformarlo en estudiante universitario —rieron juntas—. Pero sí, abrir su conciencia a la existencia del Gran Mundo. Por empezar: enseñarle el Anariano.

—Para que en lo sucesivo —terció Helin imprimiendo un acento socarrón a sus palabras—, sepa distinguir entre un insulto y un cumplido... Nari: sé sensata y por su bien, déjalo como está.

Por primera vez en años de amistad, Nari no acordó con su compañera. Helin lo notó al instante, pero no insistió. Se limitó a expresar su resignación con un suspiro entre profundo y exagerado. Después meneó la juvenil cabeza rizada, como queriendo decir: *"después no digan que no se lo advertí".* Sorbió los últimos tragos de su refresco... y cambió de tema.



Explorando el vecindario en sus horas libres encontró, no muy lejos de su Academia, un parque arbolado con un lago artificial en el centro. Parejas de enamorados solían surcar sus aguas con serena parsimonia, en botes de alquiler. Niños correteaban subiendo y bajando las lomas. Jóvenes y adultos se sentaban a estudiar o conversar bajo la sombra de los árboles.

Nerayu se volvió un habitué. Durmiendo apaciblemente, acurrucado con maëdica naturalidad entre las raíces de algún ejemplar añoso, dejaba transcurrir las dos horas de su intervalo del mediodía. También su tarde libre la pasaba en el lugar, preparándose con calma y concentración para la evaluación del día siguiente. Por cierto, su rendimiento en todos los aspectos se había disparado. Tanto su Rector como los Decanos para los que trabajaba por las tardes, estaban más que satisfechos con su desempeño. Nerayu era un excelente Copista, y un Ilustrador magistral. Y ahora que su salud en general se había restablecido, sus notables aptitudes salían a relucir.

Nari lo descubrió allí por casualidad, mientras él aprovechaba la pausa del mediodía a su modo. Gratamente sorprendida, se sonrió feliz ante el hallazgo y lo meció con insistencia, hasta despertarlo.

—Hola, "Paso del Rey" —le dijo, cuando el joven volvió su rostro confundido hacia ella—. No esperaba encontrarte aquí.

Se sentó en el pasto junto a él, esperando a que el muchacho dijese algo. Pero como éste, todavía amodorrado, seguía mirándola en silencio, le preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—¿Nombre? —preguntó a su vez, buscando confirmar que había entendido. Ella asintió. Él se presentó—: Maëdi Ineiri Meinu. ¿Tú?

—Puedes llamarme Nari —dijo ella—. Y a ti, ¿cómo deseas que te llame? Porque eso de "Maderi Nererdi Neimu" es muy largo, además de impronunciable.

Incómodo, Nerayu se sonrojó y bajó la vista. Se sentía ofendido aunque, faltándole vocabulario para descifrar el discurso en su totalidad, tampoco habría sabido explicar muy bien por qué. Y además, no le pareció correcto expresar abiertamente su contrariedad.

–Meinu –dijo con suavidad–. Llama-mi Meinu.

–De acuerdo, Meinu –dijo ella, obsequiándole su sonrisa más amplia y luminosa–. Me gusta ese nombre. Suena musical...

A esa entrevista fortuita siguieron otras, intencionadas. De inmediato conoció y aprendió Nari los horarios de ese adolescente, al que decidió hacer su pupilo. Nunca llegó a revelarle explícitamente que tal fuese su propósito. Pero a partir de ese día, se abocó con seriedad profesional a enseñarle el idioma del país. Y pese a que en ese sentido, Nerayu era un pésimo alumno, ella no se desanimó. Insistió con constancia tenaz, a lo largo de semanas que fueron transformándose en meses.

Ya en las clases iniciales constató, que la dificultad del muchacho radicaba más en la dicción, que en la comprensión. Es decir: gracias a esas sutiles clases, su entendimiento del idioma mejoró en forma sustancial. No así, en cambio, su conversación. La pronunciación calamitosa y la trastocada sintaxis del muchacho nunca se corrigieron.

–Tu-mi... dïss-cullpa –se excusaba él, notando la frustración reflejada en el rostro de su no solicitada instructora–. No-yo-un... Traduc-tor.

–¿Qué sí eres? –preguntó ella exasperada, en cierta oportunidad.

–Illustra-dor –respondió.

¡Y pensar que su padre había sido un Traductor insuperable! ¿Qué habría opinado de las nulas capacidades lingüísticas de su hijo, de haber podido verlo en esta situación? Pero de niño, Meinu había deseado ser Ebanista. Y, dentro de las limitaciones propias de su Disciplina, el arbitrario capricho burocrático-gubernamental *("¡Nada de Aleia! Que se forme en la Academia de Copistas más cercana")* había querido depararle la especialidad más próxima a sus aptitudes naturales. Por lo menos en este aspecto, Meinu había tenido relativa suerte... y lo sabía.

–¿Ilustrador? –preguntó ella con súbito entusiasmo–, ¿quieres decir, que sabrías retratarme?

Nerayu asintió, y ella le extendió su cuaderno de apuntes y un lápiz. A continuación esperó atónita, ya que en lugar de abocarse inmediatamente al dibujo (como haría el retratista promedio), el muchacho le posó una concentrada mirada escrutadora, que sostuvo durante poco más de un minuto. Ella no podía saber que lo que él hacía entonces, era *fijar* sus rasgos en su mente, a fin de reproducirlos a continuación. Una vez consideró fijada la imagen en forma íntegra y satisfactoria, Nerayu se desentendió de su instructora acometiendo la

empresa. Un segundo motivo de sorpresa para Nari, pues él ya no volvió a dirigirle ni tan siquiera el vistazo más fugaz, en el curso de esa labor que además, terminó con relativa rapidez. Nerayu le devolvió cuaderno y lápiz, y ella se miró en el papel.

—¡Hey, Meinu! —exclamó—, ¡eres un artista!, ¡un genio increíble!

—No. No —negó, ruborizándose hasta las orejas—. Solo-un... Copis-ta.

Sin cesar de traslucir su entusiasmo con cada sílaba de su encendido discurso, Nari procuró sacarlo de su "error". Le explicó que, aplicando su arte fuera del estrecho círculo de su gente (que por lo visto, tampoco sabía ponderarlo con justicia), podría hacerse simultáneamente, rico y famoso. El muchacho negó una vez más, meneando la cabeza con una rara mezcla de bochorno y resignación. Después, con su caótica pronunciación y destartalada sintaxis, procuró explicar que en realidad él no era un *auténtico* artista, dado que su labor no consistía en *crear* dibujos o diseños *novedosos* (eso, excedía por lejos sus posibilidades), sino tan solo en retener y plasmar imágenes preexistentes. Le costó mucho conseguir que ella entendiera el discurso. Pero una vez que ella misma reformuló la idea en su integridad con los términos adecuados, y él confirmó que tal había sido la intención de sus palabras, Nari insistió:

—De acuerdo: tu labor no es creativa. Pero eso *no significa* que no pueda llegar a serlo. Simplemente, no te han enseñado a crear. O peor: te han *inhibido* de hacerlo. Si no entendí mal, de eso se trata en realidad, ¿verdad?: tus maestros *no quieren* que desarrolles tu creatividad. Y eso no está bien. Te están limitando.

—No-yo... inten-dir —replicó él—. ¿Qué-tanto-mal... con-ese?

Nari le posó una mirada cargada de conmiseración. Suspiró. Después se abocó a pintarle con tonos vivos y coloridos, el futuro brillante a que podría acceder, si tan sólo se le concediera la oportunidad de desarrollar sus indiscutibles talentos. Le habló con euforia del Gran Mundo, de sus personalidades y artistas, del reconocimiento, la fama y el bienestar que podría adquirir con solo abrirse a ese universo maravilloso, abandonando la opresiva estrechez de su anacrónica secta.

Nerayu escuchó con paciencia, esa entusiasta descripción que se extendió durante un cuarto de hora. Cuando, terminada la labor de persuasión, ella calló por fin, el muchacho meneó su cabeza una vez más.

—No-yo... nece-sita... ese —dijo con su tranquila suavidad habitual.

Acto seguido se incorporó, dirigiendo sus pasos a la estación del tren subterráneo. Su intervalo del mediodía estaba expirando...



Volviendo del trabajo próxima la medianoche, Nerayu despertó antes de arribar a destino. La súbita preocupación que se apoderara de él, acababa de despabilarlo por completo. Nervioso, se puso de pie innecesariamente y antes de tiempo. Pasó revista a las últimas semanas y meses, hasta que decidió que en

efecto, el incidente no era tal. Había devenido rutinario: no había noche en que, al descender del tren en la terminal, no lo detuviera una joven ofreciéndole material impreso o, en su defecto, invitándolo al diálogo. Hizo memoria. Sí, concluyó: se trataba siempre de la misma muchacha. ¿Qué pretendería?

Quizás el fenómeno no fuese tan grave... se dijo, tratando de serenarse. Lo que sí comenzaba a preocuparle era, que no tenía muy claro qué hacer al respecto. ¿Continuar rehuyéndola como hasta ahora? La joven parecía *"impermeable"* a tales sutilezas; no se daba por aludida. O tal vez confiaba en que su impertinente constancia, a la corta o a la larga daría frutos.

¿Qué frutos?

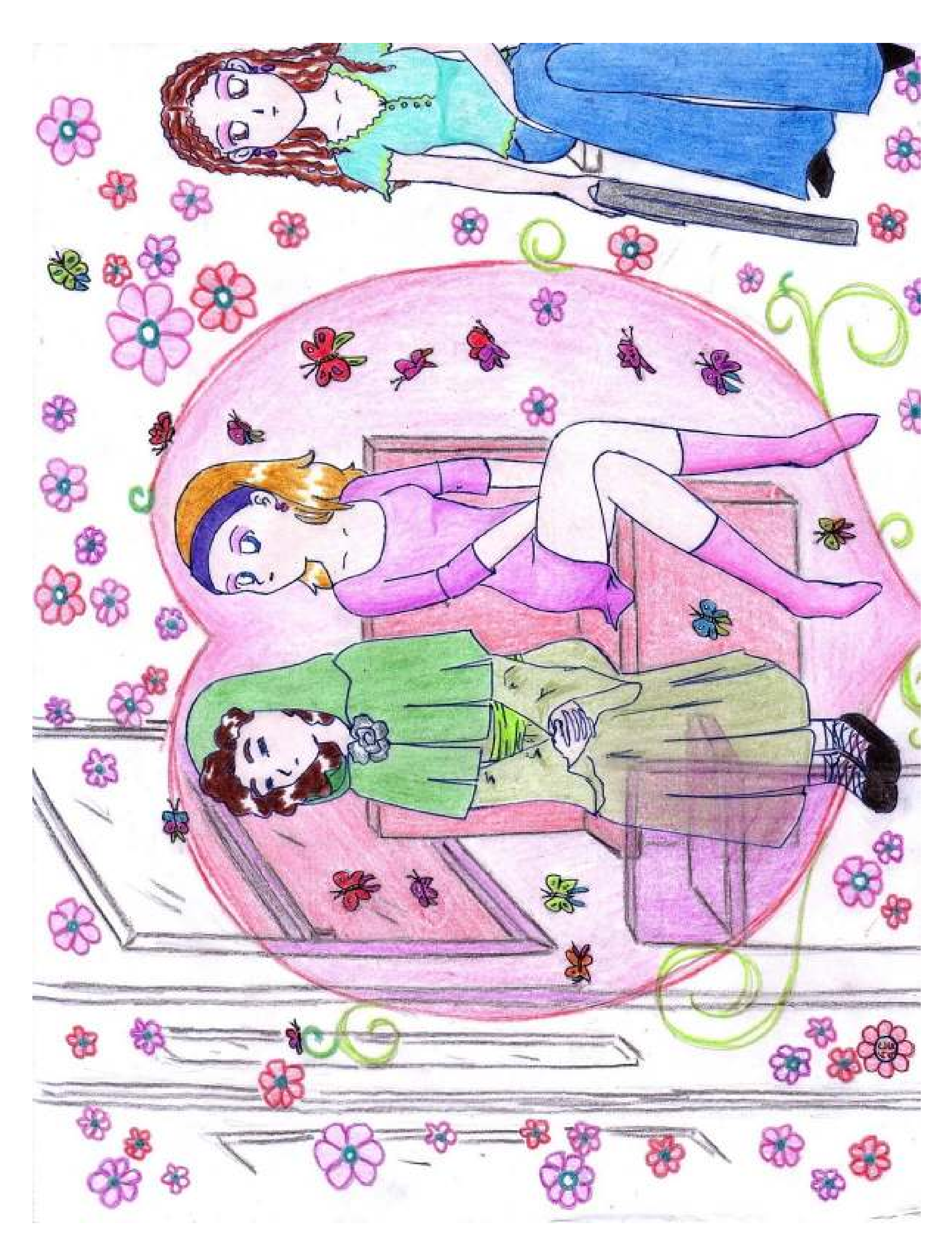
Nerayu meneó la fatigada cabeza encapuchada y volvió a sentarse, antes de que el cansancio lo derribase. Pensó en su otra opción: ceder, aunque fuera por una vez. Escuchar lo que ella quisiera decirle, para después rechazarlo también, se tratara de lo que se tratase. Sin embargo, pensó, esa segunda opción no dejaba de ser peligrosa. Terminó resolviendo que expondría el problema a su Tutor-Rector. Quizás aquel encontrara una tercera vía. Una solución definitiva para el problema, que no comportara ningún riesgo para su integridad...

Bajó. La distinguió todavía desde lejos, entre la multitud. También ella debió descubrirlo con idéntica facilidad. Cosa no tan difícil, dado que él vestía el tradicional atuendo Maëdi que lo delataba a cualquier distancia, sin importar cuántas personas lo rodearan. Como fuera, los denodados intentos de Nerayu por escabullirse entre el gentío, no ayudaron. Enseguida ella estuvo ante él con su eterna sonrisa cautivante, invitándolo al diálogo.

—¡No! —rechazó con voz suplicante y temblorosa.

Y huyó apresurado.





*Nari enamorada*
Ilustración de Leandro E. Maggiotti

# III
# ¿Qué es... Música?

Aunque el nervioso suspiro de su amiga, cargado de desesperada frustración, le llegó al alma, Helin no pudo evitar sonreírse al preguntar con victorioso acento autosuficiente:

–¿Y bien? Te lo había advertido, ¿no es cierto?

–No –negó Nari, poco dispuesta a ceder tan pronto–. Lo que tú dijiste entonces, fue que mi intromisión le resultaría nociva. Pero no sucedió nada de eso, sino lo contrario. ¡Nunca imaginé que podía existir un sujeto más obtuso y cerrado! Figúrate: le digo que con un mínimo esfuerzo por su parte, puede adquirir fama, riqueza, reconocimiento, gloria... ¿Qué me responde?: ¡que no lo necesita! ¿Habrías previsto semejante reacción?

–Si –insistió Helin–. *Eso* es lo que no entiendes: se está defendiendo. *No quiere* que lo despiertes. Nari, si realmente te interesa *su bien*, déjalo en paz.

–Espera –porfió Nari–: admito que la posibilidad de un cambio drástico acobardaría a cualquiera, no sólo a él. Pero eso no necesariamente implica que a la postre, el cambio no sería beneficioso. *Hoy* se encierra. Mañana, podría *agradecerme* que lo haya despertado. Incluso si lo hice contra su voluntad.

–¿Y cómo lo harás? –preguntó Helin con tono escéptico.

–Ni idea... –reconoció Nari, reflexiva– Lo tengo que pensar. Ya se me ocurrirá el modo de sorprenderlo desprevenido... y sacudirlo.

Aún sin identificar el motivo, a Helin no agradó esa respuesta. Le dio vueltas y más vueltas en su mente antes de, falta de argumentos convincentes, alzar su dedo advirtiendo:

–¡Cuidado! No vaya a suceder que la sacudida, seas tú...



El Rector se tomó muy en serio ese fenómeno. Arrugó el ceño y declaró que consultaría con su colega. Llegado su turno, también el Decano se preocupó. Dijo que lo mejor sería comunicar el asunto al Decano para el cual Nerayu trabajaba en último término. Quizás, propuso, modificando sus horarios de salida (adelantándola un día, retrasándola al siguiente), consiguieran eludir esa molestia. De fallar esa táctica, podría intentarse otra: que Nerayu descendiera en la estación anterior, y completara el trayecto a pie.

La última fue la solución que se terminó aplicando, cuando las variaciones horarias se demostraron infructuosas. Sin embargo, el provisional alivio solo le duró una semana, hasta que la artimaña fue descubierta. Entonces volvió a toparse con esa molesta muchacha igual que antes.

Se quejó otra vez. A resueltas de esa segunda protesta, comenzó a realizar el viaje de regreso escoltado por un peculiar guardaespaldas: un corpulento Sorian tres años mayor que él y treinta y nueve centímetros más alto, alumno de la Academia de Botánicos. Y por increíble que parezca, ¡la treta funcionó! Nerayu no volvió a ser importunado.



—Quiero invitarte a un concierto —le dijo Nari un mediodía, hallándolo en los Jardines Públicos.

—¿Quí-es? —preguntó él, a quien el término resultaba novedoso.

—Música —dijo ella—. Una música especial. Te gustará.

—Sí —confirmó—. Gusta-mi-música.

Nari se sonrió. ¿Qué música podía conocer él?, se preguntó. Y se respondió al instante: las monótonas y arcaicas melodías tradicionales de su secta, compuestas como mínimo, un milenio y medio atrás. Luego, esto era precisamente lo que ella se proponía. Obligarlo a confrontar, por lo menos una vez, lo que recibía de su anacrónica Orden, con lo que el Gran Mundo moderno podía ofrecerle.

Quedaron en que ella pasaría a buscarlo en su tarde libre a la hora apropiada, y se despidieron.

Pero entrando en la Sala de Conciertos la tarde señalada, Nari tuvo que deshacerse en súplicas, rogando que se permitiera el ingreso a su inusual compañero. El imprevisto inconveniente estribaba (como por otra parte cabía esperar), en que no acudía vestido con la rigurosa etiqueta exigida por el protocolo de tan prestigiosa sala. Nari se aplicó entonces a explicar con retórico apasionamiento, que tal es la *"etiqueta"* de un Maëdi y que además, muy difícilmente se pueda *"civilizar"* a nadie, sin concederle un previo atisbo al maravilloso mundo de la civilización. En esta ocasión como en otras, Nari terminó saliéndose con la suya.

Un Nerayu apabullado se sentó en la butaca asignada, disponiéndose a disfrutar la velada. Se apagaron las luces y comenzó el concierto. La orquesta interpretó durante una hora, los diversos movimientos de una sinfonía maravillosa, opulenta, cuyos acordes zarandearon al joven escribiente, cual si fuera un barco perdido en altamar, en medio de la borrasca. Se sintió, ya feliz, ya desdichado. Ya flotando en las alturas del espacio sideral, ya cayendo a las oscuras profundidades de un abismo sin fondo. Ya sereno, ya pronto a entrar en erupción como un volcán. Rió. Lloró. Tembló. Quiso gritar. Cuando se apagó el último acorde y la sala volvió a iluminarse, Nari halló al muchacho acurrucado en su sitio, bañado en sudor, llorando y temblando descontroladamente. Ante la insólita imagen, enmudeció. Por cierto, ¡nunca habría imaginado que el muchacho podía llegar a ser tan sensible! Lo sacudió con suavidad, llamándolo:

—Meinu, serénate. Debemos irnos...

Él alzó el rostro empapado en sudor y lágrimas, y la miró sin verla.

—Musho... música —se lamentó entre hipidos—. No-nunca-antes. ¡Tanto-música!

Se estremeció por enésima vez y calló. Y mudo permaneció el resto de la tarde.



—Nerayu, ¿qué te pasa? —clamó su Rector por cuarta o quinta vez. El así reprendido alzó su mirada turbada, pero no respondió. Algo había en ese rostro que asustó al Rector. Sin perder un instante, lo tomó del brazo y ordenó:

—Vamos.

Salieron del edificio de la Academia, dejando en ella al resto de los consternados aprendices. Lo condujo ante su colega, el Decano con quien solía asesorarse y a quien, ya entrando, pidió:

—Disculpa que te importune sin aviso, Aïnuth. Pero algo malo está ocurriendo otra vez. Te ruego que me hagas este favor: ¡míralo!

El Decano clavó su penetrante mirada en los ojos perdidos del muchacho. Después de ver lo que vio, se permitió sonreír distendido. Indicó al Rector que continuarían conversando más tarde. De momento, convenía que se retirara. Una vez a solas con el adolescente, le dijo:

—Has escuchado música, ¿verdad? —sin ocultar su sorpresa, el interpelado asintió. El Decano ordenó— Dime qué oíste y cómo fue.

—¿Cómo describirlo con palabras, Maestro? —balbuceó con timidez— Nunca antes había escuchado nada semejante; con una carga emocional tan potente. Tan sublime y simultáneamente, tan terrible. No sé qué más decir, Maestro. Salvo que mis sentidos se han visto desbordados...

—Mírame, Nerayu —la voz del Decano se revistió de cierta medida de severidad—. Sé que no has admitido todo todavía. Había algo más en tus ojos, cuando te miré.

El joven escribiente ocultó su cara pues, como de costumbre, acababa de ruborizarse:

—Bueno... Yo pienso... Es decir... No pude evitar comparar... —incómodo en extremo, enmudeció.

—Nerayu —la voz recién severa del Decano, se tornó suave y comprensiva, cual caricia maternal—, ¿crees tú que de quererlo, no podríamos *también nosotros* hacer música como ésa? —el joven se tambaleó en su sitio, como si estuviera conteniéndose para no escapar a la carrera. Era tal su bochorno, que habría agradecido con alivio que la tierra lo tragara en ese instante. El Decano apoyó la diestra cálida y liviana sobre ese hombro tembloroso, y continuó— ¿Por qué entonces, no hacemos música como ésa nosotros también? Dilo tú, Nerayu: ¿qué te

ha dado *a ti,* esa música?, ¿en qué te ha construido?, ¿en qué has crecido o mejorado merced a haberla escuchado? –el joven negó con un gesto y abrió sus brazos en señal de desconcierto. El Sabio prosiguió– Luego, admites que ésa no es una música que mejore al alma, o construya la personalidad...

–¡Pero es maravillosa! Y también... –sin conseguir sobreponerse a su incomodidad, volvió a enmudecer.

–Coincido contigo –admitió el Decano–: es música que se disfruta. Hasta el dolor se transforma en placer, en las alas de esa música –Nerayu asintió–. En síntesis: has permanecido allí una hora, has sentido la dicha y la desdicha, la oscuridad y la luz, la calma y la tempestad, el abismo y la cúspide. ¿Y después, qué? ¿Qué te ha aportado esa audición a ti como individuo, como persona, como ser humano?

De súbito, Nerayu alzó el rostro. Sus ojos brillaron desafiantes. Haciendo acopio de la ancestral temeridad recibida de generaciones de Copistas tenaces, refutó:

–¿Y qué aporte se supone que recibo de *nuestra* música?

–Esperaba esa pregunta –el Sorian sonrió con picardía–. Responde tú: cuando quieres memorizar un texto, ¿qué haces?

El joven escribiente se sacudió e inclinó la frente, en un vano intento por ocultar sus mejillas que, para variar, seguían ruborizadas. Sin embargo, la vergüenza le duró poco. Pronto su congénita rebeldía volvía a aflorar.

–De acuerdo –respondió, clavando su mirada desafiante en el Decano–: lo recito. ¿Acaso eso demuestra algo? Además... ¿quién me dice a mí, que cualquier otra base melódica no sería igualmente eficaz?

–Nerayu, insisto en que tú mismo te respondas. ¿Por qué cuando deseas memorizar, recurres a una melodía específica, y no a cualquier otra?

–Por costumbre –replicó, poco dispuesto a claudicar–. Por tradición.

–Por tradición... –repitió el Decano– ¿¡Y ahora me dirás que tu Tradición es estúpida!? –nuevamente abochornado, el muchacho no respondió– Comprende, Nerayu: ninguna tradición que sobrevive el brutal embate de siglos de hostilidad, lo hace por simple costumbre, como crees tú. Su permanencia. Su resistencia a la erosión: ésa es la mayor y más contundente prueba, de que tu Tradición no es arbitraria, sino sabia.

–¿Sabia? –se admiró.

–Si, Nerayu. También tu Tradición de Copista es sabia. Alguna vez, alguien tuvo que crearla, diseñarla y desarrollarla. Y quienquiera lo hizo, necesitó de una ciencia muy sutil para sentar sus bases. No la desdeñes, Nerayu, solamente por el hecho fortuito de que la has recibido mil quinientos años después de su nacimiento, cuando nuestra Orden y sus integrantes hace tiempo que se han habituado a su existencia...

El joven bajó la mirada. Sus ojos buscaron y hallaron su broche Sorian; la magnífica Flor de la Sabiduría que, hasta el momento, estaba seguro de portar sin merecer. Se dijo que por lo visto, se había precipitado demasiado al juzgarse *poca cosa.* Se sonrió. Por primera vez, satisfecho de sí mismo. Al cabo, recordando el debate que lo venía ocupando, volvió a la carga:

—¿Y a eso se reduce la *superioridad* de nuestra música?

—No sólo a eso —los ojos del Decano brillaron con la picardía de quien guarda un as en la manga—. Pero si quieres recibir la respuesta a esa pregunta, deberás hacerme un pequeño favor... —esperó unos segundos y prosiguió—: deberás retribuir su invitación, a la persona que te condujo a ese concierto. Le dirás, que ahora deseas que sea *ella,* quien escuche *nuestra* música. Y en tu tarde libre la traerás aquí. Entonces, ambos recibiréis una respuesta...



Helin tuvo que invertir más de media hora en recorrer el Campus a lo largo y a lo ancho hasta dar, finalmente, con su alicaída amiga. Aquella se había sentado ante la réplica de una antigua Fuente de los Deseos, y arrojaba guijarros al agua con expresión de hastío. Se sentó junto a ella y abarcó sus hundidos hombros con su brazo.

—¿Y bien? —la apremió.

Nari alzó la vista con esforzada lentitud. Sus ojos enrojecidos y sus mejillas perladas declaraban mejor que mil palabras, que había estado llorando.

—Lo desperté —anunció en un susurro desganado.

—¡Albricias! —exclamó Helin, sarcástica—, ¿y así lo festejas?

—Es que no ocurrió como esperaba. Y ahora... temo haberle causado un daño irreparable. Y también... —disminuyó el volumen de su voz, hasta terminar confesando en un murmullo casi inaudible— temo haber perdido su confianza y amistad... para siempre.

Helin permaneció silenciosa unos instantes, absorbiendo la desesperación de su amiga. Solidaria y comprensiva, no le espetó el *"Te lo advertí"* que merecía. En cambio, estrechó su abrazo sobre esos hombros abatidos, que después palmeó con cariño.

—Dime, Nari —preguntó—: ¿cuándo sucedió?, ¿has vuelto a verlo desde entonces?

—Fue hace tres días. No. No volví a verlo. Me asusta pensar en lo que ese reencuentro me pueda deparar: estoy segura de que me rechazará con justa ira. Helin: no fue mi intención. Créeme que no quise hacerle daño. Pero, de hecho... —se desató en un llanto histérico, solo interrumpido por amargos reclamos—: ¿qué hice?, ¿qué hice?, ¿por qué...?

—Nari... —Helin continuó masajeando hombros, cuello y espalda, en un esfuerzo por ayudar a su amiga a serenarse— Nari, acepta un buen consejo, por lo menos una vez...

—¿Qué me dirás ahora? —replicó aquella, dolida—, ¡ya es tarde para consejos!

—*"Nunca es tarde para retractarse"* —sentenció Helin, citando una de sus máximas antiguas—. Simplemente, acércate a él con humildad, y pide su perdón. No te lo negará, si nota que tu arrepentimiento es sincero.

—¿Cómo puedes saber...? —intentó objetar.

—Prueba y verás.

Sobreponiéndose a sus temores, Nari siguió el consejo. Acudió a los Jardines Públicos a la hora adecuada y lo encontró durmiendo bajo el mismo árbol de siempre. ¡Ya había dado el primer paso! Pero le costó doblegar sus numerosos temores, para mecerlo con suavidad hasta que despertó.

—Ah... tú... —balbuceó él soñoliento, mientras se volteaba y sentaba con pesado esfuerzo—. Tú-disscull-pando-mi. No-yo-amable... ese-tarde. No-yo... —se detuvo a tomar una enorme bocanada de aire, antes de concluir de súbito y con aire resignado— Faltan-mi-palabras.

El fresco candor del adolescente arrancó un suspiro de alivio a Nari. Luego, el muchacho no parecía haber cambiado un ápice desde la última cita. Por lo visto, pensó, había tenido tiempo de sobreponerse al incidente. Sin embargo, se dijo, eso no disminuía en lo más mínimo, su obligación moral de retractarse. Tarea que además, se veía facilitada por el buen talante con que Nerayu acababa de recibirla.

—Meinu —le dijo, sentándose en la hierba junto a él—. Perdóname lo de la otra vez. Ni por un momento imaginé que nuestra música podía conmocionarte tanto. Verás: es que estoy *acostumbrada* a ella. Por supuesto, también a mí me emociona. Pero nunca a tal extremo. Te hice sufrir... ¡Perdóname!

—¡Oh!, ¡ah!, ¡ese! —replicó él— No-yo... enoja-do. Pero... —procuró (sin mucho éxito) conseguir una traducción mental ordenada, antes de proseguir— Rector-sí. Rector-con-Deca-no. Ellos-ïnoja-dos... de-mí.

—¿Quieres decir —murmuró compungida—, que te he causado problemas?

—Poco-problï-mas —respondió él—. Deca-no-dicien-do: tú-venïr... de-música-mío... ïscushar.

—¿Es una condición, o algo así? —preguntó Nari, sin ocultar su sorpresa ante el venial requerimiento. Nerayu confirmó y ella dio su consentimiento.

A esa cita, acudió tan tranquila como puntual. Tenía poco que perder (a lo sumo, se aburriría olímpicamente) y mucho que ganar (recuperaría la confianza y la plena amistad de Nerayu). Tal era, aproximadamente, su cálculo. En consecuencia, llegó radiante de alegría y con el corazón liviano.

—Ven —le indicó el muchacho, apenas la vio.

La condujo a la cercana Academia Sorian, donde el Decano esperaba. Aquel, huelga decirlo, era un veterano Trovador. Es decir, tenía bien claro lo que se proponía: dar una inolvidable lección, no solo al aturdido Copista sino en especial, a esa engreída estudiante universitaria.

El Decano los recibió con su traviesa sonrisa cargada de misterios, y los invitó a salir. Los guió por calles, pasajes y avenidas, hasta llegar a la dirección correcta: el Hospital más próximo. Nari reprimió una mueca de extrañeza y se mordió la lengua, a fin de que no la traicionara pronunciando sandeces inapropiadas. Ingresaron. Ya en el interior del edificio, a los jóvenes pareció que el personal en pleno estaba habituado a esa visita, y que incluso la esperaba. Un médico enfundado en su bata blanca se les acercó a pasos apresurados:

–¡Oh, Ancianidad! Venid por aquí –le indicó gesticulando con expresión de urgencia–. ¡Os estaba esperando!

Los tres se hubieron de plegar al andar presuroso del galeno, que los condujo con rapidez por pasillos, escaleras y más pasillos, hasta llegar a la habitación indicada. En su interior, un hombre de rostro sufrido yacía en un lecho, cubierto de vendajes y quejándose débilmente.

–Quemaduras múltiples –explicó el médico–. El tratamiento es eficiente, aunque lento. El problema estriba, en que el paciente es alérgico a calmantes y anestésicos. Lleva tres días sin conciliar el sueño. ¿Cree usted que podrá...?

–Si la Unidad me asiste... –murmuró el Decano, a modo de respuesta.

El galeno debía estar acostumbrado a esa frase, porque asintió y partió enseguida, más apremiado que antes. Entonces el Sorian alzó su voz, tejiendo una melodía tan antigua como el cielo, el mar y la tierra. Un canto que parecía fluir desde las profundidades de la Conciencia Universal. Nerayu sintió que su alma se expandía, pletórica de un gozo armonioso y sereno. Nari se sorprendió sintiendo otro tanto. El convaleciente comenzó a mecerse al compás... hasta que se durmió. En este punto el Decano moduló su voz, variando lentamente de ritmo y tonalidad, enhebrando poco a poco una melodía distinta en reemplazo de la anterior. Ahora, su voz parecía reproducir el eco de las olas sucesivas de Océano de la Vida, antiguo como la Creación. Acurrucado en el suelo de mármol con maëdica naturalidad, Nerayu se durmió. Nari recordó su primer día de vida y sin saber por qué, comenzó a lagrimear. Sumido en lo que Sorien y Maëdern llaman "Sueño de Reparación Profunda", el paciente sonreía bajo su triple vendaje.

El anciano Trovador concluyó su canto en un punto neutro, despertó al Copista, y abandonó la habitación llevándose a los jóvenes.



Los invitó a sentarse y les sirvió té. Los dos seguían encerrados en su atónito mutismo. El Decano rompió el silencio:

—Y bien Nari, ¿qué opinas de *nuestra* música? —no hubo respuesta. El anciano insistió— Y tú, Nerayu: ¿piensas que tus dudas se han visto satisfechas? —el aludido se sonrojó, pero permaneció callado. El Decano volvió a insistir— ¿Es que habéis perdido la facultad del habla?

—Perdonad —se atrevió a decir Nari—. Entiendo que me comporté con insolencia. Aceptaré cualquier reprimenda, pues sé que la merezco...

—No me has ofendido —replicó el Decano con suavidad—. Aunque quizás tú misma en mi lugar, te habrías sentido hondamente agraviada ante un trato similar. Nari, no me engaño: *sé* que nos juzgas primitivos, arcaicos, anacrónicos. Sé que sientes que tu sofisticada civilización moderna nos supera con creces. Lo sé, porque no eres la única en portar ese sentimiento. Lo compartes con la inmensa mayoría de tus coetáneos.

"No negaré que *también vosotros* poseéis conocimiento, arte y ciencia... —continuó— Yo no tengo pretensiones de exclusividad. Solo te pido: no desdeñes lo que desconoces. ¡No es sabio! Si quieres ponderar una cosa, acércate a ella primero. Solo entonces quizás, estés en tu derecho de rechazarla. Pero dime: ¿cómo puedes despreciar a tanta gente sin siquiera conocerla, solo en base a su apariencia externa?"

Nari no pudo responder porque, tocada en su sensibilidad, lloraba con sincera contrición. El Decano se volvió por segunda vez, al abochornado escribiente:

—En cuanto a ti, Nerayu —sentenció—, he aquí mi respuesta: nuestra música *no fue* creada con el único objeto de dispensar un rato agradable al oyente. La nuestra, es música *que construye.* Puedes atestiguar por ti mismo, que no saliste de mi audición igual que como entraste. Algo en ti ha cambiado a consecuencia de ella: has crecido.

"Eso es lo que procura, en definitiva, nuestra ciencia: nuestro principal interés no se dirige a modificar el entorno, adaptándolo a nuestros soberbios caprichos. Ese progreso material, a nuestros ojos, no es más que engaño. Farsa. Lo que a nosotros interesa, lo que buscamos, es modificar *a la persona en sí.* Transformar al individuo. Volviéndolo un ser más íntegro, más virtuoso, más sensible, más humano, más sublime... "Progreso", a nuestros ojos, *no es* que el garrote sea reemplazado por un fusil. Sino que tanto el garrote como el fusil sean suplantados... por una actitud bondadosa y cordial."

Nerayu elevó su mirada en busca de los ojos del Decano, y sonrió feliz.

—Maestro... ¡gracias! —musitó con emoción— Me habéis devuelto la certeza de que, aunque no siempre comprenda lo que hago, mi labor no es en vano...

Dicho esto, se levantó y se fue. La tarde expiraba, ¡y aún no se había preparado para la prueba del día siguiente! No obstante, tampoco se inquietó demasiado: de alguna manera, sintió que su reciente experiencia musical había afilado sus sentidos, que por lo menos hoy, captarían el estudio con mayor fluidez.

Por su parte Nari se rezagó, incapacitada de abandonar la compañía de ese anciano cuya sencilla presencia, había acabado por cautivarla. Permaneció largos minutos analizando sus últimas experiencias, sumida en un silencio que el comprensivo Decano no quebró. Al final alzó su rostro, que ahora reflejaba la serenidad de quien, habiendo tomado una decisión crucial, acuerda con ella sin dudar.

—Maestro —pidió con humildad—: enseñadme.



# IV
## ¿Qué es... Amor?

Tras derramar sus lágrimas de angustia y nostalgia en silencio, Lelia cedió a la opresión de su desesperación, dejándose doblegar por ese llanto que la desbordó. Poco y nada le importaba el juicio que sus compañeros de práctica hicieran de su conducta. Para el caso, ella seguía siendo la favorita del Iniciado que dirigía los ejercicios. Es decir, tal vez aquel insigne Maestro estaría dispuesto a asistirla con su sabio consejo. Luego, si él se interesaba por su pesar, ¡tanto mejor!

Lelia no erró el cálculo. Terminada la sesión y mientras los demás se retiraban, el conductor del grupo se le aproximó solidario.

–Te has enamorado... –dictaminó. Diagnóstico acertado que no sorprendió a la muchacha.

Los Iniciados tienen fama de poseer una agudeza visual especial, muy por encima de la norma. Cosa comprensible, si recordamos que son depositarios de la auténtica Ciencia Secreta del Táh'av. A simpatizantes y fieles se da a conocer, a cada cual conforme a su propio nivel de evolución espiritual, apenas sí una mínima fracción de ese conocimiento sublime [por más información sobre el Táh'av, véase el Anexo sobre sus hábitos y edificios al final de este volumen]. Pero al rango de Iniciados llegan pocos ya que, como condición previa a la iniciación, el Táh'av exige la completa renuncia al mundo y sus vanidades. Estos monjes cultivados, sean hombres o mujeres, viven aislados en sus monasterios dedicando sus días al estudio, la contemplación, y los rituales. Precisamente porque no distraen su atención hacia actividades triviales, alcanzan un notable nivel de sabiduría, poder y agudeza mental. O por lo menos, así lo han creído siempre sus adeptos más fervientes, Lelia entre ellos.

Al requerimiento de su Guía, la joven detalló sus cuitas. Cierto: se había enamorado. Solo que, para su desdicha, el objeto de sus anhelos estaba tan lejano de sus aspiraciones, como el Este del Oeste. Pues bien se entiende, el día que quisiera formar pareja y construir una familia, no estaría dispuesta a hacerlo con otro que no fuera un devoto del Táh'av. Y nadie más ajeno a ello que... ¡un Sorian!

Si el Iniciado reprobó el inusual enamoramiento, no lo dejó traslucir. En cambio, dijo a su discípula con un tono entre meloso y adulador:

–Me extraña de ti, Lelia, que con tu habilidad retórica y tu capacidad de persuasión no consigas atraerlo. Tú eres nuestra más eficiente Pescadora de Almas. ¿Cómo es posible, que sólo él escape a tu anzuelo?

–¡Es que evita el diálogo! –explicó ella–. Y desde que se consiguió un guardaespaldas, ya ni siquiera me atrevo a acercármele. El Sorian que lo acompaña es un sujeto terrible. Siento la amenaza de su hostil presencia desde lejos...

—Tienes un espíritu sensible —confirmó su Guía—. Por cierto, percibes la esencia maligna de esa gente. Pues sirven a la Oscuridad, de la cual obtienen su poder. Precisamente por eso —se sinceró—, me sorprende que no hayas hallado nada más productivo, que enamorarte de uno de ellos...

—Es que él *no es* como los demás —protestó, liberando un suspiro añorante—. De alguna manera, no se ha envilecido. Es sencillo, puro e inocente como un niño. Un alma perdida... ¡Si pudiera rescatarlo...! Pero me teme y me rehúye. Es evidente que sus superiores habrán llenado su mente crédula, con odiosas calumnias contra nosotros...

A consecuencia de esta confidencia, esa noche Lelia ya no estuvo sola. Por indicación de su mentor, en torno a ella se habían ubicado tres corpulentos novicios vestidos de paisano, dispuestos a identificar al sujeto apenas ella lo señalara. El tren llegó puntual. Abrió sus puertas y vomitó un confuso río de gente. Entre el enjambre de la multitud se destacaba un individuo menudo y delgado, vestido con una túnica verde y tocado con una capucha, también verde. Desde el discreto ángulo escogido siguieron sus pasos y estudiaron su fisonomía con concentrado detenimiento; hasta que se sintieron capaces de rememorar cada uno de sus rasgos con los ojos cerrados. Hasta que se supieron capaces de distinguirlo, incluso entre un mar de personas vestidas exactamente igual. Entre tanto, el muchacho siguió su camino con su escolta adosado a los talones, sin siquiera sospechar que sus movimientos eran vigilados por cuatro pares de ojos hostiles.

También en los días siguientes, sus movimientos fueron celosamente vigilados, memorizados y analizados. Nerayu no podía saberlo, pero en torno a él iba cayendo y estrechándose una red inexorable y fatal...



La encontró soñando, recostada sobre el césped, con la mirada perdida en las nubes. Se sentó junto a ella, que ni siquiera se apercibió de su presencia. Silbó imitando el trino de un pajarillo característico de la región. Nada. Al final, risueña, metió su juvenil cabeza rizada ante los ojos perdidos de su amiga.

—¿Y bien? —preguntó—, ¿puedo deducir por tu sonrisa bobalicona, que obtuviste lo que querías y te perdonó?

—¡Helin! —exclamó Nari, despertando de su ensueño— Pues, sí. A la postre, las cosas salieron bien. Aunque tampoco esta vez sucedió lo que *yo* esperaba. Cuídate, vieja consejera: porque la vida está obligándome a volverme sabia. Figúrate que he aprendido... que no domino la totalidad de los acontecimientos. A veces pueden ocurrir cosas imprevistas...

—Cuéntame cómo fue —pidió su amiga entre risas cristalinas.

Solícita, Nari relató su reciente experiencia musical, sin omitir las conclusiones extraídas de ella. Hacia el final de ese relato, el rostro de Helin había demudado, tornándose serio y preocupado.

—¿Quieres decir —coligió, pronunciando sus palabras con lenta cautela—, que ahora deseas ingresar en esa ridícula secta?

—Helin, *no desdeñes lo que desconoces* —replicó, citando las palabras de su nuevo Maestro, el Decano de Trovadores—*. No es sabio.*

Pero en lugar de responder, su amiga se echó a llorar.



Se abalanzaron sobre él en el momento oportuno y el lugar preciso: cuando iba solitario por un callejón apartado, donde nadie presenciaría el rapto ni, mucho menos, podría acudir a sus llamados de auxilio. Para el caso, el ataque fue tan fulminante que ni siquiera alcanzó a gritar antes de desplomarse en brazos de sus captores. En el acto, lo introdujeron en un oscuro vehículo cerrado y se lo llevaron.

Al despertar se descubrió sumido en la penumbra, en una celda pequeña y húmeda. Los rudos golpes recibidos durante la captura, todavía le dolían con insoportable intensidad. El miedo, el desconocierto y la incertidumbre aguijoneaban su alma. Tras sentarse con dolorosa dificultad a su estilo Maëdi, descargó dolores y temores en un llanto desgarrador. Mas a poco de iniciar sus lamentos calló de súbito, oyendo el tétrico ruido de la llave en la cerradura, y el horrible chirrido de los goznes herrumbrados. Ella estaba en el vano de la puerta, posándole una mirada cargada de misericordia, que él confundió con expresión de mofa. Traía un libro bajo el brazo.

Se le aproximó. A sus espaldas, la férrea puerta volvía a ser cerrada. Se sentó junto a él, haciendo caso omiso de los diversos detritos de aspecto indefinido que cubrían el suelo mohoso y que, inevitablemente, se pegarían a sus ropas.

—Mi nombre es Lelia —se presentó—. Quiero ayudarte. ¿Cómo te llamas tú?

Nerayu clavó en su no invocada interlocutora, la triste mirada de quien se sabe cautivo sin merecerlo. No respondió.

—Escucha —insistió ella—: quiero ayudarte. *Permíteme* ayudarte.

—¿Por-quï? —preguntó el.

—Porque te amo. Y deseo tu bien.

—No-yo-cree-ti —replicó con amargura, haciendo un enorme acopio de valentía. Y a fin de imprimir mayor énfasis a sus palabras, se cruzó de brazos e inclinó la cabeza, clavando su compungida mirada en el suelo.

En el curso de esa entrevista, Lelia no consiguió arrancarle una sola palabra adicional. ¡Pero ella no estaba sola! Otros le brindaban su apoyo colectivo, generosamente dispuestos a facilitar su tarea.

Nerayu fue sometido a un severo método de ablandamiento. Las raciones que recibía eran magras y espaciadas. En cambio, golpes e insultos en abundancia podían llover sobre él en cualquier momento, de parte de uno o más agresores simultáneos. La joven le prodigaba una única visita diaria, en un horario fijo. Se le aproximaba con luctuosa lentitud, se sentaba junto a él, curaba sus heridas y hablaba con dulzura a su corazón. Procuró averiguar su nombre en más ocasiones, pero él siguió negándose a revelarlo. Tampoco sus intentos de dialogar dieron mejores resultados.

—Por favor... —suplicaba ella—, ¡permíteme ayudarte!

—¿Quí-es... ayudar-mi? —preguntaba él.

—Conducirte de la oscuridad a la luz —respondía ella—. Sacarte de tu error, para que conozcas la dicha auténtica.

—No-yo... ïnten-dïr —replicaba él—: ¿por-quí-tú... a-mí... obligan-do?

—Porque te amo —respondía ella—. Y deseo tu bien.

—No-yo-quiere —porfiaba él—. Amor-ese... duele-mí.

¿Cómo responder a semejante objeción?

De hecho, Lelia estaba segura de contar con sobrados argumentos, si tan solo su recalcitrante público le hubiese concedido la oportunidad de exponerlos. Podría haber dicho que en ocasiones, el único medio de ayudar a un convaleciente es provocándole un sufrimiento momentáneo. Y no hay enfermo más grave, que aquel cuya alma está encadenada a las fuerzas de la Oscuridad. Un noble y genuino acto de misericordia era ese: compelerlo a renegar de la perversidad en que había sido educado, para sumarse a los ejércitos de la Luz... Por desgracia, el prisionero era obcecado. Se encerraba en sus quejas y reclamos, manteniéndose impermeable a cualquier razón. Por amable, sabia o lógica que fuese...



Entró en la Academia de su colega tambaleándose, el macilento rostro más lívido que una mortaja. Viéndolo, el Decano se sobresaltó.

—Hiereyú, ¿qué...? —no alcanzó a completar su pregunta, antes de que aquel se desmoronara en medio de la sala. Un par de alumnos solícitos se abocó a reanimar al Rector. Uno le refrescó la cara pálida, otro corrió a traerle un té. Lo ayudaron a sentarse, y lo sostuvieron hasta que recuperó el dominio sobre su debilitado cuerpo. El Decano volvió a abrir la boca como para preguntar, pero no hubo necesidad. Antes de que el anfitrión pronunciara palabra, su huésped ya había disparado:

—Nerayu... ¡ha desaparecido! —y volvió a desvanecerse.

Hacia el final de ese día, los Decanos Sorien de Anaïr se reunieron con urgencia. El de Trovadores expuso la delicada situación en nombre del Rector de Ilustradores, ausente por motivos de salud. El veterano Copista tardaba en

recuperarse. Es más, la preocupación por el paradero e integridad de su protegido, estaba aniquilándolo.

A la exposición de los hechos siguió su análisis. Las preguntas iban, las respuestas volvían. Los Decanos acribillaron a preguntas al de Trovadores que, habiendo seguido el caso de cerca, estaba actualizado. A su turno, también el Decano de Botánicos hizo su humilde aporte, facilitando ciertos detalles gracias a que los últimos meses, uno de sus alumnos había escoltado a Nerayu en sus viajes de regreso. A los reunidos no costó mucho deducir la filiación religiosa de los raptores. Otro asunto era, averiguar dónde lo tenían recluido. Y otro, decidir cómo recuperarlo. En cuanto al hecho de si debía o no ser rescatado, la obligación moral de no abandonarlo a su suerte era tan evidente, que nadie la cuestionó.

La unión hace la fuerza. Los sabios se repartieron la ciudad en sectores para acto seguido, acurrucarse en sus sitios. Al punto, los ojos de sus mentes saltaban hacia afuera, liberándose y alejándose cada cual hacia su destino. Entre todos exploraron la ciudad concienzudamente, palmo a palmo, edificio por edificio, del pararrayos a los cimientos. La búsqueda los ocupó horas enteras, hasta que uno de ellos regresó con el esperado anuncio:

—Lo encontré.

Se agolparon rodeando al anciano, que comenzó a trazar sucesivos croquis. Primero, la planimetría del vecindario en que se encontraba el edificio, cuya ubicación señaló. Después, los planos, nivel por nivel, de las dependencias internas del que resultó ser, un monasterio Táh'av. Por lo pronto, el joven estaba recluido en una celda de los subsuelos. Pero había que apresurarse, indicó quien hiciera el hallazgo: el muchacho estaba siendo sometido a un trato atroz, cuyo rigor no prometía disminuir, sino lo contrario.

¿Cómo rescatarlo?

Hubo tantas propuestas como Decanos se habían reunido; e iban desde el belicoso extremo de tomar el edificio por asalto y masacrar a sus ocupantes, hasta el apocado extremo de elevar una denuncia formal y esperar a que las apáticas fuerzas del orden entraran en acción. El debate se prolongó a lo largo de minutos preciosos, hasta que se acordó recurrir a una peculiar combinación de ambos extremos: el caso sería denunciado ateniéndose a las leyes. Pero desde el momento de presentar la denuncia y hasta que los comandos completaran la acción, los ocupantes del monasterio serían sometidos a un típico ataque mental Sorian, que los mantendría inmovilizados hasta que los uniformados tomaran el edificio. Así nadie escaparía al rigor de la ley y, simultáneamente, la integridad física del prisionero quedaría a resguardo de atolondradas represalias.



Nerayu fue trasladado de su relativamente cómoda celda, a un claustro de penitenciados. Su copística tozudez había acabado por exasperar a los verdugos. De nada valieron los ruegos de Lelia, implorando que no fuese castigado con saña. El asustado muchacho fue amarrado al potro y flagelado sin piedad. Se sacudió, aulló y lloró con cada uno de esos azotes crueles, que le desgarraban la carne de brazos, pecho y abdomen. Se debatió como un poseso, en un instintivo aunque vano esfuerzo por liberarse de sus ligaduras. Sólo consiguió que las sogas se incrustaran en la carne de tobillos y muñecas, amenazando amputarlos.

Se desvaneció. Fue regresado a la dolorosa consciencia, a baldazos de agua helada. Tornó a desvanecerse y a ser despertado. Una y otra vez. En el infierno de sus padecimientos, hizo un último intento desesperado:

—¡Lelia! —llamó—, ¡Lelia! ¡Por-favor...!

La tortura se interrumpió. Los monjes verdugos abandonaron la sala y la joven entró en su reemplazo, estremeciéndose de piedad, dolor y espanto.

—Lelia —susurró él extenuado, al verla—. Saca-mi... de-aquí.

—No puedo —dijo ella, sin conseguir retener sus lágrimas—. No; si tú mismo no te ayudas.

—¿Yo... ayu-dar? —gimió él, sin comprender.

—Reniega de tu secta perversa —lo conminó ella—. Rechaza la Oscuridad y acógete al amparo de la Luz. Abraza la Verdad y serás libre.

—Lelia —procuró explicar él—. No-yo... malva-do. No-yo-ama... la-oscu-rï-dad. No-yo-ïnten-dïr... por-quí-tú... de-mí-decir... ese.

Tras el discurso que, dado su estado de extrema debilidad, le resultó larguísimo, Nerayu tomó una enorme bocanada de aire y calló, exhausto.

Tocó el turno a Lelia. Aquella expuso por fin sus verdades y convicciones, con su retórica inmejorable. Nerayu, débil, sintió que le daba vértigo. Por cierto, él no era un Místico. Ni tan siquiera un erudito. Jamás había ocupado su mente en complejas formulaciones filosóficas o teológicas. ¿Con qué medios se enfrentaría él, tan poco sabio, tan poco instruido, a ese desbordado torrente de construcciones metafísicas?

Apeló pues, a su sana sensatez de Isleño.

—Lelia —susurró—: luz-tuya... mí-matan-do... Lelia: luz-tuya... hace-mí... doler. Lelia —se esforzó por tercera vez, en hacerse entender en esa lengua que a duras penas farfullaba—: no-bueno... amor-ese. No-de-luz. No-de-biën. Mira-mí-Lelia. Mira... quí-amor-ese... hace-mí.

Vencida por la fatiga, su cabeza cayó hacia el costado. Sus afiebrados ojos se cerraron. Lelia se inclinó sobre ese cuerpo tan querido, al cual su amor había provocado tanto daño. Aproximó su oreja al pecho, atendió a la fatigosa respiración y supo... que su amado entraba en agonía.

Liberó un aullido ferino y escapó.



Presentaron su denuncia. El comisario les clavó su mirada abotargada, mientras escupía un lacónico:

—¿Tenéis pruebas?

—Las pruebas las hallaréis vos mismo, si allanáis el recinto —replicaron. El uniformado estaba por objetar minucias del procedimiento, pero los apremiados Sorien no le dieron tiempo de abrir su carnosa boca—. El desaparecido —declararon, desplegando ante sus ojos la documentación pertinente—, es propiedad de Axeirra Elde. Si vos no procedéis, tendremos que dirigir nuestra denuncia *a ellos*.

*¿Propiedad de Axeirra Elde???* ¡Ese era otro cantar! Nadie en Anaria, tenía el menor deseo de provocar roces diplomáticos con el poderoso País del Elde. Enseguida, un batallón policial de élite salía al asalto del edificio... que fue tomado con insólita facilidad. Por algún ineluctable capricho del destino, sus ocupantes sin excepción se hallaban sumidos en un sueño profundísimo...



# V

## Lelia se retracta

El Río Nam [el Qwaïdeh']. Originariamente había sido el límite occidental de la ciudad a la que ahora atravesaba, fraccionándola en dos mitades casi equivalentes. Ese curso de agua, ancho y profundo, había sido el mayor desafío para los ingenieros que proyectaran el subterráneo viaducto. ¡Maravillas del ingenio humano!: a la postre, la técnica había derrotado a la naturaleza.

Ella se allegó hasta uno de los tantos puentes extendidos sobre el río, en cuyo centro se detuvo, agitada. El viento del invierno templado de Anaïr que le golpeaba la cara, no fue suficiente para despejar su mente. Su respiración se fue sosegando. Sus desordenadas ideas y emociones, no. Se aferró al parapeto y clavó su mirada en la corriente, perlada por los juguetones rayos de Ista. En el interior de su cráneo, retumbó por enésima vez el reclamo de Nerayu, que con tan pacífica suavidad le fuera hecho: *Tu "luz" me está matando...* Sacudió la confundida cabeza como para ahuyentar esa voz que, sin gritar, la aturdía. Volvió a fijar su mirada en las aguas. De súbito, le pareció escuchar que aquellas la llamaban: *¡Ven... ven...!*

Lelia se dispuso a obedecer el llamado.

Sumida en su propio mundo, desconectada de la realidad circundante y de la vida que continuaba transcurriendo a sus espaldas; no vio a la joven universitaria que, captando al instante lo que se proponía hacer, se abalanzó sobre ella con urgente ímpetu, derribándola al suelo. Se debatió procurando desasirse, pero no le fue posible. En primer lugar, porque la violencia de la embestida la había sacudido, aturdiéndola más de lo que estaba. En segundo lugar porque, pese a su fresca belleza femenina, su delgada atacante parecía ser tan fuerte como un muchacho.

—¡Déjame en paz! —pidió Lelia entre lágrimas—, ¡vete!

—¡Nunca! —replicó Helin, frunciendo el entrecejo y apretando las mandíbulas— De hacerlo, me consideraría una asesina por el resto de mis días...

—¿Qué dices...? —preguntó Lelia, todavía mareada.

Sin soltarla, Helin la ayudó a incorporarse y la obligó a emprender la marcha, alejándola del puente. La condujo a uno de tantos paseos públicos que embellecen la ciudad. Le compró un refresco y la invitó a beber, serenándose. Recién entonces, notándola más calmada, se avino a responder:

—*"Solo a Quien otorga la Vida, le compete quitarla. Nosotros los mortales, no tenemos derecho a escoger la muerte como opción".*

—¿De dónde sacaste eso? —preguntó Lelia, sorprendida.

—Son máximas antiguas. Tengo otras, siempre listas para desenfundarse en el momento propicio —repuso. Acto seguido se presentó, y pidió saber—. ¿Cómo te llamas?, ¿quizás querrás compartir tus pesares conmigo?

Lelia no desaprovechó esa oportunidad de desahogar sus cuitas. Pasó las horas siguientes hablando de sus creencias y convicciones, de su vida dedicada a ellas, de sus esfuerzos permanentes por conseguir nuevos adeptos para su causa... Describió al ingenuo muchacho "Sorian" que conociera por casualidad, y del que se enamorara. Le habló de sus fallidos intentos por atraerlo, y de las drásticas medidas que, a instigación y con ayuda de sus superiores, terminara aplicando contra él. Concluyó citando para ella las palabras que ya agonizante, aquel le dirigiera. Ese discurso sencillo, cándido, desprovisto de cualquier traza de sofisticación artificiosa, había logrado lo que ninguna refutación científica o filosófica habría conseguido jamás: socavar los cimientos del edificio de sus convicciones que, en cuestión de segundos, se había desmoronado con estrépito. Muerta ya en su alma, la razón por la cual vivía —declaró—, ¿para qué prolongar la existencia?

—Para reparar lo hecho —replicó Helin, serena.

Su recién rescatada interlocutora se mostró escéptica. No creía en la posibilidad de tal reparación. Helin refutó esa opinión también, hablando con su criterio inapelable:

—En primer lugar, eres responsable por ese muchacho. Tú lo metiste en problemas. Tú debes sacarlo. ¡Denuncia el secuestro!

—En consecuencia, sufriré persecución y represalias —dijo Lelia, temblando con aprehensión—. ¡Tú no conoces al Táh'av!: es implacable con sus enemigos...

—No entiendo —susurró Helin, perpleja—. ***¿Tú*** tienes miedo? Pero, ¡si recién estabas dispuesta a suicidarte!

Súbitamente abochornada, Lelia inclinó la cabeza.



Yacía envuelto en abrigadas mantas, recostado sobre el suelo de madera de alguna Academia Sorian. Sentada de piernas cruzadas junto a él, una joven Sorianic luciendo los colores de la infancia [es decir, sin ordenar], velaba su recuperación. Abriendo los ojos todavía cansados, creyó que aquellos lo engañaban. Parpadeó. Meneó la cabeza encapuchada hacia los lados. Volvió a parpadear. Al final dijo, medio afirmando, medio preguntando:

—¿Nari...?

Aquella sonrió con calidez al asentir.

—Pero... —musitó Nerayu.

Calló. Procuró ordenar en su mente lo que deseaba decir. Le faltaban palabras. Barajó su reducido vocabulario: escogiendo qué podía utilizarse, cómo y dónde, a fin de construir una frase sencilla pero comprensible.

—Tú... aquí... así... —terminó balbuceando.

Nari volvió a sonreír. Nerayu quiso decir algo más pero, desconociendo la traducción anariana de sus sentimientos, prefirió expresarlos en su lengua paterna:

*—Ereyu dervin...*

—Dice —tradujo alguien a espaldas de aquella—, que te ha echado en falta.

—Mi Maestro hizo música para ti, cada vez que la muerte te envolvía en sus brazos y pujaba por llevarte —dijo ella, sin dejar de sonreír su dicha por el venturoso reencuentro—. Él fue más fuerte.

*—Veriu, ¿haleinet sei marevdin?* —murmuró él, con acento sorprendido.

—Pregunta —tornó a oírse una traducción—, si has decidido iniciarte.

—Si —dijo ella—. Lo hice aquella tarde, cuando me llevaste a escuchar tu música.

—Bueno-mío-música —declaró Nerayu—: cura.

Se hizo un corto silencio. A espaldas de Nari, alguien chasqueó sus dedos con intención. Ella asintió en señal de no haber olvidado el pedido. Carraspeó su incomodidad.

—Meinu... —susurró con su más dulce acento maternal— Afuera hay alguien que desea verte. Que quiere disculparse...

—¿Quién? —preguntó él—, ¿por-quí?

—Una joven. Dice llamarse Lelia. Ha venido a retractarse y reparar. Pero el Decano no consiente admitir sus disculpas, mientras no lo hagas tú mismo. ¿Estás dispuesto a recibirla?

—Dïss-puesto... sí —respondió, sin evidenciar emoción alguna.

Nari se incorporó, apartándose. Caminando con contrita lentitud, Lelia se aproximó y ocupó su lugar. Había preparado su discurso de antemano. Pero llegado el momento de pronunciarlo, mente y garganta la traicionaron. Las palabras se esfumaron de su mente. Un doloroso nudo atenazó su garganta. Lelia se convulsionó y prorrumpió en llanto.



# Epílogo

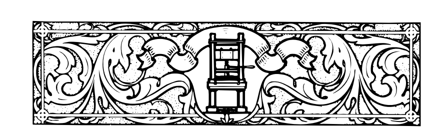
El Táh'av pagó un terrible precio por ese secuestro. Pues a ese sonado juicio (en cuyo transcurso, Lelia testificó presentando pruebas de *otros* casos de abusos y crímenes, perpetrados por la presunta religión de la Luz y el Amor) siguieron más, en ciudades donde hasta el momento, el Táh'av se había mantenido por encima de la ley. Tras los escándalos, su reputación recibió un golpe mortífero del cual, no en todos los lugares se recuperó: según he oído, en ciertas localidades acaba de ser prohibido. Aunque es pronto para declarar su derrota: una nueva versión, más ascética y purista, está surgiendo de entre sus cenizas. ¿Quién sabe si a la postre, el remedio resulte peor que la enfermedad?

Así reparó Lelia, los errores cometidos por desconocimiento en su adolescencia. Pero a la postre, ella prefirió no volver a adherir a ninguna otra religión, escuela filosófica, o movimiento místico. Quizás, debido al latente temor a volver a cometer un error fatal y desperdiciar sus días en vano, sirviendo a otro engaño hábilmente disfrazado de "verdad trascendente".

Una vez recuperado, también Maëdi Ineiri Meinu tuvo que presentarse a testificar. Cosa que no hizo con excesiva brillantez, dado su precario dominio de la lengua local... cuyo desconocimiento para el caso, se volvía irrelevante a medida que un día se sumaba al otro, acercando la fecha de su regreso a Neir.

A su ciudad natal volvió acompañado por Nari, que todavía no había recibido su Ordenación pero que, en absoluto dispuesta a separarse de su amado y aprovechando que sus inalienables derechos de nacimiento le evitaban las odiosas restricciones impuestas a los Sorien cautivos, decidió que bien podría proseguir su formación en una Academia de su Disciplina escogida, en Neir. Allí la obtuvo cuatro años más tarde. Entonces pudo desposarse con Meinu, que en el ínterin había crecido... transformándose en un hombre menudo y delgado, de oscuros cabellos enmarañados, larga barba rizada y ojos pardos de tonalidades siempre cambiantes. Esto es: un Isleño arquetípico.

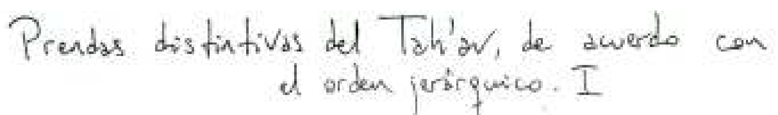
En cuanto a Helin, desde que egresó de la universidad con su diploma de arquitecta, no ha perdido su habilidad para aconsejar, ni su predilección por las máximas antiguas. Lo cual equivale a decir que actualmente es, amén de una exitosa profesional, una excelente esposa y madre de familia.

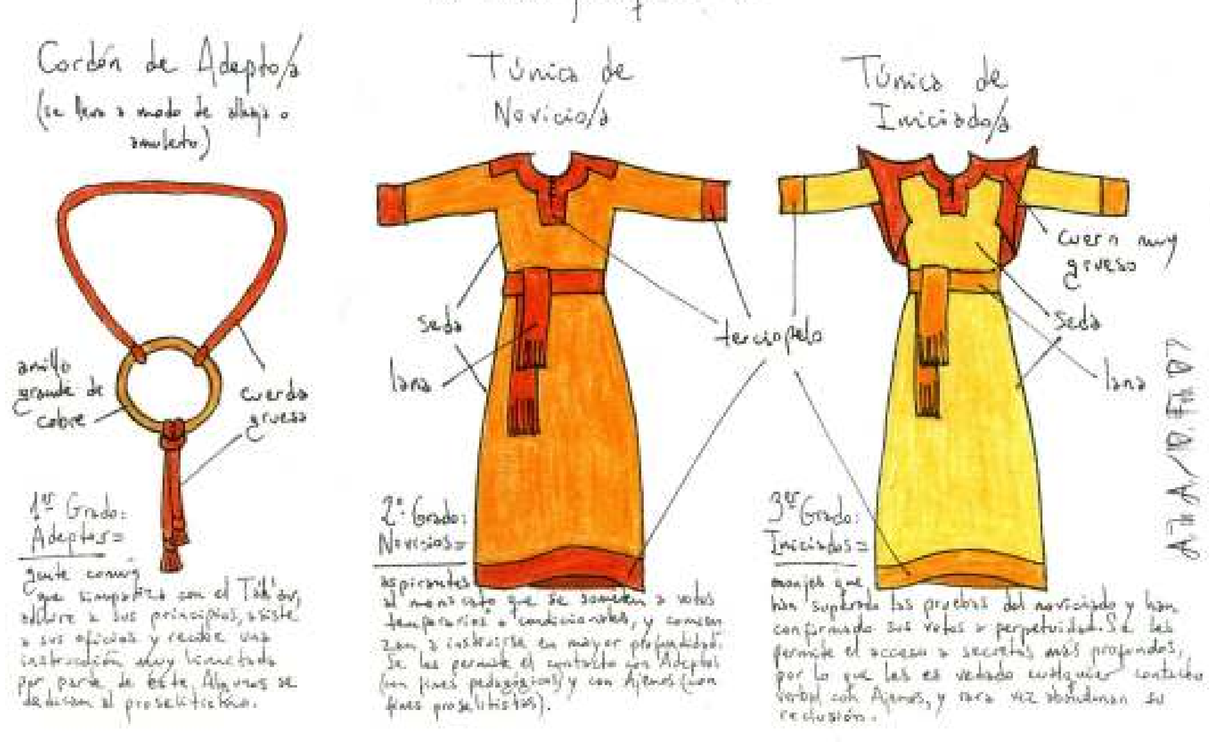


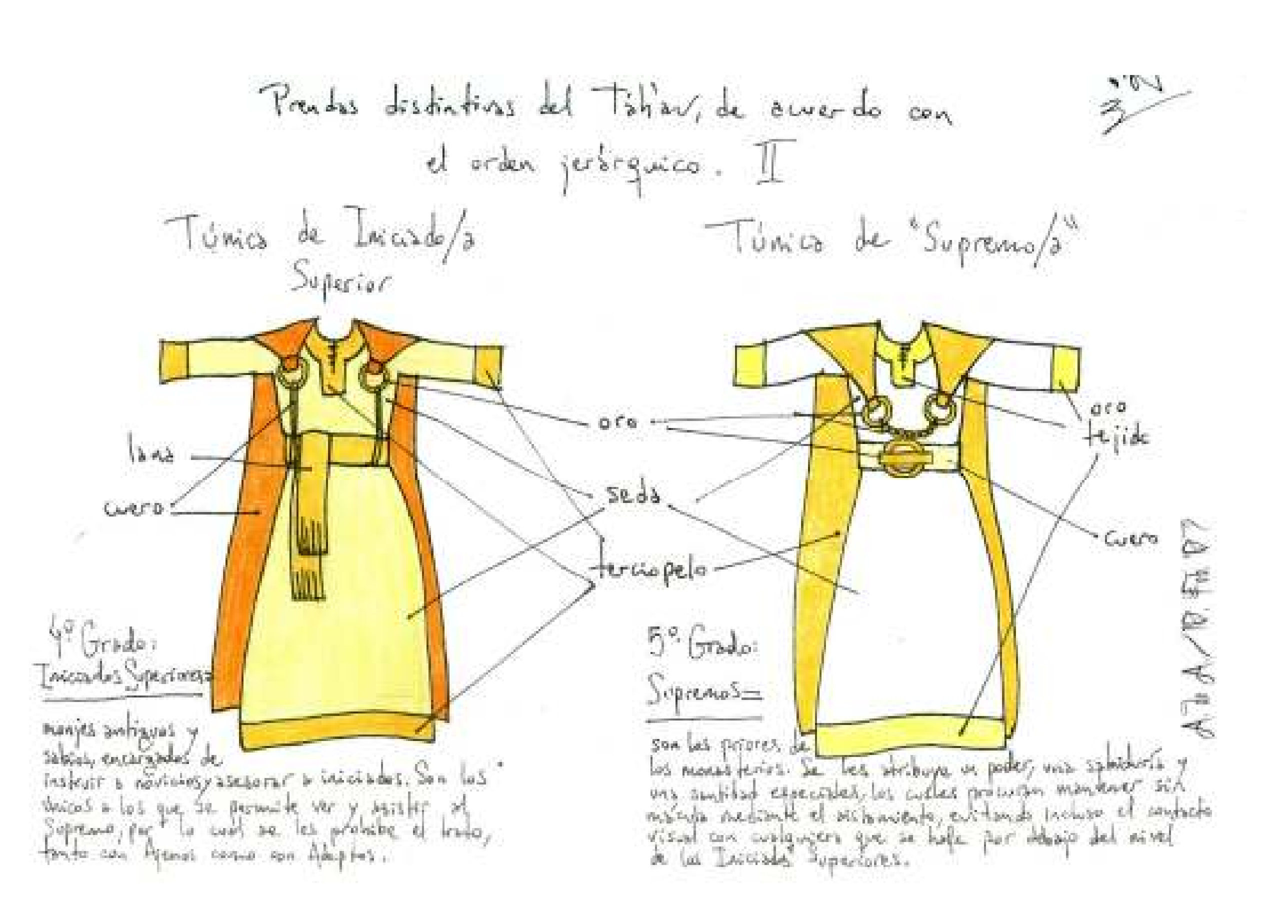


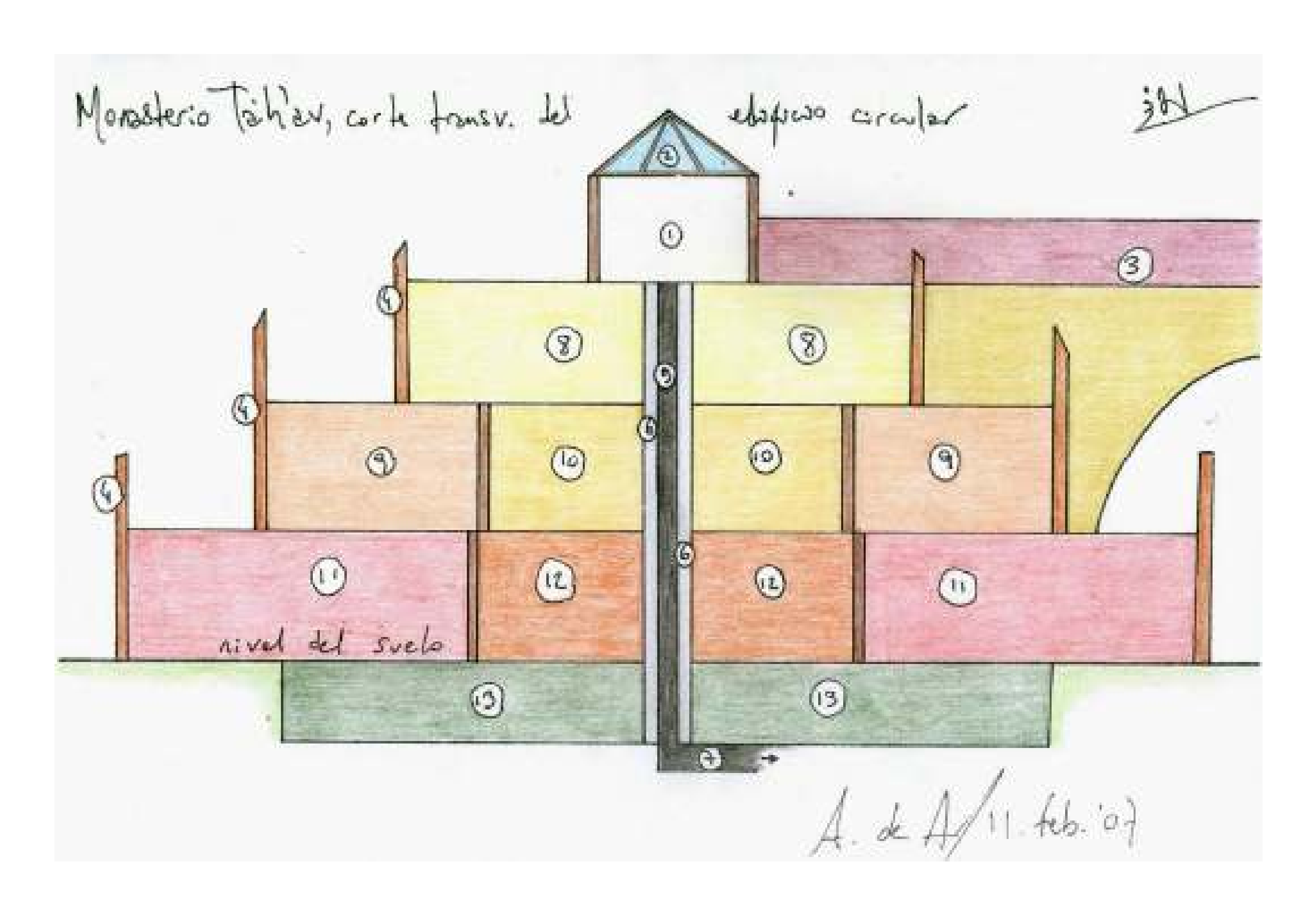
# Anexo

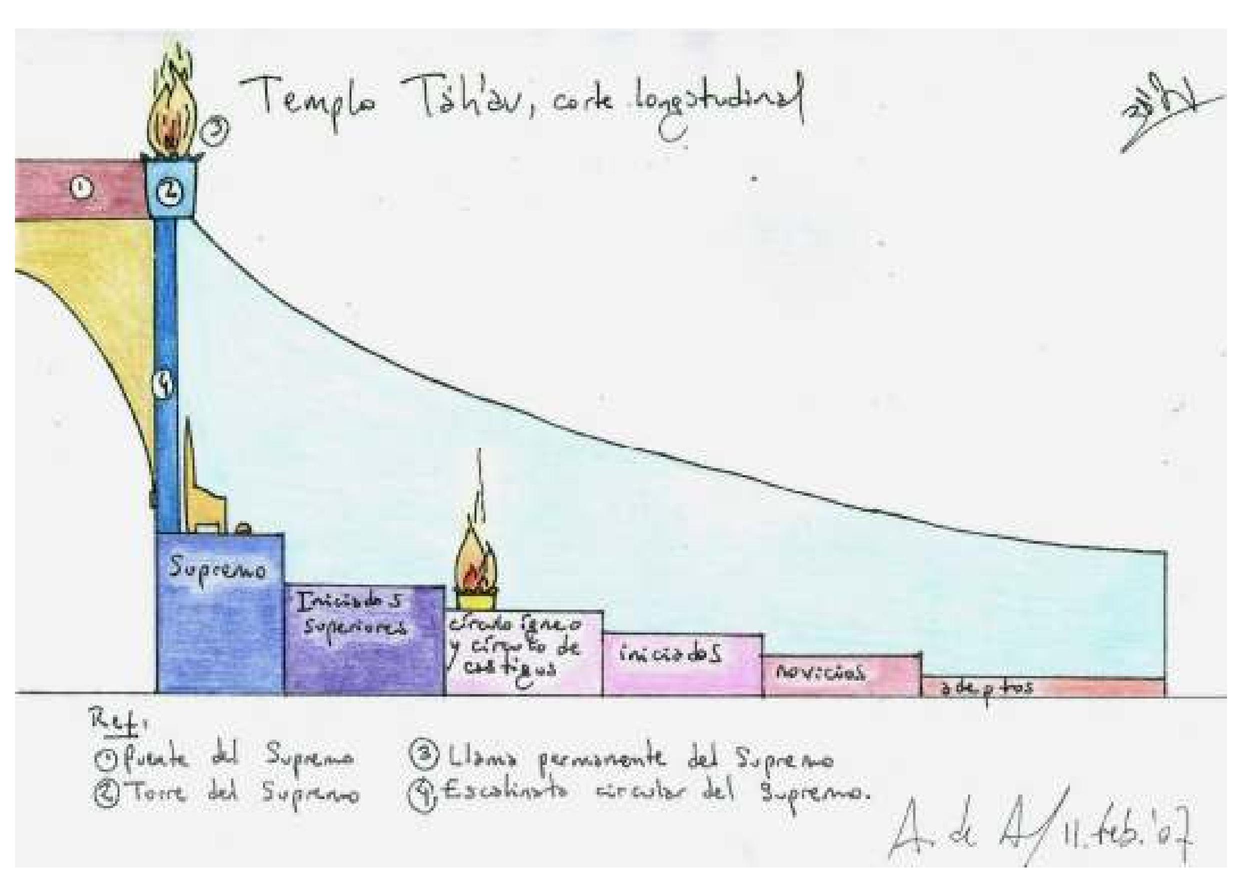
## Hábitos y edificios del Táh'av


Prendas distintivas del Tàh'av, de acuerdo con
el orden jerárquico. I


Cordón de Adepto/a
(se lleva a modo de alhaja o amuleto)
anillo grande de cobre
cuerda gruesa
1er Grado:
Adeptos=
gente común que simpatiza con el Tàh'av, adhiere a sus principios, asiste a sus oficios y recibe una instrucción muy limitada por parte de éste. Algunos se dedican al proselitismo.
Túnica de Novicio/a
seda
lana
terciopelo
2º Grado:
Novicios=
aspirantes al monasterio que se someten a votos temporarios o condicionales, y comienzan a instruirse en mayor profundidad. Se les permite el contacto con Adeptos (con fines pedagógicos) y con Ajenos (con fines proselitistas).
Túnica de Iniciado/a
cuero muy grueso
seda
lana
3er Grado:
Iniciados=
monjes que han superado las pruebas del noviciado y han confirmado sus votos a perpetuidad. Se les permite el acceso a secretos más profundos, por lo que les es vedado cualquier contacto verbal con Ajenos, y rara vez abandonan su reclusión.


Prendas distintivas del Tàh'av, de acuerdo con
el orden jerárquico. II
Túnica de Iniciado/a Superior
lana
cuero
oro
seda
terciopelo
4º Grado:
Iniciados Superiores=
monjes antiguos y sabios, encargados de instruir a novicios y asesorar a iniciados. Son los únicos a los que se permite ver y asistir al Supremo, por lo cual se les prohíbe el trato, tanto con Ajenos como con Adeptos.
Túnica de "Supremo/a"
oro tejido
cuero
5º Grado:
Supremos=
son los priores de los monasterios. Se les atribuye un poder, una sabiduría y una santidad especiales, los cuales procuran mantener sin mácula mediante el aislamiento, evitando incluso el contacto visual con cualquiera que se halle por debajo del nivel de los Iniciados Superiores.


Monasterio Tàh'ev, corte transv. del edificio circular
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
nivel del suelo
A. de A/ 11. feb. '07


Templo Tàh'ev, corte longitudinal
1
2
3
4
Supremo
Iniciados superiores
círculo ígneo y circuito de castigos
iniciados
novicios
adeptos
Ref:
1 Puente del Supremo
2 Torre del Supremo
3 Llama permanente del Supremo
4 Escalinata circular del Supremo.
A. de A/ 11. feb. '07

# Referencias

## Monasterio Táh'av

**1: Dependencias del Supremo**; de construcción octogonal (a diferencia del resto del edificio, que es circular) y sin ventanas. Incluye cámara, recámara y recepción. Solo los Iniciados Superiores tienen permitido ascender a este nivel.

**2: Techo de Cristales**; en forma de pirámide octogonal, para que las dependencias del Supremo reciban iluminación abundante sin necesidad de "mancillar" su vista con escenas del mundo exterior.

**3: Puente Cubierto**; para uso del Supremo y sus escoltas, cuyo objetivo es permitir al Prior del Monasterio trasladarse al Templo aledaño evitando mezclarse entre una multitud de "indignos". Lo mismo que sus dependencias, está techado con cristales para suplir la ausencia de ventanas en las paredes.

**4: Muro de Protección Visual**; de menor altitud en torno al nivel del Supremo y mucho más alto en torno a los pisos de Iniciados e Iniciados Superiores (cuyas habitaciones sí poseen ventanas). Su objetivo es resguardar la pureza de aquellos, que no se "contaminen" con la visión del mundo exterior.

**5: Círculo Interior de escaleras en espiral.** Son estrechas y muy empinadas, para uso exclusivo del Supremo y/o sus emisarios. Sin salida a otros niveles, desciende directamente hasta

**7: Túneles Secretos de interconexión con otros Monasterios Táh'av**; para el traslado exclusivo del Supremo y sus emisarios, sin necesidad de alternar con el abyecto mundo exterior.

**6: Círculo Exterior de escalinatas en espiral**; rodea al Círculo Interior, interconectando entre los pisos. Por regla general, los de arriba bajan pero los de abajo no suben. Esta regla se invierte en dos casos;

A- el Supremo jamás desciende a los niveles inferiores, sino que sus servidores, asistentes y discípulos ascienden a él.

B- Como la Regla del Táh'av establece que el inferior debe servir a su superior, en la cocina, limpieza y demás servicios de cada nivel, se emplea a los del inmediato inferior. Aquellos sirven enmascarados y encapuchados, bajo la severa prohibición de pronunciar palabra durante su servicio. Quien viola esta restricción, se expone a ser escarmentado en el "Círculo de Castigos" (ver "4" en las Ref. del Templo). Solo los Iniciados Superiores no están sujetos a esta limitación al atender al Supremo, del que se consideran discípulos dignos y bienamados. En cuanto a los Novicios, son atendidos por Adeptos a los que tampoco se obliga a cubrir su rostro, aunque sí a no hablar salvo que les sea requerido.

**8: Claustros y demás dependencias del los Iniciados Superiores.** La cocina de este nivel provee también al Supremo.

**9: Círculo Exterior del Primer Piso**; incluye claustros, cocina, comedor y demás servicios de los Iniciados.

**10: Círculo Interior del Primer Piso**: con biblioteca y salas donde los Iniciados Superiores imparten clases.

**11: Círculo Exterior de la Planta Baja**; incluye dormitorios, cocina, comedor y demás servicios de los Novicios, además de salones de clases donde los Novicios y/o Iniciados adoctrinan a los Adeptos.

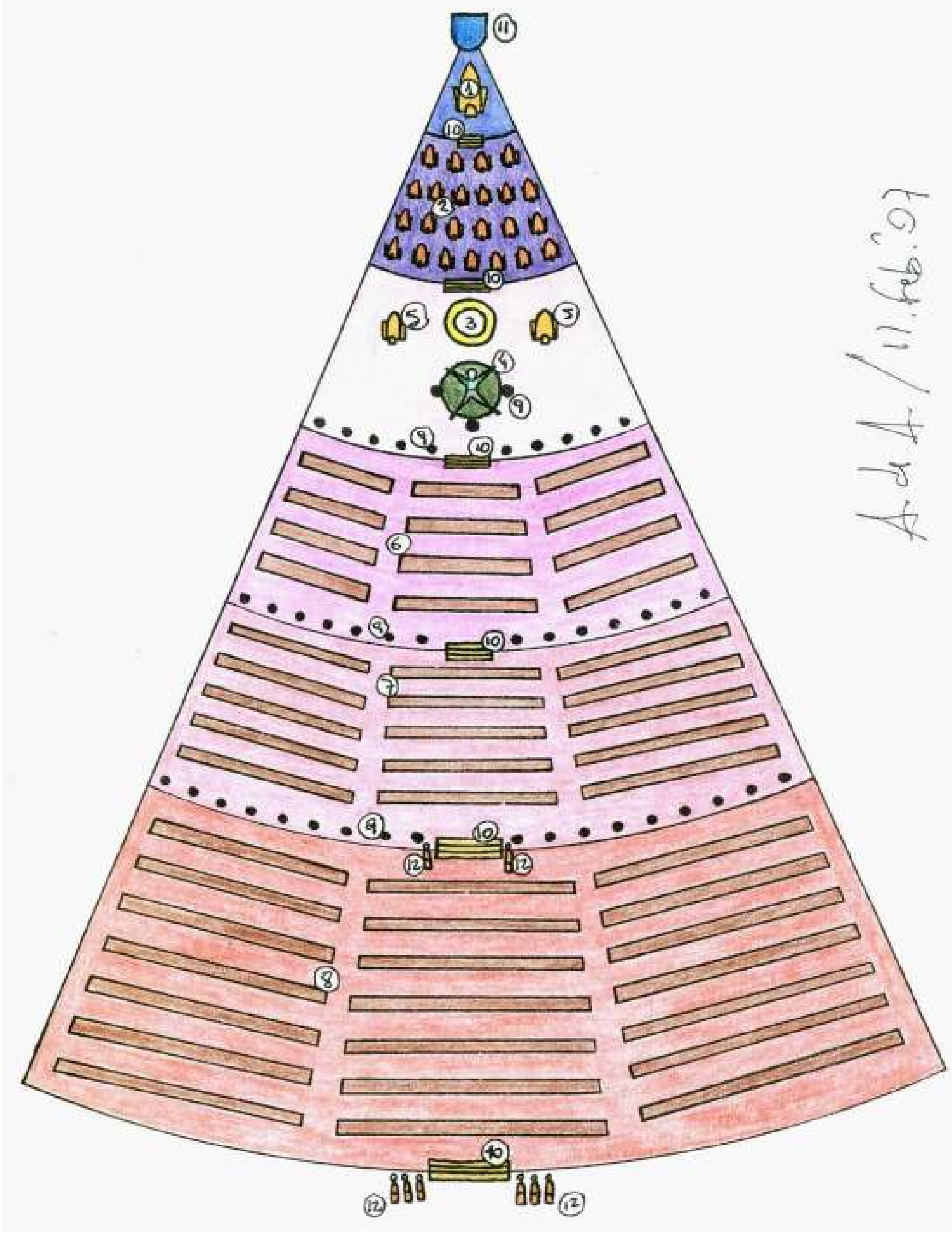
**12: Círculo Interior de la Planta Baja**; con biblioteca y salas donde los Iniciados instruyen a los Novicios, y los Iniciados Superiores evalúan sus progresos.

**13: Claustros de Penitenciados**; en los que se confina por períodos establecidos de acuerdo a la gravedad del delito a;

- Perjuros (monjes que quiebran su celibato o violan la Regla de cualquier otro modo),
- Blasfemos (monjes que expresen opiniones consideradas heréticas, o desmientan la doctrina),
- Renegados (Novicios y/o Adeptos que se retractan, los unos de sus votos y los otros de su adhesión al Táh'av),
- y a los Opositores más enconados del Táh'av, a los que se suele raptar con el objeto de escarmentarlos en el "Círculo de Castigos".

Cualquier habitante de estos lúgubres calabozos se puede ver sometido al escarnio en el mentado "Círculo".

Templo Tàh'aw, visto desde arriba.



## Templo Táh'av

**1: Sitial y escabel del Supremo**; quien no siempre preside los oficios: aunque tanto Adeptos como Novicios desconocen la mera posibilidad de tales ausencias.

**2: Sillas y escabeles de los Iniciados Superiores**, según el modelo (a escala menor) del Sitial del Supremo. Salvo los que han venido escoltando al Supremo, no se trasladan utilizando el Puente, sino que acceden por la Puerta Principal antes de que el Predio general del Táh'av se habilite al ingreso de Adeptos y Ajenos (ver abajo, en "12"), evitando así el roce con "indignos".

**3: Círculo Ígneo**; llama permanente que los Iniciados Superiores atienden turnándose a su servicio. Aquellos en cuya guardia la llama llegue a extinguirse se exponen a severísimos castigos, por lo que el evento casi nunca se ha producido.

**4: Círculo de Castigos**; donde son estaqueados (vestidos, para no ofender la santidad del recinto) los mencionados en "12" de las Ref. del Monasterio. Un solo individuo por vez puede ocupar este sitio (único destinado también a "Ajenos"), lo que constituye un "privilegio" en absoluto envidiable. Al desdichado de turno rodean tres Sahumadores (ver abajo, en "9") que lo cubren con nubes de incienso que le provocan náuseas, asfixia y mareos: ya que previo a su exposición son sometidos a ayunos rigurosos (50 horas sin comer, 20 sin beber), a los que suman métodos purgantes que los dejan exhaustos, con el objeto de evitar que mancillen la sacralidad del templo con la expulsión de orín o heces. Durante el Servicio, de ser un opositor odiado por el Táh'av, al escarmentado se lo "priva de la luz", es decir: le arrancan los ojos, que son arrojados a las llamas del Círculo Ígneo. Como parte del rito, se practica a los escarmentados sin distinción, incisiones punzantes y extracciones de sangre para ofrecer como expiación a las llamas del Círculo Ígneo. Los desdichados destinados a ocupar este lugar son tomados de los Claustros de Penitenciados, pudiendo permanecer expuestos entre uno y tres días seguidos, según la gravedad del delito. Esto se traduce, en que algunos no sobreviven al castigo.

**5: Sitiales y escabeles de los "Custodios de las Llamas"**, de tamaño un poco menor al Sitial del Supremo. Ocupados por los dos Iniciados Superiores que cumplen su turno de servicio al fuego.

**6: Bancos de los Iniciados**; con respaldo alto, atril y escabel.

**7: Bancos de los Novicios**; con respaldo alto.

**8: Bancos de los Adeptos**; sin respaldo. El área a ellos reservada da cabida a una cantidad de fieles apenas menor a la suma total de monjes.

**9: Líneas de Sahumadores**; a cargo de monjes de los respectivos niveles, que se turnan en esta función quemando incienso en dirección al nivel inmediatamente inferior. A los Adeptos se ofrecen elaboradas explicaciones metafísicas de esta práctica, cuyo objeto real es (amén de inducir a un éxtasis artificial) formar cortinas de humo que ocultan de los ojos del Supremo y sus asistentes, a los "indignos" de ser vistos por ellos (y viceversa).

**10: Escalones**; entre cada nivel y el siguiente. Hay una diferencia de ½ metro entre cada nivel (1 metro, en el caso del nivel del Supremo respecto de su inmediato inferior), que por comodidad se salva mediante tres escalones (seis, en el caso antes citado). Los ocupantes de un nivel inferior tienen prohibido acceder a su inmediato superior (obvia excepción hecha de los Iniciados Superiores), pero los ocupantes de los niveles superiores (salvo el Supremo) han de allegarse a sus respectivos lugares ascendiendo desde la Entrada Principal.

**11: Escalinata espiral**; para uso exclusivo del Supremo y sus escoltas (Iniciados Superiores que se turnan en esta función). Da acceso al Puente Cerrado que conecta entre el Monasterio y el Templo, edificios adyacentes albergados dentro de un predio amurallado. A los Ajenos se prohíbe ingresar en ambos edificios, aunque se les permite el acceso al patio, donde escuchan prédicas y sermones, y solicitan consejo o la admisión a la grey de Adeptos.

**12: Guardia de Novicios**; encargada de mantener a los Ajenos fuera de los edificios sagrados. Otra Guardia de Novicios vela por que se respeten los horarios de apertura y clausura del predio, cuyas puertas cierran fuera de las horas establecidas para los Servicios y actividades públicas. Se exponen a severos castigos en caso de fallar en su desempeño.

los relatos de

# Mundo Saïri

| Año y orden de redacción | Cronología Interna |
| --- | --- |
| Mundo Saïri I: ------------------ 1998-2000 | Balada de Aïnilé Saïri: ------------------ 01 |
| Balada de Aïnilé Saïri: --------------- 2000 | Mundo Saïri I: ---------------------- 00-700 |
| Mundo Saïri II: -------------------- 2002-04 | Historia de Aïnilé Saïri: 00-920 (aprox.) |
| Historia de Aïnilé Saïri: -------------- 2004 | Mundo Saïri II: ------------------ 500-1538 |
| Auntobigraf. M. T. Lidki: ----------- 2004 | Anecdotario: ----------------- S VIII-XXIV |
| Emperador Penitente: ---------------- 2004 | Sobre Meneyú: ------------------------ 1204 |
| Hist. d. l. Sorien d. Aleinir: ---------- 2004 | M. Manervi: ----------------------- 1205-20 |
| Documento Nareidin: ---------------- 2004 | M. T. Lidki: ------------------------ 1202-71 |
| M. Udei Laëmi: ----------------------- 2004 | L. Caminos...: -- S XIV (fecha imprecisa) |
| M. S. post Imperial: ------------------ 2004 | Emperador Penitente: ------ 1337(?)-65(?) |
| Sobre Meneyú: ------------------------ 2005 | M. U. Laëmi: ---------------------- 1375-79 |
| **E. Abismo e/ l. Mundos: ------------ 2005** | Sorien de Aleinir: ----------------- 1426-47 |
| **U. Indiv. u. Universo: --------------- 2005** | Iútheltehr: ----------------------- 1496-1514 |
| El Legado de Manervi: --------------- 2005 | M. S. post Imp: ------------- S XVI-XXIV |
| Anecdotario: --------------------------- 2005 | Doc. Nareidin: ------------------ 1514-1676 |
| L. Caminos d. l. Esclavitud: --------- 2005 | El Castigo...: -------------------- 1680-1707 |
| Iútheltehr: ------------------------------ 2005 | El Inmortal: --------------------- 1945-2238 |
| El Castigo d. l. Inocentes: ----------- 2005 | Demoledor: ------------------------ 2281-96 |
| Hist. d. 1. Demoledor: ---------------- 2005 | **Un Individuo...: --------------- 2295-2317** |
| El Inmortal: ---------------------------- 2005 | **El Abismo...: --------------------- 2325-29** |
| Post Imperial I (continuac.): --------- 2018 | Post Imp. I (cont.): ------ S XXIV-XXXII |
| Post Imperial II (C. Dehi): ----------- 2018 | M. Meneyént Daërin: ---------- 2734-2866 |
| M. Meneyént Daërin: ----------------- 2018 | Capitán Dehi: ----------- S XXXII-XXXV |
| Bendita Torre I – Devri: ------------- 2019 | Capitán Devri: ------------------ 2365-2439 |
| Bendita Torre II – Milie: ------------ 2020 | Ingeniero Milie: ---------------- 2404-2439 |